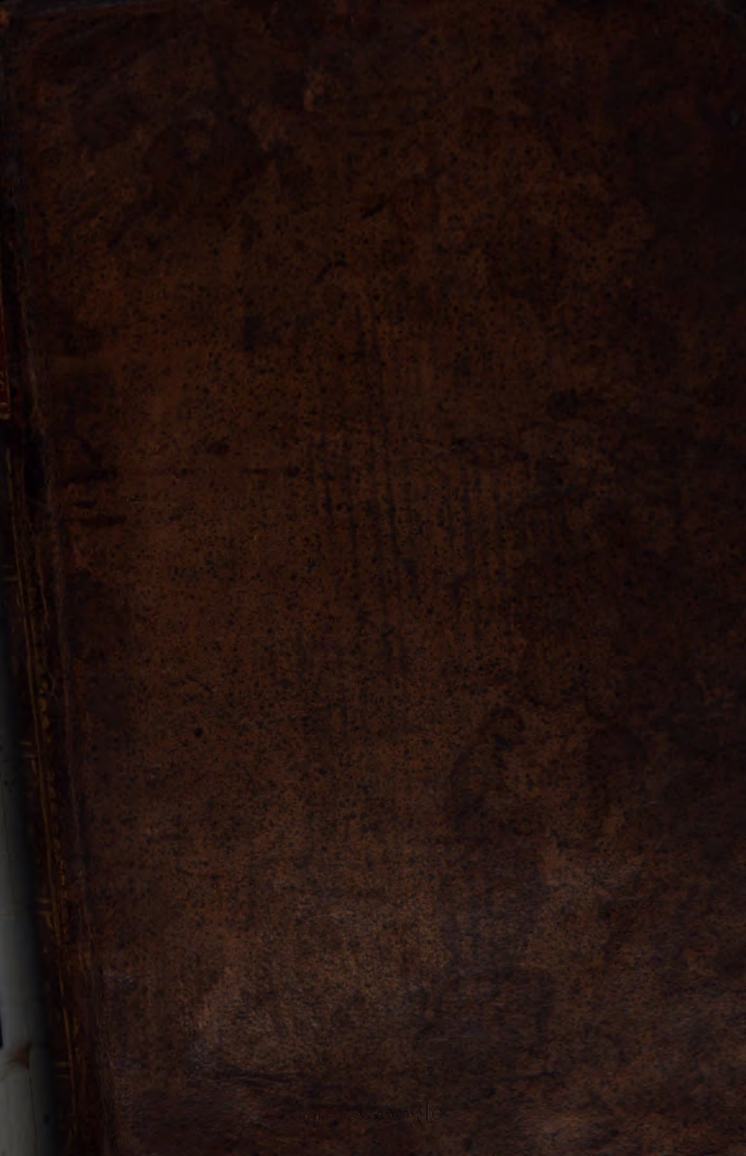
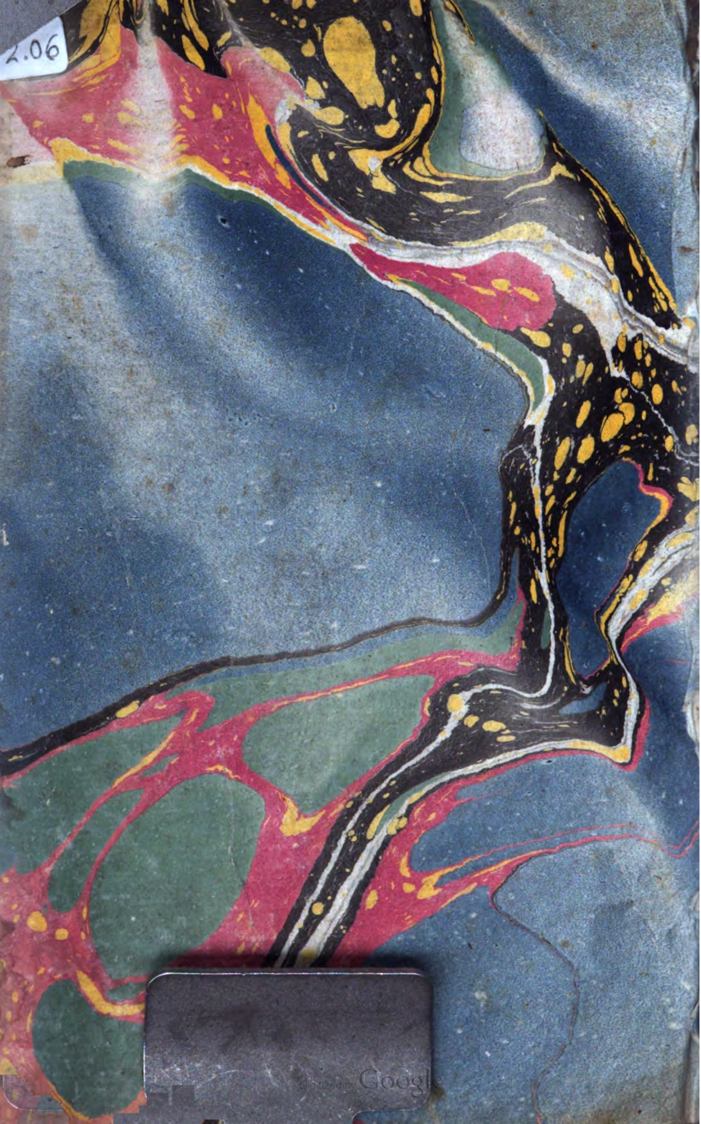



2.06



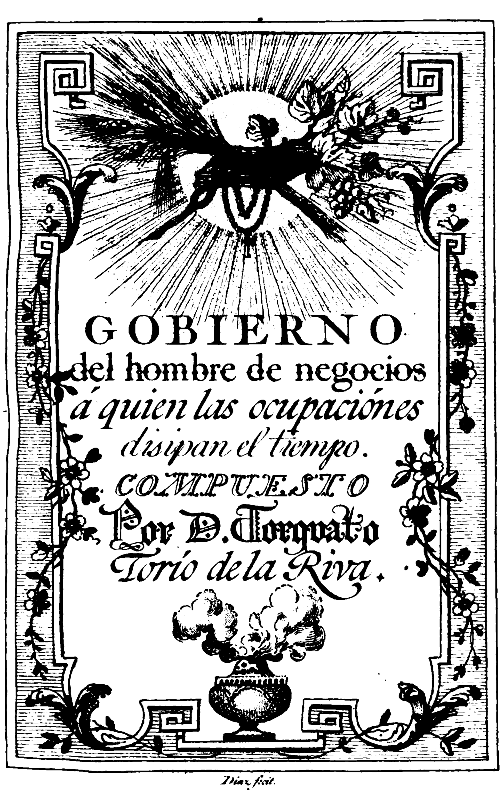
GOBIERNO

DEL HOMBRE DE NEGOCIOS,

Á QUIEN LAS OCUPACIONES

DISIPAN EL TIEMPO.

Se hallará, con los Pensamientos de Ciceron traducidos *en las Librerías de Francés, hermanos, calle de las Carretas, y frente á las Gradas de San Felipe el Real.*


GOBIERNO
del hombre de negocios
á quien las ocupaciónes
disipan el tiempo.
COMPUESTO
Por D. Torquato
Torío de la Riva.

Diaz fecit.

GOBIERNO

DEL HOMBRE DE NEGOCIOS,

Á QUIEN LAS OCUPACIONES

DISIPAN EL TIEMPO:

COMPUESTO

POR DON TORQUATO TORÍO de la Riva, Escritor de los Privilegios de Indias, Revisor de Letras antiguas aprobado por el Consejo, y Oficial del Archivo del Excelentísimo Señor Marques de Astorga, Conde de Altamira &c.



CON LICENCIA: EN MADRID.

En la Imprenta de Benito Cano.

Año de 1788.

AL EXC.MO SEÑOR

DON PEDRO DE LERENA,
REGIDOR PERPETUO DE LA CIUDAD DE CUENCA, CABALLERO DEL ÓRDEN DE SANTIAGO, DEL CONSEJO DE ESTADO Y DEL DESPACHO UNIVERSAL DE LA REAL HACIENDA, SUPERINTENDENTE GENRAL DE SU COBRO Y DISTRIBUCION, GOBERNADOR DEL MISMO CONSEJO &c. &c. &c.

EXC.MO SEÑOR.

SEÑOR:

El asunto y objeto de esta obrita, que tengo el honor

 de

de poner á los pies de V. E. exîgian como de justicia que no buscase otro Mecenas que aquel, que reuniendo en su persona el amor mas puro á la Religion, el candor, la beneficencia, la humanidad, y toda aquella extension de luces y conocimientos, que pide el desempeño de uno de los principales empleos de la Monarquía, fuese al mismo tiempo el modelo de ella, y un vivo exemplo para quan-

tos

tos quisiesen valerse de sus documentos y saludables exercicios.

Bien sé, Señor, que es una preocupacion tan injusta como vulgar, la de atribuir á la fortuna aquella elevacion y honor, que son la justa recompensa del mérito y de la virtud, y que es tambien el delirio mas grosero solicitar con ansia los mismos honores, que se creen pender únicamente del arbi-

trio de la fortuna; pero fuera de que una preocupacion tan necia quiere hacer que el negocio mas arduo de los Príncipes, y del que pende enteramente la felicidad de todo un Reyno, qual es la sabia eleccion de sus Ministros, sea el ciego efecto del acaso ó de la suerte; yo no he mirado en V. E. el brillo que le hace grande á los ojos del mundo, ni el poder que tiene para dispensar las gra-

cias

cias del mayor de los Monarcas, sino aquellas virtudes sociales, aquella afabilidad, que haciéndole igualarse á todos, se hace á sí misma mayor que toda otra grandeza.

Estas virtudes, con que el Cielo se dignó ennoblecer la persona de V.E., son tambien las que le han grangeado la estimacion del Monarca y de la Nacion, y las que me hacen esperar reciba V.E.

con

con aceptacion este corto obsequio de mi afecto, con el que ruego á Dios mantenga á V. E. muchos años en su prosperidad.

Madrid 26. de Junio de 1788.

EXC.MO SEÑOR.

B. L. M. de V. E. su mas afecto rendido servidor

Torquato Torío de la Riva.

PRÓLOGO.

El estar impuesto en los deberes de su Religion, amarla, respetarla, evitar con cuidado lo que prohibe, y practicar exâctamente quanto ordena, es el verdadero carácter de un Christiano. Para conseguir éste, es indispensable valerse de la oracion; porque, como dicen los Santos Padres, es el alimento del alma, y la mas segura señal de no haber caido en aquella flaqueza mortal, que indica con bastante pesar la poca esperanza de la salvacion. Ella solamente nos hará conocer la obligacion que tenemos de usar un remedio tan saludable, necesario é importante. Pero aunque la ora-

oracion sea verdaderamente una voz del corazon, que siente sus necesidades, y que interiormente forma en él el Espíritu Santo, no dexan sin embargo de servir muchísimo para acostumbrarse á este santo exercicio aquellas fórmulas de oraciones, que esten llenas de mociones y sentimientos piadosos, qual son las que damos en este libro.

Ninguno, pues, ignora el gran número de Devocionarios que tenemos en España, ni la poca variacion que sustancialmente se encuentra en ellos por lo que hace al asunto de que tratan. Esta es una verdad tan patente, que pecaria yo en temeridad, si me empeñase en persuadirla; y por lo mismo jamas me hubiera determinado

á dar á luz esta Obrita, si el voto de algunos inteligentes no hubiera calificado el exceso de utilidad y doctrina con que se distingue entre todas las de su especie.

Aquí, pues, no encontrará el Lector aquel cúmulo de oraciones poco patéticas, que suelen llevarse la mayor parte de nuestros Devocionarios. Verá sí, una preciosa coleccion de máxîmas y reglas exquisitas para saberse gobernar política y christianamente en todos los estados de la vida; sin que por eso dexe de encontrar aquellas fórmulas necesarias, con que debemos encaminar nuestros ruegos al Omnipotente y á su Madre María. Hallará en fin, tan poco que leer, y tanto que meditar, que imprimiéndo-

que con vista de ésta dispuso asimismo en el de 1727 D. Victorino de Montemayor, para que sirviese de entretenimiento á D. Fernando el VI.º siendo Príncipe de Asturias.

Este Autor la enriqueció notablemente con muchas de las máxîmas de Salomon, cuya pluma gobernó el espíritu de la Sabiduría Divina. Uno y otro pusiéron el lema de estas reglas ó máxîmas en idioma Latino, aseverándole con citas y remisiones á los sagrados Libros de donde las entresacaban. Yo he abandonado este pensamiento, no solo por parecerme fuera del propósito que habia formado, sino aun nada necesario para el asunto. Y lo que he hecho, ha sido únicamente entresacar de sus glosas aquella

lla parte que tiene cada una de las máxîmas que yo presento ; poniendo el epígrafe de éstas en Castellano, y de letra bastardilla, para que fácilmente las pueda el Lector retener en la memoria, y advertir de pronto quando quisiere.

El número, pues, de las que componen la Iª parte, ha sido enteramente á mi arbitrio ; ya porque ellas eran las mas conformes á mi genio, y ya porque, á mi entender, son las mas convenientes para sacar motivos de vivir segun la christiana sabiduría. En quitar palabras superfluas, y añadir las que hacian falta, aun en aquellas mismas máxîmas que he escogido, no he tenido reparo alguno, porque mi intento era el de dexar corriente

el estilo en quanto me fuese posible, y descargarle de aquellas hinchazones y figuras, de que no poco gustaban ambos Autores.

La II.ª parte se compone de algunas oraciones muy oportunas para dar á Dios las debidas gracias todos los dias por los favores que continuamente nos dispensa. Estas son verdaderamente las que forman aquella parte correspondiente á un *Exercicio Quotidiano* : Y en su seguida van siete meditaciones para los dias de la semana; cuyos asuntos son los mas á propósito para que el Christiano conozca lo horrible del pecado, y los bienes que pierde en cometerle. Luego le presentamos unas útiles y proporcionadas oraciones para la Misa;

á cada una de las quales precede una nota, para que conozca mejor lo que va á meditar, y pueda elevar mas bien el espíritu en cada mysterio de los que respectivamente se representan en el santo Sacrificio. Despues se manifiesta el modo de exâminar la conciencia: el de recibir dignamente los santos Sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía: el de arraigarse en la práctica de la virtud; y el de pedir á Dios y á su Santísima Madre los auxîlios que necesitamos para el mas exâcto cumplimiento de nuestros deberes. Y por conclusion de la obra ponemos unas oraciones (tambien con sus notas) para visitar y adorar al Santísimo Sacramento, del mismo modo que las dispuso el Padre

Croiset; cuyo mérito, como tan público, excusamos de recomendar. Quasi todo lo que incluye esta II.ª parte, lo he traducido y entresacado de *La Journée du Chrétien, sanctifiée par la priere & la meditation* (XXIII.ª edicion de Leon, corregida y aumentada.) Y lo que no es tomado de aquí, ni de las dos obras que anteriormente he citado, está suplido por mí, y compuesto del mejor modo que me ha sido posible.

Ya tienes aquí, Lector mio, la idea y asuntos de que trata la obra que te presento. Si la leyeres con cuidado, desde luego te aseguro que encontrarás en ella la política mas fina, la moral mas pura, y la mística mas sublíme. La vista de su cor-

to

to volúmen, no te la debe hacer menospreciar. Esto es propio de necios; porque en pocas palabras se puede decir mucho. Y no cargaria yo el presente Prólogo de poca pedantería, si uno de mis cuidados hubiera sido el que, como muy grave, fatigó en otros tiempos la atencion de los Autores para la formacion de los suyos: esto es, ponderar la obra hasta el encarecimiento, y exâgerar la necesidad que de ella tenian hasta aquellos, que no profesaban la facultad de que trataba. Pero nada de esto he contemplado del caso; lo primero, porque de ella misma han de juzgar del mérito que la corresponde; y lo segundo, porque como la materia de que se trata, es tan útil á todo Christia-

tiano, ninguna necesidad tengo de recomendarle su lectura, siempre que en éste se hallen sentimientos de tal, y quiera aprender verdades ignoradas de muchos de los sabios de la tierra. VALE.

TABLA

DE LO QUE CONTIENE ESTE LIBRO.

PARTE PRIMERA.

SEGUNDA PARTE.

GO-



Diaz fecit.

Para seguir la Virtud,
y á Dios en todo agradar,
èstas Maxîmas christianas
debes siempre meditar.



Diaz fecit.

PRIMERA PARTE

QUE CONTIENE LAS MÁXÎMAS y reglas político-morales y christianas para saberse gobernar con acierto, en todos los estados de la vida.

CAPÍTULO I.º

Escarmiento de lo pasado, para prevenir el gobierno de lo futuro.

MÁXÎMA I.ª

Haz patente á Dios la perversidad de lo pasado, y hallarás direccion en

A lo

lo futuro. Para corregir la vida, ha de ser fiscal de tus acciones la conciencia. Malo fué no ser bueno; pero serás perfectamente bueno, si confiesas al Señor que fuiste malo. Lo torcido hasta aquí de tus caminos ha de gobernar tus pasos. No me creas maestro, porque no puede enseñar como tal, quien bien no supo vivir: persuádete, sí, que el desengaño de lo mal vivido, me dicta lo que te aconsejo. Hasta aquí fuí maestro del error, ahora quiero ser discípulo de la verdad. Esta ansia causa en mi corazon esta doctrina: admítela como de un corazon arrepentido, que confesando á Dios sus obras pasadas, espera dirigir las venideras. El conocimiento de sí propio, es la basa fundamental de este edificio. A Dios le debes el ser, y

si

si de Dios te apartaste para obrar, hallarás, que empleaste el mismo ser que Dios te dió en ofenderle; y que aunque naciste en el tiempo venturoso de la gracia, la desterraste tú con la culpa. Hallarás, que á Dios le debes tambien la conservacion; y que quando la continúa por verte arrepentido, te vales del vivir para ser obstinado. Hallarás igualmente, que le debes la redencion; y que abusando de su precio imponderable, le vendes por tu apetito. Hallarás en fin, el que debes á Dios, que todo lo criase para tí, haciéndote superior á todo; y que tú trocando este objeto en desdoro, te sujetas á todo lo criado: infiere con madurez las conseqüencias de estas cosas, y confesarás á Dios tus obras con arrepentimiento.

II.ª *Ama al Señor, y obedece su voluntad, que en esto consiste todo tu ser.* Quando el Criador formó el designio de nuestra naturaleza, y concibió al hombre en su idea, queriendo que fuese su primera y mas excelente obra, no concibió solo un cuerpo y un alma, sino tambien la gracia divina, unida con las dos cosas. Veia, que el cuerpo separado del alma, no era mas que corrupcion; y que el alma desunida de Dios por la culpa, solo seria fealdad. Así (porque no podia faltar su designio) al tiempo que unió el cuerpo con el alma, unió á ésta con su Criador por medio de la gracia divina. Hizo que ella fuese (como don y obra suya) quien diese complemento á los dos, y que el hombre se perfeccionase por me-

medio de todas estas tres cosas. Reflexîona, pues, la sabiduría de Dios y verás ¡quántas maravillas hay en el hombre mientras estan unidas estas partes; y quánto horror y desgracia quando se dividen por el golpe fatal de *la* muerte ó de la culpa! El alma es reprobacion y pecado sin la gracia. El cuerpo separado del alma es la muerte. El alma apartada del cuerpo y de la gracia es el infierno. Desunidos, son tres objetos de horror. Juntos, son tres celestiales hermosuras, y los tres mayores milagros de la Divina Omnipotencia. En esto consiste el ser del hombre; y en esto el tuyo.

III.ª *Pasa una generacion; otra viene, y el mundo se queda como se estaba.* La continua vicisitud de las cosas

nos hace patente esta máxima. Para vivir en tu constitucion conforme, no hallarás desengaño mas fuerte. Pasa el mérito, y queda sin galardon; pero si se acabó el logro del premio, todo viene á ser tiempo pasado. Igual quedarás al fin, ó premiado, ó desatendido; porque de este mundo ni mas ni ménos se saca. Procura merecer, y sábete conformar, que arguye poca vitalidad en el ánimo manifestarse sentido. La fama de tu nombre ha de permanecer despues de la generacion: sábela adquirir, y consigues quanto puedes lograr. Una entrada hay á la vida, y una salida semejante. Nada media entre el nacer y el morir; porque la primera respiracion del nacer, es el primer paso de acabar. Solo lo que se respira se vive; con

con que mira el tiempo que alientas, y verás con la escasez que vives. Así se pasa una generacion, y otra viene. Premedita, qué fuiste ántes de nacer; qué eres viviendo; y qué serás en muriendo. Antes de nacer eras una materia asquerosa, indigna de ser nombrada; viviendo, un sepulcro vivo con todos los accidentes de difunto; muerto, horror, hediondez y miedo de los demas.

IV.ª *Toda la felicidad de esta vida es vana y mentirosa.* No debes amar otra cosa que á la Magestad Divina. El verdadero deleyte, y el perfecto bien, solo se halla en Dios. Todo lo demas nos engaña. Solo es imaginacion y vanidad. El bien fantástico se convierte en mal cierto, desde el punto en que agradado de él empezares á

amarlo. Quando se nos representa, le imaginamos estable; y si nuestro corazon se arroja y liga ciegamente á él, no consigue verdaderamente otro efecto, que el de la ceguedad; y como si pretendiera abrazar las aguas que ve correr, que al punto que comienzan á tenerse, empiezan á huirse. Se deslizan en fin de nuestras manos, y continuando ellas su curso, y nosotros el nuestro, nos separamos á donde á cada uno le llama su destino, y le conduce el tiempo: á la nada ellas: á la muerte nosotros. ¿Quántas veces se limitan á un breve instante los largos años, que entre estos dos extremos, nos promete la ceguedad? ¿A quántos se ve en un mismo dia felizmente elevados á una potente fortuna, y sepultados debaxo de

sus

sus ruinas? Hoy la prosperidad de nuestra casa, la salud, las riquezas y el obsequio: mañana todas estas felicidades, ayre, viento y humo: nuestro cuerpo en el féretro: nuestra alma en el otro mundo, donde eternamente llore. Aunque seas dueño de un tesoro, de un reyno, de un imperio; de todo el mundo: Aunque poseeas todas las obras é imágenes de Dios, y todos sus dones, si á este Señor no le posees, ¿qué posesion será aquella para tí? ¿Qué posesion la de un alma que se crió para gozar el verdadero bien, si suspirando por gozarle, no puede llenarse ni satisfacerse? Esta saciedad no puede conseguirse sin poseer á Dios. Ademas de que estas riquezas y magnificencias, aunque las poseas todas, no estan en tí. Estan en

tus

tus cofres ; y en tus sentidos los deleytes : no pasan de allí ; ni llegan á lo interior de tu espíritu , ni al lugar donde está lo inmortal de tu deseo. Solo le envian su figura : de suerte , que de tantos bienes y opulencias para tí acumuladas , con tantos peligros adquiridos , y tantos afanes conservados ; solo su sombra es la parte que á tu corazon pertenece. Atiende á las quexas y suspiros , que (en medio de los juegos , espectáculos y regocijos) suenan en aquel centro del corazon desconsolado , y confesarás con lágrimas , que es digno de compasion su sentir ; pues buscando desde su nacimiento sin cesar y con anhelo la verdad de las verdades, para lograr el fin de ser dichoso , no halla dentro de sí mas que aquella vani-

dad

dad de vanidades, sombra de sombras, é imágen de las ilusiones y apariencias.

V.ª *Ignoras hoy lo que ha de suceder mañana; con que hoy te acreditas de necio, si te prometes para mañana confiado.* Nada tiene seguro el que mas tiene; porque si el tener es miéntras dura el vivir, no habiendo en el vivir seguridad; ¿qué seguridad habrá en el tener? Salomon te desengaña con las expresiones que en substancia se dicen al principio de esta máxima. Deuda cierta es la vida; el Acreedor omnipotente; la paga inevitable; el tiempo incierto; y cada instante amenaza su plazo. Quando quiera quien te dió prestado, le has de pagar: Ignoras su voluntad, y no hay humano poder para impedir su execucion. Todo

do anda junto, dice el Sabio, la risa y el llanto, el placer y el lamento. El fin del gozo son lágrimas, y ésta es la cosecha que lleva nuestra miserable vida. Hoy tuviste un dia de placer, mañana ignoras si será de pesar. Hoy viviste alegre, mañana dudas si acabarás con la alegría y el aliento. El dia de hoy te se concede para vivir; pero el vivir para bien obrar. El tiempo de vivir es el de merecer: mañana vendrá la muerte, y se acabará el dia de trabajo: Si no trabajáste, perdiste la vida y el mérito, y es pérdida que no has de resarcir en lo futuro. No hay que fiarse en la salud ni en el poder, porque lo que hoy es plata y oro, al menor frangente será barro. Si acaso la vana presuncion te quisiere elevar, mirate á los pies, y ha-

hallarás que eres de un barro tan quebradizo, que estás á peligro cada paso. La continua experiencia te manifiesta esta doctrina: Hoy te levantaste bueno, mañana puedes estar amortajado. Hoy saliste de casa con obstentacion y grandeza, mañana puede ser que el féretro te sirva de carroza. Hoy te acostaste con salud, mañana puede llegar tu fin. Es constitucion de tu ser la mutabilidad y variacion, y el pasar á ser otra cosa de lo que eres: ignoras el quando, y no hay término fixo. No te glories hoy para mañana, pues no sabes si serás mañana lo que hoy.

VI.ª *El principio de la sabiduría es el temor de Dios.* Sabiduría que nace de otro principio, es engañosa y falaz. Muchos parecen políticos y sabios

bios en el mundo, mas no por eso disminuyen el número de los necios. ¿Qué mayor necedad, que no ser necio con ninguno sino con Dios, ni ofender á nadie sino á él? Para gobernar tu conciencia con acierto, teme á Dios que es tu Juez. Si quieres que este provechoso temor nazca en tu alma, y destruya lo que en ella queda de inclinacion á la culpa, ten presente por medio de freqüentes y devotas meditaciones las primeras y últímas verdades; esto es, de donde vienes, y á donde vas: qual fué tu orígen, y qual será tu fin: qué recibiste, y qué has pagado: quien eres tú, y quien tu acreedor: lo que tú debes, y lo que puede tu Juez. Tus deudas y obligaciones á Dios, no son objeto de largo discurso; pero son em-

empleo de una profunda meditacion y perpetuo reconocimiento. En cada punto no hay mas que una palabra; pero no bastan á comprehenderla años y siglos de silencio y contemplacion. No aguardes á hacer esto en aquel dia, en que inútilmente querrás executarlo delante de tu Juez. Considera ¿quánto vale una misericordia que previno á tus méritos; y qué merece la desatencion ingrata con que correspondistes á esa misericordia? Pero ya he dicho, demasiado en un asunto, que pide mas meditacion que palabras. En estas quatro cláusulas se cifra la historia del hombre: fenecerán sus deleytes: serán juzgadas sus obras: castigados sus delitos; y eterno su suplicio. Por mas docto que seas, si no has considerado estas breves palabras, no de-

xa-

xarás de ser ignorante inadvertido. La locura de la juventud piensa solo en el tiempo presente: la avaricia en lo futuro: la prudente política advierte lo que sucedió, y prevee lo que puede suceder; pero la verdadera sabiduría, mira por una parte desde el principio de los tiempos hasta la creacion del hombre; y por otra desde el fin de él á toda la eternidad.

VII.ª *Para vivir justificadamente, y alcanzar la gracia de vencer las viciadas costumbres, es preciso recurrir á Dios, y pedírsela con el mas ardiente deseo que sea posible.* Anegado en sollozos, y postrado delante del ara, donde oigas su voz que te llama á penitencia, díle: Señor, en vos está la luz y la sabiduría, que hacen ver al hombre la hermosura de la virtud:

co-

comunicádmelas; y respecto de que me mandais ser casto y devoto, dadme vos la devocion y la castidad, y despues de esto mandadme quanto fuereis servido. No esperes recibir aquellos espirituales y temporales favores *si no los pides*. Sin oracion fervorosa no enmendarás tu vida. Tendrás la gracia, que da el primer poder de ser casto; pero (segun las leyes ordinarias de la sabiduría) no tendrás, sino por medio de la oracion, aquella gracia que determina la voluntad á serlo, y á practicar eficazmente esta determinacion. Ni los esperes si constantemente, y con un ardiente y sincero afecto no los pides. Rogar á Dios con tibieza, que tenga piedad de tu vida desdichada, es pedirle que dilate el castigarte, para diferir tú el con-

vertirte. Es afirmar, que recèlas ser oido, porque temes romper resuelto las cadenas que te ligan á las criaturas, y que te hacen amar otra cosa mas que á la Magestad Soberana. Dios quiere quando le pedimos; que, si es posible, tengan voces nuestras entrañas, y que haya en nosotros un divino ardor, que dé fuerza á nuestros suspiros, para que suban hasta él. Han de ser tan fervorosos, que puedan seguirle lejos; pues tanto le hace retirar su justicia para oirnos, quanto nos apartamos de S. M. por el pecado. El Señor gusta ser seguido, rogado é importunado: síguele; ruégale; importúnale, y persevera constante. No temas otra cosa sino dexarte vencer de sus retiros, y no perseverar confiado. Espera en su palabra contra la espe-

ran-

ranza misma, y á despecho de la desesperacion.

VIII.ª *Pon en Dios tu confianza, y fia tus negocios de su bondad y providencia.* Esta es la mas importante y excelente máxîma para la direccion feliz de tus empresas, y para conducir sabia y dichosamente tus designios al fin que deseas. Mientras tus ojos le contemplaren con amor y confianza, te tendrá de su mano; será tu guia, y caminarás seguro. Muchísimos desdichados vemos en este mundo, y es porque hay pocos, que sincéra y ciegamente quieran fiar en Dios. No hay cosa mas repetidamente prometida por este Señor, que su ayuda á los que esperan en su misericordia: y no hay cosa que ménos queramos experimentar, porque no sabemos confia-

damente pedir. Algunas veces nos llegamos á su Magestad; pero vamos como fué S. Pedro sobre las aguas, titubeando, y como dudando si tendrian poder para mantenerlo. Queremos mas bien fiarnos de las criaturas, y de lo incierto de sus palabras: pero aun tubieramos alguna disculpa, si viesemos en ellas tanto poder é inclinacion para ayudar, como para hacer traicion y destruir. ¡Quan falsos son sus alhagos! ¡Quan engañosas sus caricias! ¡Quan falaces sus esperanzas! Sus primeras dádivas son promesas; las segundas disculpas; las terceras enfados, y las últimas traiciones ó desprecios. Estos son ordinariamente los remates de las amistades del mundo. Nada nos causa mas confusion y llanto que el haberlas creido.

Na-

Nada mas vergüenza que haber en ellas esperado. Siempre nos engañan; y de estos engaños, de estas falsas amistades, de estas falaces esperanzas nacen las afrentas, los pesares y las desesperaciones; pero rarísima vez y por un especialísimo prodigio, el desengaño. Las tres virtudes Theologales, *creer*, *esperar y amar*, son tres admirables perfecciones, si tienen por objeto á Dios; pero dirigidas á las criaturas, son sin duda, tres flaquezas, y los tres mas vergonzosos defectos del entendimiento humano.

IX.ª *Ten con los afligidos misericordia.* Si aspiras á la dicha de ser del número de los hijos de Dios, y de los predestinados, toma para tí esta señal de los escogidos, y elígela por particular divisa. La ley del Christia-

nismo en quanto á la caridad, tanto te toca de mas cerca, quanto mas poder tienes, y en mas eminente graduacion estás. Quando te acuerdes de los privilegios de tu nobleza, ó de las preeminencias de tu cargo, piensa tambien las obligaciones de uno y otro. Conoce, que no te sublimó Dios sobre tantos, sino como al Sol entre las demas mortales criaturas, para que fuese inmortal bienhechor de todas ellas. Tu mayor autoridad es solo una honrosa obligacion de amparar al inocente, y favorecer al desvalido. Tantos miserables, y tantos infelices como ven tus ojos, otros tantos acreedores son al poder que te encomendó para su beneficio. Tu tiempo y tus cuidados son de éstos. Lo que posees, á estos pertenece. Tu misma vida, es una

una dádiva que Dios les hizo, para que la empleases en su socorro. Protege á los que la malicia persigue. Ten ánimo para defenderlos de la opresion de la tiranía y de la soberbia. Fortifica tu brazo para arrancarlos de sus manos. No antepongas á éste otro cuidado, ni sosiegues hasta ver sosegados á los inocentes y afligidos, en la parte que tengas autoridad. Da audiencia á los pequeños sin altivez ni disgusto: permite á lo ménos que te hablen, y no añadas á sus aflicciones el dolor de que no oiga su quexa, quien puede remediarla. Es singular afliccion ver, que quien ha de consolarlos, aun se enfada de oirlos. Escúchalos, y no seas tan tirano, que aun les escasees el alivio de que en tus ojos y en tu semblante puedan ver alguna

 com-

compasiva benignidad. No pienses que es contagio la miseria, ni que ha de pegarse con la comunicacion á tu fortuna. No juzgues que es menoscabo de tu autoridad, permitir que un afligido venga á llorar á tu presencia. Trata y obra con Dios como siervo; con los pobres y simples como hermano; y con los atrevidos como dueño. Baxa la cabeza á la suprema Magestad Divina. Humíllate ante el Señor, que te hizo grande; y adora la mano que puede deshacerte: pero levántate sobre la insolencia de los hombres, y ten piedad de aquellas miserias y aflicciones que pueden serte comunes. No desprecies las lágrimas que vierten unos ojos semejantes á los tuyos. Sé quieto, y ten tranquila tu alma en los diversos movimientos de la fortu-

na ; justo y tratable á tus domésticos; afable y fiel á tus amigos ; caritativo á los pobres , y á todos afable. Nada han de estimar tanto en tu dignidad ó en tus riquezas , como el poder hacer bien á un mayor número de personas. Cree que los rendimientos y sumisiones que te hacen , en tanto son en sí justas y honrosas para tí , en quanto el lugar que tienes , y á quien se dirigen los obsequios , está reunido en tí para la beneficencia universal de todos.

X.ª *Con la verdad y la misericordia se redime la culpa.* En este concepto se comprehende fácilmente, que la falta de misericordia y de verdad es orígen del desliz. Hay obras de misericordia espirituales y corporales. Estas tienen por objeto la miseri-

ricordia agena para aliviarla. Aquellas el consejo espiritual, para asegurar la salvacion. Si has faltado en lo primero, redime el delito con tu misericordia, siendo piadoso si fuiste poco compasivo; y limosnero si avaro. El próximo es carne tuya, y miembro de tu cuerpo mismo: Trátale á él como á tí. Dios, porque quiso, te hizo noble: con que no desprecies al ínfimo, pues tambien se pudo trocar el nacimiento. Si éste fuera á eleccion nuestra, todos seriamos Señores; pero la distincion de cunas no la constituye la providencia humana. Es favor especial de la Divina. Corresponde con el reconocimiento á quien te hizo privilegiado. Mas no solo con la misericordia se redime la culpa, sino con la verdad, que es ba-

basa de toda la virtud. No solo en lo christiano es perverso el mentiroso, sino que aun en lo político desacredita su ser quien no es profesor de la verdad. La fé humana es el blason mas glorioso de los hombres. Dos partes tiene esta singular virtud : Una te enseña á creer : Otra á nunca mentir ; pero no hay mayor abominacion que faltar á la verdad. Sé tardo en prometer ; pero pronto en cumplir. Antes de prometer , mira si puedes cumplir ; porque entre la execucion y la promesa no ha de mediar distancia. Si obras de otra suerte, eres mentiroso en el dicho y en el hecho; para no serlo en el hecho , prevee con reflexîon el dicho. La verdad es fuerte ; la mentira débil : ésta es industriosa ; aquella sincéra. Si alguno triun-

triunfó con la industria de la mentira, no fué para gloria de su persona, sino para lunar de su fama. Es máxima perversa la que establece fingir, para saberse gobernar. No es lo mismo disimular que fingir. Muchas veces el disimulo es justicia de las circunstancias del hecho. Disimular la noticia, quando se arriesga la confianza, es discretísima prudencia. Fingir y engañar, es torpe locura, que engaña á la persona. Por este medio, en lugar de conseguirse el fin, se pierde el mas precioso tesoro, que es el crédito.

XI.ª *La gloria busca á los espíritus humildes; pero no se dexa encontrar de los ambiciosos*. El que pretende ensalzarse por su altivez, caerá en abominable desliz: conseguirá el despre-

precio, hallando solamente aquello que cuidadoso huyere. En esto aun no hubo excepcion con los Angeles, con que ¿cómo la habrá con los hombres? Los mas amables, los mas perfectos, son los mas despreciados desde que fuéron atrevidos. Lo que la corrupcion y hediondez causa en los cadáveres, ocasiona la soberbia en los inmortales espíritus. En todas partes son insufribles: El Cielo y la tierra los mira con ásco y aborrecimiento: uno y otro conspiran á menospreciarlos, no ménos que á honrar la humildad: La admiracion de los hombres; la amistad de los Angeles; los favores del Hijo; los dones del Espíritu Santo, y todos los honores del tiempo y la eternidad, son el premio de los humildes. Estos son los únicos predes-

ti-

tinados entre los hombres; y estos llenan el Cielo de Bienaventurados. La gracia y la gloria son su herencia. El secreto mas seguro para ser honrado, es despreciarse á sí mismo. El medio de humillarte, es conocer lo que eres. No solo lo sabrás leyendo los libros, y oyendo á los maestros, sino que tu conciencia te lo enseñará, y hará comprehender. Exâmínala, y te humillarás luego que te responda, si consideras con razon lo que ella sabe de sí misma, y lo que te obligará á creer y á confesar. Toda la humildad consiste en que conozcas, que si naciste con alguna ventaja en las calidades naturales, ó en la distincion sobre otros, no fué obra de tus manos, ni premio de tu virtud, sino gracia y providencia de tu Criador, cuyos fa-

vo-

vores crecen cada dia ; pero que al mismo tiempo se aumentan tambien tus deméritos. Y en fin, que en esto consisten las dos cosas mas notables de esta vida: la una, el que tus delitos no impidiéron á Dios que te amase: la otra, que sus favores no bastáron á desterrar tus ingratitudes; siéndole tú tan ingrato, quanto él te fué de amoroso. Obra de modo, que se conozca en tu gobierno y acciones, que entre las opulencias y felicidades conoces, que solo eres sombra y polvo: que entre ellos tienes el lugar de superior ó de juez; pero delante de Dios el de nada y pecador. No alabes al que no tiene mérito; basta que no condenes á ninguno. Quando veas á alguno digno de desprecio, en lugar de despreciarle, aprende de él á conocerte: míra-

le

le como á espejo, que te muestra una importante verdad delante de los ojos. ¿Qué son los infelices, que ves en este mundo, miéntras Dios derrama sobre tí sus beneficios, y te colma de felicidades y bienes de fortuna? Solo son un feo retrato, que te representa del modo que estarias, si no hubiera Dios cuidado de tí con particular providencia. Dí, pues, si eres sábio y devoto, quando oyeres hablar de los escándalos de un pecador disfamado: Esta es mi sombra; esto hubiera yo sido, y fuera desde ahora, si el Sol Divino me desamparase, y retirára los rayos de su gracia. Verdad, es que la vida de aquella persona es escandalosa y hórrible; pero es tu retrato: humíllate, y adora la misericordia de Dios, que hizo tan grandes cosas en tí.

Con-

XII.ª *Condenar al justo, y justificar al impío, es abominacion delante del supremo Juez.* ¡Ay de los que dicen bien de lo malo, y mal de lo bueno, mezclando y confundiendo con las tinieblas la luz, pues ellos incurrirán en el divino furor! Así amenaza Isaías á los que discerniendo por solo el afecto de su pasion adulteran la verdad. Decir mal del malo, no es bueno: decir del bueno mal, es pésimo; pero decir bien del malo, y mal del bueno, es el último extremo de la perversidad. Así como debe haber justicia en los hechos, la debe haber en los dichos; porque quien dice lo contrario de lo que obra, ú obra lo contrario de lo que siente, es injusto y mentiroso. Confórmese tu obrar con tu decir, y sea con justificacion. No

hay cosa mas fácil que juzgar las pasiones agenas, ni cosa mas dificil que juzgarlas con verdadera justicia. Los juicios suele formarlos la pasion; por eso salen engañosos. La amistad viste las acciones del trage de su afecto; y como éste por lo comun es ciego, camina errado. Tiene el mal por bien; porque no discierne el bien del mal. Tambien tiene otra raiz este vicio, con el que suele estar inficionado el corazon. Tanto yerra en el juicio quien mucho ama, como quien aborrece; porque igualmente se yerra en el concepto quien no quita la venda de los ojos. El malo nunca forma juicio bueno. Segun son los ojos de quien mira, tales se le representan las cosas. Sin embargo, hay pecados tan necios, que tienen dificultosa la excu-

sa

sa en el juicio. El interés ó la complacencia arrebatan á la culpa: en la necesidad ó la flaqueza hay aparente disculpa de este exceso; pero el que falsamente juzga mal del bien, es indigno de perdon, y no tiene que alegar. El sol, la luna, los astros y los elementos acuden todos igualmente al servicio del hombre. Sale el sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores; porque no toca á los astros juzgar de la bondad ni de la malicia, quando hay para eso supremo Juez de residencia. Si no es constitucion de tu empleo el cargo, huye de que te hagan cargo de lo que no es de tu empleo. Atiende al peligro de errar en lo que juzgas, y evitarás la amenaza.

XIII.ª *El hombre devoto y justo*

goza siempre de un interior descanso. Ningun accidente puede alterar la paz de su conciencia, ni excitar en él desordenados movimientos. El temor y la tristeza son tempestades, que no llegan á la region donde está levantado por la gracia. El ruido hará eco allí; pero la paz y tranquilidad no le dexarán detener; y teniendo en quietud el alma, no le desasosegará la adversidad de sus negocios. Acostúmbrate á mirar todos los accidentes sin temor. Quando viniere la afliccion, no te enojes con Dios, ni dexes el propósito de serle siempre fiel. Lleva el castigo con resignacion, humildad y respeto. No dexes abatir tu ánimo y virtud debaxo de la pena: acuérdate que Dios mortifica á los que ama; y que así como un padre nunca halla

mas

mas amable á su hijo, que quando recibe la correccion humildemente resignado; así tambien nunca agrada mas el hombre á su Criador, que quando la prueba de la adversidad le muestra ser obediente y fiel. Ningun hombre hay que no sufra; ningun Christiano que no tolere con paciencia; ni ningun Santo que no padezca con gusto. El principio de la virtud, es obedecer y resignarse á Dios quando nos aflige. La perfeccion es conocerse dichoso en la adversidad, y sentir lo que experimentáron los Apóstoles Santos, que se gloriaban quando cargados de ultrages y de afrentas, salian á los suplicios: caminaban triunfando á imitacion de su maestro. Este es, sin duda, el mas alto estado de la vida espiritual; y aun

diré con los Santos Padres, que lo mas admirable que se puede ver en la nueva y poderosa gracia del Encarnado Verbo, es un hombre, que en medio de las tribulaciones, miserias y desdichas, goza de un celestial sosiego en lo interior de su alma, diciendo á los Ángeles, que le admiran, y á los hombres que le compadecen, lo que en semejante constitucion pronunciaba el Apóstol; Estoy lleno de gozo, porque logro padecer por Dios. Todos los Santos hablan del tiempo de sus afliccciones y trabajos, como del mas estimable y dichoso. Y con verdad puede decirse, que el hombre que gustosamente padece, imita á Christo en el mundo; iguala á los Mártyres en la muerte, y excede á los Ángeles en el Cielo. Morir y sufrir

frir, es la consumacion de la divina caridad: es lo mas sublíme de la gloria del verdadero Hombre, y con que perfeccionó su amor en los brazos de la Cruz, por medio de los dolores de la muerte, quando dixo: *Consummatum est.* Los Ángeles no pueden llegar á esta dicha; con que ya que tú puedes, anhela á ella miéntras eres de mortal y pasible naturaleza. Imita á los Ángeles amando, y excédelos en amar padeciendo. A lo ménos, si tu caridad no es tan ardiente, que sepas amar los dolores y afliccion, haz la pasion meritoria (que es lo que no puedes excusar) con la paciencia. En la enfermedad, en el infortunio, en la pobreza que te oprime; no dexes abatir tu corazon, ni que pierda su interior tranquilidad. Sobre todo ten especial

cuidado de no conturbarte por aquellos trabajos, que tienen el orígen en tí mismo, y que nacen de nuestra propia corrupcion, como son los escrúpulos, las melancolías, los temores y otros tormentos; de los quales es causa la imaginacion enferma. La mayor parte de estas miserias (escondidas en nuestra naturaleza, é incurables á la humana industria) no son mas que una noche interior, con ciertos nublados y tempestad, que con visiones y fantasmas forma el demonio para espantarnos. No te asombres, ni disputes con aquellos chîméricos monstruos de la fantasía. Espera con paciencia la venida de la aurora, que los destruirá sin ruido, y te dará á conocer el yerro de tus desasosiegos y miedos. Hablo de aquel conocimiento, que or-

di-

dinariamente produce Dios en las almas santas despues de las obscuridades y tinieblas. Este conocimiento es el primer rayo de la luz de la gloria, y la verdadera aurora, que disipa estos sueños, chîmeras é ignorancias de la imaginacion inquieta: Establece en su imperio á la razon y al juicio; hace evidentes las verdades; inclina á amar la obligacion y virtud; renueva el ánimo, y le recobra; levanta la esperanza con la luz; y en fin, no aparece en nuestro orizonte sino para anunciar que viene á alumbrarnos el verdadero Sol. No te atribulen ni conturben tus mismos pecados, ni tus improvisas y reiteradas culpas. Quando incurras en algun defecto, no te aflijas, ni te quexes como niño que cayó en el lodo; retírate, y vuelve sobre

tí,

tí, alargando las manos á la miseri-
cordia, que te ofrece las suyas. Llo-
ra, pero sin desesperar. Aborrece la
malicia y flaqueza, que te hiciéron
caer en la culpa; pero adora la sabi-
duría de Dios, que sabrá sacar glo-
ria del vergonzoso estado de tu mise-
ria. Aprende, que la mas divina ac-
cion de su amor y poder, es conver-
tir el mal en bien; y considera con
admiracion los designios que su gra-
cia forma en tu abono en la misma
ocasion de tu yerro. Teme su justicia,
y evita sus rigores; pero el huir, sea
para acogerte rendido á su bondad.
Arrepiéntete sin abatirte: resuélvete
á gobernarte mejor en lo venidero;
pero sin impaciencia, ni desperar por
lo pasado. Aunque la verdadera con-
tricion quiebre el corazon de dolor, no
de-

dexa de tener cierta dulzura, que nos sostiene y alienta, y que la distingue de la penitencia falsa. Las señales mas ciertas de hallarnos en el estado en que Dios nos ama, son la humildad y la quietud. Asegúrate, que qualquier negocio (por santo que sea) en que hay precipitacion demasiada, se hace sin agrado de Dios: que toda inspiracion, que te ocasiona desórden, inquietud y desasosiego, no viene del Espíritu Santo; que todo dolor de tus pecados, que te lleva á la desesperacion, viene del demonio: que toda mortificacion, que te hace desobediente y soberbio, viene del comun enemigo: que toda humildad, que te hace temer que Dios desprecie tus lágrimas, y que no hay perdon para tí, es falsa y engañosa, y

con-

conduce á la impenitencia final, y á la muerte de los soberbios, y reprobacion de los malos. Póstrate ante la misericordia divina, confesando tu tibieza: dí que la virtud requiere fervor mayor, y mas superior esfuerzo que el tuyo; pero no digas, que el camino de la salvacion es superior á tus esfuerzos, porque es la humildad de los condenados. Pide á Dios que te dé el don de amar lo que te manda, y despues ofrecete á S. M. rendido, y dile que te mande lo que fuere de su agrado.



CAPITULO II.°

MÁXIMAS Y REGLAS conducentes para el gobierno y guia del entendimiento.

MÁXIMA I.ª

Ama la verdad, y adquiere la sabiduría. No dividas estas dos virtudes: poseelas entrambas. Hállese siempre la verdad en tus dichos, y la sabiduría en tus pensamientos. Conoce las cosas ántes de juzgarlas, para que no te engañes á tí mismo. Quando trates de ellas, no engañes á los demas. Habla verdadero, y discurre sabio. Ten cuidado de no creer ni decir lo que sea incierto. Estampa en tu corazon

la

la máxîma que un Príncipe sábio escribió con el dedo en los labios de su hijo: *Mas presto morir que mentir.* Aborrece la mentira mas que á la muerte misma. Ya que tienes en tu alma la verdad divina, toma para tí lo que de los Reyes dixo el sábio Salomon; esto es, que con qualquier vestido que adornes la mentira, siempre estará indecente en tu boca. Solo al Angel soberbio le es decente, porque la eligió por distintivo, empezando por ella al tiempo, que, transformándose en demonio, quiso hacerse el horror de la naturaleza. La primera proposicion que hizo á los Ángeles en el Cielo, fué una mentira: la primera palabra que pronunció para persuadir al hombre en la tierra, fué otra mentira: el primer designio que concibió

pa-

para vengarse de Dios, desde que entró en el infierno, fué mentir siempre: y la primera promesa que se hizo para consolarse de su desesperacion y arrojo, fué el que tambien mentirian todos los hombres; cuya empresa, por nuestra desdicha, ha sido demasiadamente felíz. Porque sino ¿quál es el hombre que en esta parte no peca? Los niños mienten en la cuna, y en los brazos de la inocencia: Los Filósofos y Sábios en las escuelas de la sabiduría; y hasta el supremo Senado no se libra de la lisonja. Exâmina tambien los hombres que tratan y negocian contigo, y estudia, quando te hablan, la ciencia de sus corazones, procurando descubrir por lo que dicen lo que disimulan. Distingue la modestia verdadera de la fingida; y no

te

te creas, dice Salomon, de ciertas personas, que debaxo de modestos rostros y devotas voces, ocultan en su ánimo la ponzoña, que quieren comunicar al tuyo. La ciençia de los prudentes y discretos es, ni engañar, ni ser engañados.

IIª *No te imagines sabio, ni formes en tu presuncion una sabiduría de que tú solo seas autor.* Conoce, que no hay mas que una verdadera, que es el temer á Dios, y no hacer ni pensar cosa contra la razon y conciencia. Si quieres ser amado y atendido, cuida de que no sospechen, el que piensas lo debes ser. No te empeñes en alcanzar lo que excede á tu poder, ni en comprehender los misterios que son sobre tu capacidad. Conténtate con saber lo que te manda Dios, y

es

es necesario para conseguir tu salvacion. La excelencia del entendimiento humano no consiste en discurrir delicado sobre las obras naturales de Dios, sino en admirar y comprehender mejor lo que ve. Quando un Filósofo christiano contempla el sol y las estrellas, no ve cosa que el Vulgo y el Atheista no vean tan claro y manifiesto como él. Pero poco es ver, pues hasta los brutos lo hacen: La importancia está en considerarlo y comprehenderlo, que es lo que no consiguen los ignorantes, quienes en esto imitan á los irracionales; porque aquellas maravillas, aquellas sombras de la Divinidad, que entran en tus sentidos, no pasan de ellos: sus torpes y groseras almas no hallan en ellas que advertir, ni encuentran que

 con-

considerar. Propio es del hombre sábio descubrir con el entendimiento lo que la naturaleza manifiesta á sus ojos. Pero su excelencia no consiste en ver lo invisible ó inescrutable. Lo que la Providencia oculta, para todos es invisible. Los Filósofos que lo investigáron, otro tanto mas doctos fuéron, quanto mas humildemente confesáron no poder comprehenderlo.

III.ª *No creas solo á tu dictámen, ni ménos te apoyes sobre tu opinion en el exâmen de la verdad.* Evita la novedad, y recelate de tu propio sentir. Saca la luz que te fuere posible de tus advertencias propias; pero auméntala con otras mas claras y seguras. Guárdate de seguir á un ciego que te lleve al precipicio; ni de juzgar que te guia la sabiduría. Las bestias se

mue-

mueven por sus pasiones: los locos por temas: los soberbios por su capricho: los discretos por su razon, y por consejo. Desconfia de tí mismo; pero no seas demasiadamente confiado con los demas. Los malos consejos y falsas opiniones entran suave y fácilmente en el entendimiento. Témelos, y no te dexes guiar del maestro que se aparta de la doctrina comun. En la vida espiritual hay muchos caminos, que parecen seguros; pero estos son ordinariamente los que conducen mas presto á la perdicion y desgracia. Yo no admiro que se hallen en el mundo tantos caminos errados y engañosos, quando en él se ven tantos hypócritas y soberbios. La comun y precisa ceguedad de estos, es llegarse á persuadir, que ven man-

 chas

chas en el Sol; en la Iglesia errores y desaciertos, y en su gobierno abusos. El ignorante, satisfecho de su juicio, siempre cree que obra lo mas acertado, y no desea ni solicita otra direccion que su dictámen: El sábio desconfia de sí; y como de la doctrina de la Iglesia sabe lo que ha de creer, del consejo de los sábios y de la experiencia de las cosas aprende lo que ha de obrar. Estas dos son únicamente las luces seguras que podemos seguir en las tinieblas que nos cercan. Los mayores entendimientos se han perdido por seguir su dictámen propio; pero siguiendo á la Iglesia, ningun ignorante ha experimentado desgracia. El que por sola su prudencia gobernó una accion peligrosa, al acaso ó á la dicha la debe, si la logra: el

que

que la determina con consejo, merece alabanza aunque la pierda. La fortuna ó el accidente pueden malograr el suceso de nuestros intentos, aunque dirigidos sabiamente y con buen consejo; pero no puede quitarnos la gloria de haberlos encaminado bien. Bastante provecho se saca de un designio, si se adquiere la reputacion de haber obrado con discreto conocimiento.

IV.ª *No te dexes engañar del explendor de la apariencia.* Esto debes de hacer quando en una república corre el ruido de una nueva doctrina. No te fies de unas palabras que agradan, ni de unas devociones que admiran. Una voz devota, un semblante pálido y abatido, un vestido reformado, unas palabras misteriosas, y unas mortificaciones exemplares y de mucho

exterior, son el velo propio para ocultar el veneno del infierno. Los primeros Christianos eran disculpables; no obstante que se dexaban engañar de las apariencias de virtud: y aun en el dia, acaso, pudieramos disculpar á algunas inocentes y sencillas mugeres, quando las vemos admirar con reverencia y asombro de las figuras y gestos de un hipócrita que remeda al Santo. Pero despues de haber visto por la experiencia de tantos siglos, que los Heresiarcas y Ante-Christos mas famosos empezáron el oficio de seductores por la via del ayuno, de la limosna y de la devocion extática; no puede suceder cosa mas vergonzosa á un hombre de entendimiento, que creer á un Dogmatista, y tener á un embustero por Profeta.

Qual-

Qualquiera que se mete á hablar de los misterios Divinos, aunque fuese, como dice San Pablo, un Angel baxado del Cielo: aunque, como dice San Cipriano, fuese un Mártir puesto en el Ecúleo, y padeciese por la gloria del Salvador los tormentos mas crueles; si desde aquel suplicio, dice ó piensa alguna opinion contra la doctrina de la Iglesia, es un apóstata réprobo; y tú igualmente, si llevado de esta apariencia que ves, apruebas lo que dice, y te reduces á seguirle. Él se condena muriendo la muerte de los Santos, y tú te condenas por seguir á aquel falso mártir de Christo. Quien no cree á la Iglesia está fuera de ella; quien muere fuera de ella, aunque sea á manos de los tiranos, muere fuera del número de los pre-

destinados y dichosos. Ninguna parte hay para él entre los escogidos del Hijo de Dios. No seas tú de este número, y considera que ya llegó para tí el tiempo de ser sábio, y hablar solo la ciencia de los Santos, diciendo tu dictámen sobre ella en la ocasion oportuna: respetando la dignidad de tu alma formada á imágen de Dios, sin profanarla vergonzosamente, haciéndola que reciba por filosofía y Evangelio las novedades que inventó el capricho ó el antojo de un embustero loco.

Vª *La principal ley que nos enseñan la natural y divina, es conferir freqüentemente nuestras acciones con discretos y desinteresados amigos.* Es preciso, pues, ayudarnos con sus consejos á prevenir ó remediar los ca-

sos

sos que pueden ocurrir en nuestros designios. En el tiempo que la pasion tiene ocupados nuestros ojos mirando con toda su atencion nuestro propio interes, no podemos emplearlos en ver lo que nos amenaza ó nos sigue: el amigo fiel y advertido, lo registra libremente y nos lo muestra; y en esto se verifica la necesidad que tenemos de su consejo, y el mas importante oficio de su fineza. La prueba mas evidente de que la soberbia y locura se apoderan de la capacidad mas excesiva, es ver que no puede reducirse á pedir consejo, ni á sufrir el dictámen de otro alguno. El hombre discreto y prudente nada, que sea importante, emprehenderá, sin que algun amigo digno de su eleccion le aconseje; ó sin comunicar sus du-

das

das con fieles é inteligentes personas. A qualquiera que oiga, sabrá aprovecharse de lo que dice. Es error no querer preguntar en las cosas importantes. El discreto escuchará aun al menor y al mas inepto de capacidad, y no creerá haber perdido el tiempo en oirle discurrir sobre las dificultades de un negocio; porque de sus proposiciones tal vez podrá sacar quanta luz necesite para conducir felizmente una empresa. Oyendo el consejo, serás siempre discreto; pero dexarás de serlo, si nunca dexas de seguirle. Seguirle sin premeditarle, no es aprovecharte de él, sino obedecerle, y hacerse indiscretamente esclavo de quien lo dió. La política del hombre discreto quando le hacen alguna advertencia ó le dan algun consejo, es la de

oir-

oirlo como amigo, exâminarlo como juez, y executarlo como dueño. Finalmente, la regla inalterable de un experimentado político, es la de oir á otros en todo grave negocio, y persuadirse á que en los propios, el mas despierto suele estar ciego quando sólo los determina. El ignorante no vé nada, porque piensa verlo todo, mirándose á sí mismo.

VIª. *El que es de entendimiento duro é inflexible, caerá precipitado, y precipitará á otros consigo.* La constancia es una de las mas nobles virtudes; pero su nombre y su divisa, sirven regularmente de cubrir y disfrazar nuestra natural dureza, y colocarla en la clase de las calidades heróicas. La verdadera constancia, consiste en no querer jamas (por respeto al-

alguno) sino lo que es conforme á razon, y ajustado al juicio. Muchas resoluciones son en un dia buenas, y en otro nada convenientes; porque habiendo mudado el negocio de semblante, seria locura executar hoy, lo que con gran acierto se decretó ayer. El hombre sabio es constante y firme, y su ánimo siempre el mismo; pero sus determinaciones ni lo son ni lo deben de ser. Estas estan sujetas á los acaecimientos del tiempo, y accidentes de la fortuna; y así deben variar segun la mutacion y vicisitud; porque ésta les quita la conformidad que tenian con la razon. La señal del quadrante no muda de lugar; pero seria desórden si su sombra estuviera siempre fixa. La ventaja en que nuestra razon excede á las cosas mortales,

es

es la estabilidad é inmórtalidad; peró dexaria de ser razon humana, si fuesen inmutables sus determinaciones. Debemos, pues, reflexîonar en ellas, quando la ocasion es nueva, y reparar si por alguna particular circunstancia, nos da nueva órden la prudencia. ¿Qué duda hay que en el justo rigor de una órden pueda haber mudanza, quando una muchedumbre de lastimados, vienen á tus pies compungidos, vertiendo lágrimas, y manifestando el dolor de haber delinquido? Estos merecen toda la piedad de un corazon humano. La compasion y la clemencia no se oponen á la constancia, ni al varonil esfuezo de un ánimo poderoso. El oro tiene mucha fuerza y explendor, y es tanto mas puro y perfecto, quanto el fuego le ha-

hace mas blando y tratable. Nunca se muestra nuestra alma mas generosa y divina, que quando por una justa compasion se mueve á ternura. Regocija á los Angeles y á los Santos, quando perdona á un delinqüente arrepentido, y depone una resolucion severa. En estos casos, la gloria de ser constante es muy cara; y pasa á ser afrenta y desdicha, adquiriéndonos la dureza el nombre de crueles y desapiadados.



CA-

CAPITULO III.º

MAXIMAS PARA SABER dirigir con acierto los sentimientos del corazon y de las pasiones.

MÁXÎMA I.ª

La máxîma mas apreciable para moderar las pasiones y gobernar el corazon, es mirar á la voluntad de Dios y rendirle una puntual obediencia. De este modo conseguirás el que S. M. te dé un corazon, que sea digna dádiva de su magnificencia y poder; el qual, como dice Salomon, en el amor dilatado y extendido, trascenderá los límites del océano, y tendrá por blason la inmensidad. Ten ánimo y valor, y

y no te sujetes á hacer cosa contra tu reputacion y conciencia. No des lugar á la avaricia, ni hagas esclavo á tu corazon de ninguna vil esperanza. El amor de tu obligacion sea el móvil de todas tus acciones. Procura ser dueño de tus pasiones, y estar independiente de las cosas mortales y perecederas. Hazte superior á las promesas y favores de la fortuna; desprecia sus amenazas; y sé invencible á la violencia, y opuesto á la lisonja. Pero esta firmeza de espíritu ha de unirse todo lo posible con la benignidad y la mansedumbre. La virtud no consiste en que ames á aquellos que te son útiles, sino á los que conoces que te aman, de qualquier calidad ó condicion que sean. Imita en esto á Salomon, pues lo que hizo admirar en su go-

gobierno, fué, que las amistades estrechas que tuvo con tantos Príncipes, no le impidiéron una tierna amistad con todos los de su Corte, y aun con los menores esclavos, que servian en su Palacio; correspondiéndoles amoroso, porque conocia ser de ellos amado. Juzgaba, que el fiel amor de sus criados, no era bien recompensado sino con el del dueño: y que el corazon del menor de los hombres, que sinceramente y con desinteres ama á su Rey, no vale ménos que el corazon del Rey mismo. Mirábase como Padre de todos. La fortuna de ellos entraba en el número de sus cuidados y negocios; parecia que la felicidad le desagradaba, quando todos no tenian parte en ella; y si advertia en sus ojos alguna señal de tristeza, se desazona-

ba. Sea, pues, tu primer cuidado en el exercicio de tu empleo, conciliarte las voluntades, y merecer ser amado de quien debes ser obedecido. Aunque seas Príncipe, Señor ó Juez en una Provincia ó Ciudad, persuádete, que te falta el mayor poder si no eres dueño de los corazones de tu Ciudad; y que para serlo, has de amar á tus súbditos, sin amar en ellos otra cosa que á ellos mismos. No has de pretender exígir otra recompensa de tus favores y beneficios, que el gusto de favorecerlos y beneficiarlos. Finalmente sea la clemencia inseparable compañera de tus operaciones, de tus consejos y de tu persona. Sé severo quando sea preciso; pero usa del rigor por la lengua y manos agenas: Las tuyas se han de ocupar solamente en distribucion del

del beneficio ; y tu lengua en pronunciar sentencias de misericordia. No seas implacable con el que veas pesaroso de haberte disgustado. Si te fuere preciso castigarle, imita en esto al Señor de los Reyes y de los Jueces, que no castiga al culpado, sino quando le ve rebelde y soberbio; ni le hace eterna la pena, sino quando ve que eternamente ama la malicia.

II.ª *Nunca puede haber cuidado que sea excesivo en la guarda de tu corazon.* Si está desordenado, todo lo demas está confuso. Si no es dichoso, nada de lo que en tu persona y en tu casa te pertenece podrá serlo. Sujeta tus pasiones; no las sigas. Recélate de tu voluntad como de tu mayor enemigo : con sus vehementes deseos y violentas inclinaciones, solo te busca

la guerra, la confusion; y el que acabes la vida. Es cierto que Dios dió al hombre las pasiones; pero el desórden de ellas le causó la culpa. Quando salió esta obra de las manos del Criador, era pura y perfecta; pero desde que el fuego infernal se prendió en ella, causó su ruina, y no han podido nuestras lágrimas apagarle, aunque no hemos cesado de llorar. Enviado nuestro espíritu desde el Cielo á estas inferiores partes del mundo, entra en una casa hecha de tierra; en un cuerpo formado de materia corruptible, de un lodo lleno de fomentos de pecados y de muerte: causándonos los vapores de esta corrupcion un tempestuoso nublado, que nos cubre de obscuridades y de horrores. Envueltas y encerradas nuestras pa-

sio-

siones en aquel nublado, se calientan y encienden en forma de rayos, y con este fuego se agita la imaginacion y el discurso; quienes impelidos y precipitados, llevan tras sí la voluntad y los pensamientos del alma: La qual siguiendo estos arrebatados movimientos, se dexa arrastrar del ciego furor que la conduce; forma designios vanos; concibe opiniones inconsideradas, esperanzas engañosas é impetuosos deseos; corre, se atropella y se precipita, y no pára hasta dar en su última desdicha, cayendo en un abismo de maldad y de llantos. Puesta en este desórden, se avergüenza de salir de él; cae por locura, y se detiene por soberbia: cubierta de tinieblas, cargada de yerros, sumergida en el lodo, y atada á sus errores por la

 por-

porfiada costumbre, viene á ser un horroroso espectáculo para el Cielo. En el estado de la inocencia se movian las pasiones por el órden de la razon; en el de la virtud christiana, se mueven debaxo de ella; en el estado de corrupcion y pecado, se mueven y levantan contra ella misma. Fuertes son las pasiones, no hay duda; pero tú tambien lo eres, y mas que ellas. Todas las grandes almas tienen en sí mismas tres grandes socorros contra aquellos domésticos enemigos: el buen natural, el ánimo, y la sabiduría. ¿Porqué no serán suficientes estos tres beneficios del Criador, santificados por la gracia?

III.ª *El amor de la verdadera honra, y el ánimo bastan para hacer al hombre dueño de sus apetitos.* Desde

mi infancia, dice Salomon, hallé en mí toda la bondad de un natural excelente: ésta no fué fruto de mis trabajos, ni dádiva de la fortuna: Dios que gobierna los accidentes de nuestro nacimiento y de nuestra vida, me *la dió*: Obra es de sus manos, y efecto de un amor mas antiguo que yo mismo. Este natural excelente, no es otra cosa que la hermosura y grandeza de un alma noble. Pero el ánimo contiene dos virtudes; la fortaleza y la paciencia: éstas son como dos partes, que le constituyen. Con la fuerza resistimos á los hombres, y á nuestros extraños enemigos: con la paciencia á nuestras pasiones, y á nuestros enemigos domésticos. Los vencedores de los hombres son admirados y coronados en la tierra; los que se ven-

cen á sí mismos, son coronados en el Cielo con coronas inmortales. La fortaleza de aquellos vale mucho: la paciencia de estos aun mucho mas; es de mas importancia, y debe por esto ser la mas aplaudida. Una y otra deben contarse en el primer órden de las virtudes morales. Pero sea el ánimo lo que fuere, no es necesario para ser valeroso tomar las armas, y buscar al enemigo en remotas tierras: en tu morada puedes hacer guerra á tus pasiones, y serás, como dice Salomon, mas valeroso que los que vencen exercitos numerosos de contrarios. Quando perdonas una injuria; quando por generosa paciencia disimulas la ofensa, el menosprecio y la calumnia; mas haces que el Soldado que pelea; mas animoso vences que el que conquista un
im-

imperio. Quando reprimes un vehemente movimiento de la ira; quando vences una tentacion que te induce á pecar; y quando domas los ímpetus de tu impaciencia, aumentas tu virtud, y logras mas triunfo que si derrotaras un exército. Esto disminuye el número de los hombres; pero no añade un átomo de perfeccion al espíritu del que vence. En conclusion, no es ésta la verdadera grandeza de ánimo: es, sí, la paciencia y el sufrimiento; pero al paso que ames ésta, no desestimes aquella, porque vale mucho, y merece justamente los obsequios que ha logrado en todos los siglos. En estas cláusulas se viene á cifrar todo lo que del verdadero ánimo se puede decir: Antes morir que temer á los hombres, y excusar vergon-

zoso los honrosos riesgos. Antes perder la vida que no temer, y huir los peligros de la conciencia: y primero dexar de respirar que anteponer el interes del propio amor, ó de una pasion vil, á las obligaciones de la fidelidad que se debe á Dios, al próximo y á sí mismo.

IVª *Para conservar el cuerdo su salud, procura que ningun cuidado le ocupe con exceso, ni ninguna pasion le agite demasiado.* Esto mismo debes tú observar, si quieres hacer durable hasta la muerte tu devocion y virtud. La cólera, el odio y otros muchos afectos que se hallan en el hombre, sirven por lo comun para abreviar su vida, y destruir su virtud: Pero no solo estas pasiones causan semejantes tristes efectos, sino que el exceso de

la

la aplicacion y cuidado en qualquiera negocio, es de igual peligro. Todo lo violento nos guia al pecado, y nos arrastra al túmulo; nada es durable, si no es tranquilo. La práctica de la virtud, y el cumplimiento de tu obligacion, debe ser todo tu estudio; pero no con una imaginacion inquieta y ansiosa, ni con un cuidado impaciente, turbando toda la quietud que necesita el alma para obrar perfectamente. Obra de modo, que todo el mundo conozca emprehendes por razon los negocios; que los prosigues con gusto, y esperas con indiferencia los sucesos. No digo por esto, que seas insensible, y que nada te altere: Muchas cosas hay que piden ardor y eficacia: La viveza de las pasiones, reglada por la prudencia, sirve para esto; pero haya

ya siempre flema en el consejo, quietud en el ánimo, é indiferencia en la razon. La excelencia del corazon y del humano entendimiento consiste en que haya en nuestras acciones y deseos un ardor magnánimo, y una activa eficacia; pero sin mezcla de precipitacion ni de impaciencia. El sol siempre está ocupado en una infinidad de cosas; pero siempre sosegado y tranquilo. Camina; pero siempre con un mismo movimiento, y sin que se altere por accidente alguno. Procura, pues, ser como una sombra suya, reglándolo todo en el quadrante de tu gobierno con prudencia, conciencia, paciencia y justicia.

V.ª *Muy necio es aquel hombre, que manifiesta fácilmente su enojo: porque si por virtud no sabe reprimirle, por*

su

su propio interes debe ocultarle. El político, desde que nace, le encubre; el sabio desde el primer dia le ahoga. Verdaderamente no puede vivirse con un hombre colérico y sujeto á violentos excesos iracundos. O por mejor decir, ¿cómo de este modo puede vivir un hombre consigo mismo, y subsistir en tan vergonzoso estado? Nunca con semejantes personas se está con seguridad, aun quando esten sosegadas. Su quietud es como el delicado sueño de un Príncipe enfermo: es menester hablar muy quedo; tener mucho cuidado, y caminar con gran tiento por no despertarlo. La infeliz condicion de aquel humor le convierte en agravio las cortesías mas atentas; y en los agasajos mas finos, halla un no sé qué, que le lastima. Lo que se dice y se hace

ce para complacerle, es precisamente lo que le desazona, y de que saca sus quexas. Las palabras mas templadas, las acciones mas medidas, el mas cortesano agasajo, son centellas, que caen en la pólvora de su humor colérico, que en un instante le encienden y arroja furias formidables, porque su aprension vió en vuestras palabras ó vuestros ojos algo que no entiende, ó que no le satisface el gusto. Desdicha es tener en el corazon esta peste; pero mostrarla en público y comunicarla á todos, es grave delito; máxime si la llevas hasta los tribunales, y en ellos te pones á exercer un cargo en que has de tratar con infinito número de personas tan diversas en genio. ¿Porqué quieres, pues, que esta muchedumbre venga cada dia á ver en tu

gus-

gusto un oprobio del entendimiento humano, y contemplar en tu intempestívo furor los desórdenes de una enfermedad bestial? O busca remedio á tu desgracia, ó una soledad que te esconda. Las cuebas que la naturaleza fabricó en los desiertos, son, como dice un antiguo, habitacion destinada para los iracundos. O enmiéndate, ú ocúltate en ellas. ¿Quánto mejor será que padezcas solo en la soledad, que no el que difundas tu mal por todo un reyno? Aprende de la naturaleza, quien en los hombres y los brutos te enseña, que es la mayor y mas insoportable infelicidad ser insufrible á todos.

VI.ª *No tenga lugar la ambicion entre los cuidados de tu memoria.* Digno de risa es el hombre que corre tras de van-

vanidades, que son viento y humo. Si te ofrecen toda gloria mundana, y sin tu solicitud te la envia la providencia, recíbela; pero si te instan á que la pretendas, responde con un discreto: que el menor cargo dado, es digno de ser admitido; pero el mayor, es muy poca cosa para ser solicitado; y que en las honras y dignidades se dexa de merecer, pidiendo lo que se merece. Tan indecente es en el sabio la ambicion como en el ignorante la gloria. Si no tienes mérito para el empleo, huye del cargo, y juzga sus ocupaciones como enemigas, que te quitan la honra, haciendo públicos tus defectos é ignorancia. La mayor afrenta que á nuestro espíritu se hace, es la honra que no merece. La dignidad y la grandeza en el indigno no aumentan otra cosa

que

que su oprobio. El estar en un eminente lugar, no nos hace mas altos, sino que ántes bien descubre nuestra pequeñez. Las coronas y las mitras no nos hacen crecer: nosotros las llevamos á ellas: con que si sólo por ellas somos grandes, con ellas y sin ellas somos pequeñísimos.

VII.ª *La tristeza es el mas tirano huesped del corazon humano: porque á los que en él la admitiéron los conduxo al sepulcro.* Es, por decirlo así, un anteojo de larga vista, que aumenta los objetos del mal, y disminuye los del bien. Sabe hacer ciertos y eternos males, de los que solamente lo son en la apariencia. Si acaece algun accidente dificultoso, consulta á tu discurso, y si puedes al ageno, y delibera sin aceleracion y sin ahogo.

Alúmbrete tu corazon, pero no te consuma. Ocúpente los negocios, pero no te opriman. Sean exercicio de tu espíritu, pero no tormento. Recibe con sufrimiento, y entereza los sucesos que causó la fortuna ó motivó tu inadvertencia. No te desesperes ni consumas por qualquier error que cometas: ántes procura sacar provecho de él, consolándote y considerando, que no es poco á costa de diez yerros aprender á guiar con acierto un negocio. El remedio mas eficaz para templar la afliccion en las adversidades es levantar el corazon á Dios, y decirle con reverente confianza: Aquí estoy, Dios mio, anegado en un mar de desconsuelo; vos veis mis lágrimas; ois mis suspiros, y me amais benigno. En este concepto, ¿cómo du-

da-

daré de mi remedio, y mas quando le veo salir de vuestros labios? Hablad y seré consolado: volved á mirarme á lo ménos, y dexad salir de vuestros divinos ojos la virtud, que saca á los muertos del sepulcro. Mis amigos en mis penas no tienen mas que palabras. Con que solo á vos, Dios mio; solo á vos y á vuestra suma bondad, es á quien he de decir mis quexas, y dirigir mis lágrimas.

VIII.ª *Los peligros de la castidad, y las ocasiones de la lascivia solo se vencen con la fuga.* Aparta los ojos de la muger que quiere agradar. No mires una belleza que se dexa ver para cegar y perder la esperanza de ver la hermosura de su Criador. No hay cosa mas digna de temor que una hermosa muger: sus ojos, sus manos, sus al-

alhagos y su voz, todo es mortal. De quanto en ella se halla, sabe hacer flecha su genio. Lo que en otra parte parece nada, en ella es de un terrible poder. Un volver de ojos basta para rendirte: un cabello para arrastrarte. Sus palabras son como un suave rocío, que saliendo de sus labios se insinúa en tu corazon dulcemente, pero en llegando á lo íntimo, se vuelve veneno que le mata: dulces son los principios, pero muy amargos los fines. Sus alhagos son lazos suaves, pero peligrosos y fuertes. Lo que ves en su rostro, lo que te inclina, lo que te llega á atraer, rayos son del verdadero Sol. El orígen de aquella luz es la hermosura de su Criador: mírala por aquel principio; pero el lugar en que se muestra esta

luz, bien conocerás que es un abismo de llanto y desesperacion. Advierte que el espíritu te arrastra tras de una apariencia traidora y enferma; y que aquella hermosura, es hermosura falsa, y verdadera culpa: Sueño de breves gustos, y verdad de arrepentimientos eternos. La sabiduría del Criador hizo el mas hermoso prodigio quando formó su espíritu y cuerpo; pero para contemplarla sin peligro, es menester volver al tiempo de la inociencia, ó esperar al dia de la gracia. Un precepto, dice Job, puso á sus ojos, para que su entendimiento no meditase en la muger. Mas puso aquel precepto, porque conoció, que al mirar se sigue el desear; al desear la delectacion; á la delectacion el consentimiento; al consentimiento la

la obra; y á la obra la muerte como digno castigo de la culpa. ¿Quieres no consumir tu substancia? Pues recata tu vista, y no dexes de estar ocupado en el trabajo, porque éste es el eficaz preservativo del desórden de nuestras pasiones. El hombre discreto jamas está ocioso. Quando no tiene que hacer, piensa lo que hizo; y exâmina lo que ha de executar, pero no como el avariento que se fatiga por juntar riquezas; ni como el ambicioso para merecer ensalzamientos; sino solamente (y es lo mas) para ganar trabajo y mérito para la eternidad, y adquirir en esta perecedera vida una ocupacion justa, como mas importante y necesaria provision de ella. La claridad del entendimiento, la bondad del natural, la pu-

reza del ánimo, son como el fuego. Sin el movimiento y accion no pueden conservarse. Si les falta, se apagan. Esto es lo que hace la ociosidad, destruyendo con su desdichado reposo, mas que destruye el tiempo con sus revoluciones y mudanzas: Este en mas de seis mil años no ha podido dañar ni alterar al sol; pero el ocio, solo un dia le basta para hacerlo. En una hora destruye la fidelidad é inocencia de un alma. De qualquier suerte que se le considere, es fuente y orígen de todo lo malo: las yervas mortíferas, las putrefacciones, corrupciones, hambres, pestes, y aun los animales ponzoñosos, no nacen de otra cosa que del ocio y de la inmobilidad de los elementos. Los pecados, las ignorancias, las lo-

locuras ; y las desesperaciones, ordinariamente se hallan en las almas que no tienen otra ocupacion que atormentarse á sí mismas ; á cuyo propósito decia un sabio antiguo, que para castigar infinita y eternamente un espíritu, no era menester mas infierno que tenerle en la perpetuidad del ocio.

IX.ª *No faltarán males al ingrato, porque es el mas ruin de los pecadores.* Dos especies, entre muchas, hay señaladas en la ingratitud ; no agradecer el beneficio ; y corresponder á él con agravios. Quien peca en lo primero, comete una groserísima culpa. Quien en lo segundo incurre, no merece los atributos de hombre. Tres actos tiene el agradecimiento para ser heróyco : reconocer el beneficio ;

ala-

alabar á quien le hace, y servir de corazon á quien le ofrece. La ingratitud, segun San Bernardo, es destruidora de los favores, derramadora de las virtudes, perdicion de los méritos, viento abrasador, que seca los manantiales de la gracia. Constituye monstruos á los ingratos, porque los hace peores que los brutos. Aun la divina Magestad, con ser tan pródiga, quiere haya en los hombres perfecta correspondencia. Libró á los Egipcios de la opresion de Faraon; pero manda instituir una solemne fiesta para eterna memoria. Mató á los Primogénitos de Egipto, y manda á los Hebréos le ofrezcan los primogénitos. Hízoles el favor del maná; pero dice se recoja cierta cantidad, y se guarde en el santuario, para que hu-

hubiese memoria del beneficio en los siglos venideros. Nunca se mostró Christo mas sentido que quando curó á los diez leprosos. Sanáron todos, y los nueve fuéron ingratos. Pero al advertir la ingratitud, pregunta con admiracion: ¿No son diez los que sanáron? ¿Pues dónde estan los nueve? Aun Christo se admira de la ingratitud, que es la última ponderacion. Y si esto es contra los que olvidan el favor ¿qué será contra los que debiendo agradecer, se empeñan en injuriar? No se puede formar juicio, porque falta éste para juzgar tan abominable exceso. Muchas reflexiones puedes hacer en el beneficio, que muevan tu agradecimiento. Atender á la grandeza del bien, al sugeto que le hace, al tiempo en que se recibe, al

al lugar en que se offrece, la dificultad de su comunicacion, y el poco mérito en tí para recibirle. Todas estas cosas engrandecen la dádiva, y todas con obligacion de justicia infieren correspondencia. No atiendas á la amenaza para obligar tu gratitud; pues quien tuvo valor para recibir, no debe necesitar estímulo para agradecer.

X.ª *En dar á cada uno lo que es suyo, consiste esencialmente la justicia.* Mas vale poco con ella (como dice Salomon) que mucho con culpa. No es tuyo lo que posees sin justicia, con que aunque poseas mucho, tienes ménos que el que con ella tiene poco. La avaricia es un deseo desordenado de hacienda. Este desórden puede estar en el deseo de tener: en el de

con-

conservar lo que fuera justo repartir; y en aumentar lo que se tiene por el engaño, la usura ú otros medios semejantes. Huye de este vicio, como singularmente opuesto á la virtud. Servir á Dios y á la riqueza es imposible, segun sentencia divina. ¿Quieres no ser avaro? conténtate con lo poco. ¿Quieres ser rico? Pues confórmate con lo que Dios te dió. Todo lo que sobra, no se tiene: Solo se tiene lo que se gasta. Si Dios te dió para gastar, tienes quanto puedes tener. Pero aun hay mas sobre este particular. Hay ricos ricos; y pobres pobres, cuya distincion nace del afecto de voluntad. Así, el pobre que no desea tener, es pobre; pues si le negó la fortuna los bienes, se rie de ella, porque no reyna en su corazon la ava-

avaricia. Mas el rico que aun apetece mas de lo que tiene, es rico, porque junta la voluntad con el afecto. Huye de ambos extremos porque son peligrosos. Salòmon no queria ser rico, ni pobre, porque en uno y otro extremo hallaba su peligro. Pedia á Dios lo necesario para vivir, y no mas. Con esta doctrina percibirás ahora mas bien una sentencia delicadísima. Es tan dificultoso, dice Christo, que entre un rico en la gloria, como un Camello por el ojo de una aguja. Esto debe entenderse de los ricos ricos, porque reinando en ellos continuamente la avaricia, es dificultosísima su enmienda. En aquella tremenda, y última sentencia está la prueba clarísima. Id malditos de mi Padre al fuego eterno, que está para vosotros

pre-

preparado. Y si buscamos la razon, ó el porqué de esta terrible sentencia, su Magestad la da: Tuve hambre y no me diste de comer: Tuve sed, y no me diste de beber. ¿Pues quien es tan sin juicio que no le tema tan riguroso? El que tiene mucho, pero mal ganado, suele incurrir en la perversidad de este vicio; porque como para aumentar los bienes perdió la caridad, no reyna ésta en él para hacer bien; y de aquí nace el que insensiblemente se conduzca á la perdicion, aunque sin dexar de conocerlo.



CA-

CAPITULO IV.°

MÁXÎMAS Y REGLAS para saberse gobernar con su muger.

MÁXÎMA I.ª

Para elegir muger, has de atender ántes á las buenas costumbres y calidades de su alma, que á su hermosura. Esta, solo es en ella un barro, cuyo exterior lucimiento embelesa los ojos. Lo que á muchos les agrada mas en ella, es lo que mas se debe temer. Es muy comun el que en la hermosura de un Angel se esconda la soberbia de un demonio. Desde el mismo instante en que empieces á adorar desme-

medida é indiscretamente el hermoso ídolo de la muger, entra en él el diablo de la soberbia. Y una vez entrado en él, no saldrá aunque quieras despreciar al ídolo con toda resistencia, ántes de hacerte experimentar, bien á pesar tuyo, lo que uno de estos hermosos simulacros suele costar de incienso, de cuidado, y de dolor.

II.ª *No busques otro entretenimiento ni delicia, que el amor de tu esposa.* Ella y tus hijos han de ser tus deleites. De este modo será dichosa tu familia: no descaecerá la felicidad de tu casa; y el tiempo, que todo lo llega á destruir, servirá de aumentar vuestro amor. Para que este amor conyugal sea de perpetua duracion, no es menester que en la muger haya hermosura inmortal; sino solo que tenga

her-

hermosura lo que es en ella inmortal. Si su alma es buena, y su cuidado la adorna y hermosea, nunca llegará á enfadarte ni á causarte naúsea, siendo tú capaz de considerar estas prendas.

IIIª *Quando en una casa manda la muger* (por la soberbia de su espíritu), *hace del marido siervo.* El dominio que la permitió, le convierte en tiranía. No se contenta con que sea subdito, sino que le quiere esclavo. La arrogancia y el atrevimiento de la muger (como propio de todos los cobardes), crece con el miedo que la tienen. Quanto mas se humilla el marido, otro tanto mas intratable, y ensoberbecida se pone. Su gusto debe ser el tuyo; pero de modo que no consista aquel en otra cosa, que en

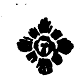
cumplir exáctamente con las obligaciones de su estado. Mantén tu autoridad, pero mezclada con tanto amor, tanto agrado, y tanta dulzura, que halle mas gusto en obedecerte, que tú en mandarla.

IV.ª *La ira de la muger es la mas formidable, sutil, activa y persistente.* Se parece á aquel animal, cuya cabeza entre los animales nocivos es la mas ponzoñosa. Las fieras pueden domesticarse, sujetarse ó huirse; pero el furor de una muger irritada es inevitable: no permite apaciguarse; no dexa sujetarse, ni puede huirse. Así como quiso Dios que el espíritu del hombre fuese todo sabiduría y fortaleza; así tambien dispuso que el rostro, la voz, el espíritu y la naturaleza de la muger fuese todo dulzura y

y suavidad ; y que unidas estas calidades, formasen las felicidades del mundo. Sucedió el pecado ; alteró esta disposicion ; corrompió la naturaleza ; y aquella dulzura y suavidad de la muger se trocó en una implacable ira, que ha sido en el mundo causa de tantas desdichas, fomento de tantas discordias, é incentivo de tantas tragedias.

Vª *El infeliz marido de una muger imprudente no tiene mas alivio que lamentar su desgracia.* Comunícala á sus mas íntimos amigos, y no halla en ellos otro consuelo ni respuesta, que el suspiro y la lástima. Este es un mal tan vergonzoso, que aun apénas se puede descubrir á los Médicos : tanto debe de avergonzarse de él quien lo tolera, como quien lo causa. ¿Es tu mu-

muger loca, arrogante, colérica y soberbia? Pues considera, que quando la denigras, te lastimas; quando publicas sus faltas, te ofendes; y que tanto te importa encubrirlas, como enmendarlas. Es menester prudencia para remediar el daño, y estorbar que el enfermo se quexe. Ántes de elegir consorte, premedita bien qual te conviene. Despues ámala, si fuese buena, con un amor sincero, tierno y perfecto; pero sin idolatrar en ella. Y si fuese mala, procura enmendar sus defectos. Súfrelos, si no lo consigues, mas de ningun modo los publiques.



CA-

CAPITULO V.º

MÁXÎMAS Y REGLAS para la educacion de los hijos.

MÁXÎMA I.ª

Ama á tus hijos tiernamente, y entre mil cariños que les hagas, dales otros tantos documentos útiles. Exprésate, como con Salomon solia hacerlo su madre: Hijo mio, le decia, teniéndolo en su regazo, ama la sabiduría y la virtud mas que las riquezas y tesoros de todo el mundo: Este verdadero bien te hará á Dios y á los hombres agradable: será la grandeza que S. M. apreciará en tí: observa su santa Ley: ten á su voluntad obedien-

cia; y conserva su divina gracia. ¡Qué admirables son las trazas de que la sabiduría se vale! ¡Qué alta política tiene en la educacion de un tierno infante! ¡Qué provechosos consejos no da en el exemplo tan maravilloso que acabamos de citar! Amar á un niño, y acariciarlo á todas horas, sin ajar la flor de su edad, ni marchitar el candor de su simplicidad é inocencia: Tenerlo siempre en su presencia sin violentarlo; instruirle en el cumplimiento de su obligacion, sin privarle de su libertad: inclinarle al bien sin forzar su natural; hacer de modo, que ni en los alhagos pierda el respeto, ni en las correcciones el cariño, ni en los mismos entretenimientos el tiempo: que aprenda siempre alguna cosa relativa á su enseñanza: que sobre qual-

quie-

quiera accidente que suceda, oiga alguna advertencia provechosa: que halle todas sus delicias en la presencia de sus padres, y que (en medio de que en ella le reprenden la mas leve falta) no pueda sufrir su ausencia: que entienda que las reprehensiones que le dan, nacen del cariño que le tienen; y que su madre le parezca tan amorosa en los alhagos como en las amenazas: que en los menores disgustos se acostumbre á tener por su mayor desdicha el ver á su madre con silencio y tristeza: que con la leche reciba por primeras impresiones las dulzuras de la devocion: que con la edad vaya estampando en su alma el concepto de que la mayor felicidad de este mundo es vivir segun la Ley de Dios, de la justicia y de la equidad:

que oiga muchas veces estas mismas cosas; pero con tan prudente direccion, que no lleguen jamas á cansarle.

IIª *El mas fino amor á los hijos, es la enseñanza respectiva á sus diferentes edades.* Arregla todos los movimientos de su espíritu y de su cuerpo con instrucciones, avisos y correcciones proporcionadas á su edad y comprehension. Desde que tu hijo empiece á poder escucharte, empieza tú á instruirle, iluminando su capacidad en lo que debe saber. Esta diligencia nunca puede apresurarse demasiado; pero ya que viene con el nacimiento la inclinacion al mal, sígale inmediatamente la direccion al bien. Aprenda desde muy tierno, *tanto por tu exemplo*, como por tu doctrina, el camino

de

de la salvacion de su alma: radícasela en la virtud ántes que la naturaleza la deslice á la maldad. Acostúmbrese á obrar bien por la obediencia, aun ántes de que su juicio pueda discernirlo. Aun quando no sepa lo que hace, que no haga nada sin ser conforme á la razon y á la honestidad. Hazle conocer las virtudes y perfecciones de la infancia; y quando la naturaleza le enseñe á querer y á hablar; enséñale tú á que, como Christiano, empiece á hablar y á querer..

III.ª *La educacion del hijo será la honra del padre; y de su enseñanza le resultará la gloria de verle amado de todos los de su casa.* La negligencia de unos, y las ocupaciones de otros, han introducido la costumbre de fiar á los ayos la educacion de los hijos. No era es-

esto lo que pretendió la naturaleza: dió leche y tiernas caricias á las madres; y discrecion, prudencia y autoridad á los padres. Su designio era perfeccionar la gloria de su fecundidad, ni son en ella enteramente dichosos, si (con el ser) no dan tambien á sus hijos la virtud. Si ésta y la ciencia la debe á otro tu hijo, no es todo tuyo, ni tienes que atribuirte alguna parte en sus heróycas acciones.

IVª *Con ser buen padre, consigues ser buen pariente, buen ciudadano y buen amigo.* Poco caudal tiene el hombre, que aun no le basta para lo necesario con sus hijos; pero tiene ménos virtud y bondad, si ésta se acaba con aquel. Si quieres conseguir la gloria inmortal que apeteces, haz que á la hora de la muerte quede todo pues-

to

to en el lugar que conviene; esto es, el alma en el cielo; la virtud en el corazon de tus hijos, y el dinero que puedas en las manos de los pobres, que son el tesoro de Dios.

V.ª *El niño sin doctrina y sin castigo se hace incorregible.* No aguardes á que sean grandes los defectos de tu hijo para reñírselos y castigárselos. La malicia llega con la edad á terminos de hacer el castigo, no solo inútil, sino peligroso. No esperes á que los yerros pequeños de hoy sean sacrilegios mañana, ni á que lo que ahora es un juvenil é inquieto ardimiento, sea despues un precipitado arrojo, engendrador de venganzas y homicidios: castígale quando puedas sacar honra y provecho de tu severidad; y no des motivo con tu tolerancia á que otro le

cas-

castigue, quando ya sea pena de tu omision, muerte de tu hijo, mancha de tu honra, oprobrio de tu linage y ruina de tu casa.

VI.ª *Si halla siempre tu hijo alhagos y dulzuras en tí, te dará tanto motivo de temerlo, como mostrabas amarlo.* Si juegas con él, perderás en el juego la obediencia, el respeto y la subordinacion que debe tenerte. En llegando los muchachos á cierta edad, nada les es mas nocivo que el alhago y el cariño. Este deben adivinarle, mas no conocerle. No omitas á tu hijo ni la reprehension ni la alabanza; porque aquella contiene, y ésta estimula. Haz de modo, que las mas de las veces sean tus ojos quien distribuya uno y otro; y que tu semblante baste para ser castigo de sus errores, y premio

mio de sus aciertos; pero si estos te mueven á aprobarlos, que sea de manera, que el silencio diga mas que las palabras. Por quatro causas pierden comunmente los hijos el respeto y temor á sus padres; porque se divierta y juegue con ellos; porque les maltrate intempestivamente; porque tolere sus delitos, ó por darles mal exemplo: por qualquiera de estos motivos te expones á perder con ellos tu autoridad; y á que perdida ésta, se pierdan ellos tambien.

VII.ª *Quando tu hijo no ha podido aun pensar, que puede dexar de obedecer, es el tiempo de sujetarle y dirigirle.* Si con la omision lo dexas poner duro, burlará tus mayores esfuerzos. Desde los primeros años se ha de imprimir la sujecion en su ánimo, para

ra que la conozca en él tan natural como la vida: Desde entónces has de empezar á castigarlo y á corregirlo; pero sin que en el natural disgusto de sus faltas tenga parte la cólera. La correccion sirve de medicina en los desórdenes de la juventud: La cólera, de veneno. Si con él le suministras el remedio, por darle la salud, le matarás: En lugar de médico serás verdugo; porque los remedios violentos mas irritan que sanan.

VIII.ª *No te sujetes al gobierno de los que por tí deben ser gobernados.* Conserva siempre sobre ellos la autoridad que Dios te dió. ¿Quán á menudo nos vuelven desprecios é ingratitudes aquellos de quienes esperabamos agradecimientos y estimaciones? Miéntras vivas, ten libre la disposicion de

tu

tu hacienda y caudal; pues mas vale ver á tus hijos dependientes de tu amor y magnificencia, que á tí de su reconocimiento y de su justicia.



CA-

CAPITULO VI.º

REGLAS Y MÁXÎMAS para gobernarse con sus criados.

MÁXÎMA I.ª

Tres cosas deben no faltar jamas á tus criados, ocupacion, correccion y alimento. Alimento, porque es derecho suyo; ocupacion y trabajo, porque se debe á su estado, y correccion, porque es interés tuyo: Si no les corriges, no les enmiendas; si no les alimentas, les expones á que hurten. En una palabra, si falta á los criados de tu casa prudente correccion, trato decente y ocupacion honesta, persuádete á que los que quieren ser tus criados,

dos, no son buenos. Si no tienes en que ocupar un criado, no le tengas; y considera que quien alimenta un holgazan, está á pique de sacar un enemigo y un traidor.

II.ª *Castiga la inobediencia y protervia de tu criado; pero no lo hagas sin discrecion y juicio.* El ímpetu de la cólera os dexa culpados á los dos, porque á tí te pervierte, y á él no le enmienda. El castigo mas cuerdo de un criado es despedirlo. Mas vale que salga un año ántes de casa, que no que le emplee en disgustarte y hacerte caer en impaciencias; pero si conoces en él alguna docilidad, razon será exercites la caridad en enmendarle, y la paciencia en sufrirle. Para que te teman y respeten, no hay medio mas útil que excusar con ellos

familiaridades; saber lo que hacen, y que ignoren lo que quieres hacer. Antiguamente adoraban á los ídolos, porque representaban unos hombres, que tenian siempre la boca cerrada, y los ojos abiertos. El hombre que sin abrir la boca, registra y exâmina quanto pasa en casa, como que tiene asomos de cosa divina, sin amenaza ni rigor le llegan á temer: solo el miedo de que hable, contiene á cada uno en su obligacion.

III.ª *El precio de un fiel criado es superior al del mayor tesoro.* No ha de mirarse como criado, sino como hermano y amigo. Con un criado cuerdo, fiel y de ley segura, no hay riesgo en la familiaridad y confianza. No hay cuidado que debas reservar de él, ni secreto que no le puedas fiar. Sin em-

bar-

bargo, no dexes de observar su proceder, porque este reparo siempre es conveniente, para que no se olvide de su destino. Comunícale el poder como el sol su luz, teniendo en perpetua dependencia á los que se la comunica. Advierte, que si absoluta é inadvertidamente lo fias todo á un criado, sin exâminar sus acciones, en breve tiempo puede ser que le halles ó ladron ó dueño.

IVª *El que con amor emplea sus fuerzas y salud en tu servicio, ninguna remuneracion es excesiva para hacerle bien.* El que en tu servicio entre voluntario y gustoso, y sea fiel y puntual, ha de salir acomodado. Tu honra y reputacion se interesa en esto; porque nada hay mas propio ni mas digno de un hombre grande, que ha-

cer ricos y grandes á los que bien le han servido. Pero has de cuidar de que lo que adquieran en tu casa, miéntras te sirven, sea únicamente procedido de tus liberalidades; porque nada se observa con mas freqüencia y compasion, que pobres amos, y criados ricos.

Vª *No pierdas el gusto y la salud, por adquirir riquezas.* Estas de nada te sirven, si aquella te falta. Si el cuidado con que quieres prevenir la necesidad futura, no es tan moderado y discreto, que se haga compatible con la quietud de tu conciencia, con la conservacion de tu salud, y con la tranquilidad de tu alma, será verdadera locura, mas que discreto cuidado. Tú te desvelas en acumular tesoros para vivir con descanso mañana, pudiendo tenerle hoy sin ellos, con lo que has me-

merecido poseer. Los demasiados bienes no son medio para esta comodidad sosegada, sino fomento de fatigas, y orígen de solicitudes superfluas. No tomes mas ocupacion ni trabajo, que el que sea necesario para pasarlo con dicha; y si tienes hijos, establecerlos con honra. No te arrastre la codicia de demasiados bienes, porque únicamente sirven de aumentar cuidados. Superfluo dinero en los cofres, y demasiada comida en el estómago, son enfermedades de igual peligro. La quietud no crece con el dinero. Muchos tesoros te harán mas rico; pero no mas gustoso y acomodado. Quando llegues á poseer todo lo que anhelas, y que con muchas riquezas te veas rodeado de dependientes y aduladores, toda la grandeza en que excederás á

 los

los demas, se reducirá á ver mas embarazos é importunidades al rededor de tí; mas vanidad y locura en tu vestido; mas confusion en tu mesa; mas ruido en tu casa, y mas alboroto en tu espíritu. Con toda tu opulencia no puedes comprar otro cuerpo, ni ocupar mas que una casa, una cama y una mesa; pues siendo esto así, ¿qué duda hay en que quien mas trabaja para hacerse rico, trabaja ménos para sí?



CAPITULO VII.°

MÁXIMAS Y REGLAS para gobernarse con sus amigos.

MÁXIMA I.ª

El amigo de confianza, es proteccion que ampara, tesoro que enriquece, y fortaleza que defiende. Si halláste esta dicha, consérvala atentamente: si no la posees, procura adquirirla. Si tu alma siente alguna memoria de su orígen, y algun rayo de semejanza con Dios, no vivas sin amistad. El vivir parece que basta para conocer que en nosotros hay una necesidad de amar. Nuestras almas fuéron criadas á imágen de Dios; y por esto tienen una

bondad, que necesariamente las mueve á salir de sí mismas, y á comunicarse; siendo toda su substancia una inmaterial llama (en algun modo divina) que se eleva ácia el cielo; y aspirando á su Criador soberano, busca otro corazon como el suyo, que la acompañe y ayude á llegar mas brevemente á su deseada y última felicidad. Sin este milagro de la amistad, experimenta el alma mil temores, cuidados, angustias y tristezas; porque como semejanza de Dios (cuya eterna felicidad es, que ninguna de sus personas quede sola) no puede ser humanamente dichosa y feliz, si su amistad no la une á otra, que sea el remedio de su afliccion; la qual ordinariamente nace de la interior soledad.

II.ª *Dichoso el que halló un verda-*

dero amigo, á quien comunicar verdades provechosas, y secretos importantes. Ama á tu amigo con un firme y sincero amor, y únaos á entrambos la inviolable fe de la verdadera amistad. Tres cosas quieren las almas, difundir y comunicar á las otras las ciencias, los secretos, y á sí mismas. Quando comunican las ciencias; esto es, el conocimiento adquirido por el estudio, las noticias grangeadas por la relacion, las ideas que conciben de los diversos negocios que se tratan; y finalmente, quando con deleyte y gozo expresan indiferentemente en las ocurrencias todos sus sentimientos: esto se llama *familiaridad.* Quando manifiestan sus mas escondidos secretos, es *amistad verdadera*: pero quando quieren comunicarse á sí mismas, unir su

co-

corazon al otro, y en el modo posible, hacer de dos espíritus uno; esto es *amor perfecto.* A éste y á la amistad sigue la benevolencia; porque inmediatamente que amamos un objeto, le deseamos todo bien; lo nuestro es suyo; en lo que nos pertenece, no hay distincion de dominio: luego quien adquiere un fiel amigo, adquiere con él todo lo que tiene.

IIIª. *En la balanza de los sabios, todo el oro y plata del mundo pesa ménos que un verdadero amigo.* De la amistad hablan muchos, pero la practican pocos. En esta materia no ha habido siglo mas eloqüente que el nuestro, ni mas abundante y rico en ideas y voces: no hay en él virtud mas difinida, ni mejor ponderada: es el asunto de los discursos y de los pa-

ne-

negíricos. De ninguna cosa se encuentra mas que de la amistad en los libros, en las conversaciones, en la corte, en los pueblos, y hasta en los rostros y en la lengua; solo en los corazones es donde no se halla. La amistad nos agrada; pero el interes nos domina. No hay cosa que ménos duela, que haber perdido un amigo seguro.

IV.ª *El tiempo y la razon son las balanzas en que los amigos se pesan, y la piedra de toque de su valor.* No le elijas de ningun modo sin esta prevencion advertida. Si fias su exâmen á la inclinacion, le errarás sin duda: para tener acierto, se le has de encargar al juicio. Este te dirá si merece que le debas elegir, sin que tengas porqué arrepentirte de la eleccion.

No

No imites á los que truecan el tiempo y órden de las cosas, exâminando lo que ya eligiéron, debiendo elegir lo que ya hubiesen exâminado. Los espíritus sublimes á la primera vista suelen amarse y conocerse; pero el sabio, que no puede impedir el nacimiento de esta inclinacion, impide el que se manifieste, hasta que la experiencia le asegure. Siente con gozo estos imprevistos movimientos y poderosos influxos, que le inclinan á amar á aquel sugeto; pero ántes de resolverse, consulta á la razon, y oye sus consejos; y valiéndose, para consentir, de la experiencia, toma al tiempo por maestro de su enseñanza.

V.ª *Algunos hay que no conocen al amigo desde que le ven con llanto.* Son como páxaros de verano, que solo per-

permanecen hasta que llega el invierno, que es el tiempo de la tribulacion. Piensan que á la amistad no la toca mas que participar de las dichas y gozar de las fortunas. No saben que en tu necesidad no han de tener caudal; ni sangre ni vida en tu peligro. Hay otros tambien, que son buenos amigos para el convite de la mesa: ningunos mas finos ni mas obsequiosos miéntras se huelgan á tu costa: pasado aquel tiempo, apénas te conocen; y no te sirven mas que para advertirte, que los convites únicamente son para entretener desagradecidos aduladores. Estos juzgan que la amistad consiste en ayudarte á los desperdicios, desórdenes y pecados; pero se conoce muy fácilmente lo que es semejante amistad. Si aquel que se va-

le

le de sus armas y fuerzas para dañarte, es tu verdadero enemigo, ¿qué nombre le darémos á aquel, que se sirve de las tuyas para arruinarte y perderte? ¿Quién ignora, que semejante amistad es la amistad mas cruel?

VI.ª *No aguardes al tiempo de morir para beneficiar al que bien quieres.* La amistad hace compañía, no herencia; con que en esta suposicion haz comun con tu amigo lo que tengas: La vida, pues, es el tiempo de la liberalidad, y la dádiva. Dar en la muerte, es propio de la necesidad y de la avaricia; éstas son las que encontráron la invencion de los testamentos para paliar con la dádiva en una hora los excesos de toda la vida. Quando hagas un beneficio á tu amigo, sea tambien con palabras y ros-

rostro, que le aumenten la estimacion y el gusto; porque un mal semblante ofende con el mismo dar; y por decirlo así, quita el valor á la dádiva. Algunas veces puede disculparse lo que se pide; pero dar lo que se da con mal modo, siempre es odioso, porque ó nace de avaricia, ó de falta de voluntad. Quando des á tu amigo, has de tener abiertas tres cosas; la mano, el corazon y el rostro: de esta suerte le beneficias dos veces; y mas de ciento le ofendes si con mal modo lo executas. Si el amigo te llegase á pedir, socórrele en aquel mismo instante, porque se pierden las gracias en diferir lo que se da. Esto se entiende únicamente ignorando la necesidad de tu amigo; porque si te llegase á constar, falta ya tu verda-

de-

dera correspondencia, si dilatas poner quanto tienes á su disposicion. Quien aguarda el ruego (aun no siendo de un amigo) vende el beneficio, porque no da de liberal, sino de obligado.

VII.ª *No molestes á tu amigo si tarda en pagarte.* Mas vale recibir tarde la moneda, que arriesgar su amistad. Bien empleado es el dinero que se presta al amigo; y mejor es perderlo que perderle. Tú que tanto anhelas porque te pague, considera que mas anhela el otro por pagarte; y cree sin duda, que mas fácilmente le falta á un hombre de bien el dinero, que gana de pagar. No escondas el oro á la necesidad de tu hermano ó de tu amigo: mas seguro está en sus manos que en tus cofres. En estos

tos siendo inútil á vos y á otros, está perdido: en sus manos siempre lo hallarás, ó lo tendrás bien empleado.

VIII.ª *No te vengues del amigo que te injurió, porque ofendes á Dios y á él.* El menosprecio es herida mortal é insufrible al corazon humano. La naturaleza, y la fortuna suelen hacernos despreciables, pero no á los desprecios insensibles. La virtud que disimula el dolor, no borra su memoria; y si algunos, por la gloria de Dios, sufren y aman ser menospreciados, no sé quantos se hallarán que á quien los menosprecia, tengan amor. ¿Quién conseguirá de Dios perdon y gracia, no haciendo á su próximo gracia ni perdon? Un hombre todo corrupcion y miseria, castiga con implacable arrogancia la ofensa

que le hizo su igual, sin que le persuada á perdonarle la razon ni la religion; y quiere que Dios, que es Señor de infinita santidad, disimule las que él hace, y que por su gracia le perdone. ¿Qué pretension es ésta? ¿En qué fundará su esperanza? No hay mayores injusticias en el mundo, que ofender á Dios, y vengarse de quien le agravia. ¿No contemplas que quieres destruir y aniquilar un instrumento de que la piedad de Dios se sirve para satisfacerse del delito que habias cometido contra él, castigando pecados en tu persona, que merecian suplicio eterno en tu alma? Dexa esas contiendas y querellas que traes para perseguir á tu contrario; pues en ello solo logras destruir tu hacienda, aumentar tus pecados, y en-

enriquecer á los ministros de los tribunales. ¿Quanto mas vale la paz que el triunfo y la victoria de uno de éstos pleytos? Vive de modo que nadie se quexe de tí, ni tú de ninguno. Mas glorioso es no tener enemigos que vencerlos. Si tienes algun motivo de enojo, gasta el tiempo del pleyto en ganar el corazon de tus contrarios. De este modo les vencerás noblemente; harás de enemigos amigos, y confesarán arrepentidos el yerro de haberte disgustado. Esto no es solo conveniencia, sino obligacion de justicia. La ley de la naturaleza, no nos dió otras armas que el amor, para que pudiesemos vencer á los hombres. La ley del Evangelio nos la intíma por mandato. La ley del hombre Dios (que nos lo enseñó con su exemplo)

nos encarga, que así lo hagamos. La voluntad del Criador, que quiso que nuestros espíritus fuesen una imágen de substancial é infinito amor, es de que así lo executemos. Y finalmente, la ley del parayso nos lo impone por medio de esta inscripcion, esculpida sobre su puerta. *Ninguno que conserve odio, y enemistad, entrará adentro.*

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



SE-



Diaz fecit.

A la mas brillante luz,
que en mi pecho han encendido
las Maximas, he debido
la instruccion en la Virtud.



SEGUNDA PARTE.

DEL GOBIERNO DEL HOMBRE de negocios, á quien las ocupaciones disipan el tiempo: contiene los exercicios devotos, y meditaciones para cada dia de la semana.

CAPÍTULO I.°

ORACIONES QUE DEBEN rezarse cada dia.

Por la mañana.

La oracion de la mañana es un deber, que exîge Dios de nosotros, como las primicias de todo el dia. Estas han de

ser consagradas con sumo respeto; porque de su fiel cumplimiento dependen todos los buenos sucesos de las acciones del dia: y seguramente las arriesgariamos, si no le comenzasemos con pedir á Dios los auxîlios de su gracia, y con tributarle el mas fino reconocimiento por los favores que su bondad nos ha dispensado. Pero ántes de comenzar tan útil exercicio, es necesario que conozcamos la infinita distancia, que desde nosotros hay al Dios supremo que está presente. De este modo comprehenderémos lo importante de la accion que vamos á executar, y los sentimientos de humildad, respeto, amor y confianza, con que siempre debemos hacerla. Tales son las disposiciones interiores y exteriores, que para hablar con Dios en la oracion necesitamos.

En

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

Puesto en la presencia de Dios, adorarás su santo nombre; le darás gracias por los favores que te ha hecho, y te ofrecerás á él muy de veras.

Confieso, Señor, que sois un solo Dios, aunque tres personas distintas. Conozco, que estais presente á todo quanto hago; os adoro con los sentimientos de humildad mas profunda, ofreciéndoos de todo corazon los omenages que á vuestra soberana Magestad, son debidos. Os doy gracias por los favores que hasta aquí me habeis hecho; y ya que os habeis dignado permitir que yo cuente este dia por uno de los de mi vida, desde luego os ofrezco, Dios mio, emplearle únicamente en vuestro servicio. Con este

fin os consagro desde ahora todos los pensamientos que en él tuviere; las palabras que pronunciare; las acciones que executare, y los trabajos que padeciere. Echad, Señor, sobre ellos vuestra bendicion, para que ninguno dexe de ser alentado con tan dulce amor, y que todos contribuyan á vuestra mayor honra y gloria.

Haced un firme propósito de evitar el pecado, y practicar la virtud.

Adorable Jesus, y divino modelo de la perfeccion, á quien todos debemos imitar: á aplicarme voy quanto pueda para hacerme semejante á vos. !Dichoso yo si consiguiese, imitándoos, mi Dios y Señor, ser dulce, humilde, casto, celoso, sufrido y caritativo! Ayudadme, Señor, con vuestra divina gracia, pues desde este

mís-

mismo instante haré todos los esfuerzos posibles para no incurrir en las faltas en que hasta aquí con tanta facilidad he caido.

Bien conoceis, Dios mio, mi flaqueza: nada puedo sin vuestro auxîlio: proporcionadle á mis necesidades: Dadme la fuerza suficiente para evitar todo quanto me prohibis, para sufrir con paciencia los trabajos que me querais enviar, y para practicar todo aquel bien que esperais de mí.

Invocando á la Santísima Vírgen, al Angel de tu guarda, y al Santo de tu nombre, dirás: Vírgen Santísima, madre de Dios, é intercesora mia, aquí me teneis debaxo de vuestra proteccion, permitidme llegar con una suma confianza al seno de vuestra mi-

se-

sericordia. Sed, ó madre de bondad, mi refugio en mis necesidades, mi consuelo en mis penas, y mi abogada para con vuestro adorable Hijo. Hacedlo así para con este pobre, que tanto lo necesita, y no le olvideis en la hora de su muerte.

Angel celestial, mi fiel y caritativa guia, conseguidme el que yo sea tan dócil á vuestras inspiraciones, y que arregle tan bien mis pasos, que en nada me desvie de quanto Dios me ordena por sus santos mandamientos.

Santo glorioso y bienaventurado, cuyo nombre tengo por mi fortuna, ayudadme con vuestra proteccion, conseguid de su Divina Magestad, que le sirva yo en esta vida ; del mismo modo que vos le servisteis durante la vuestra. No me reuseis esta gracia, por-

porque deseo muy de veras la de mi Dios y Señor, para poder en vuestra compañía alabarle y glorificarle por toda la eternidad. Amen.

Para la noche.

Si el empezar bien el dia nos es sumamente importante, no lo es ménos el acabarle. Las gracias que Dios nos ha concedido nuevamente en él, y la proteccion que de su Divina Magestad necesitamos para pasar la noche sin peligro, son nuevos motivos de orar al Señor, y suplicarle con las buenas disposiciones, que ya indicamos en la nota de la mañana. El exâmen de lo que en el dia hubiéremos hecho, hablado y pensado, es uno de los mas importantes deberes de la vida christiana, y el que forma la principal parte de este santo exer-

exercicio quotidiano. Así, pues, no le deberémos omitir ningun dia; y despues que cuidadosamente le hayamos hecho, pronunciarémos las siguientes oraciones.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

Yo os adoro, ó Dios mio, con quanta sumision me inspira la presencia de vuestra soberana magestad y grandeza. Creo en vos, porque sois infinitamente bueno: os amo de todo mi corazon, porque sois soberanamente amable; é igualmente, por vuestro amor, amo al próximo como á mí mismo. Pero ¿quántas gracias os daré yo, Dios mio, por los beneficios que de vuestra liberal mano he recibidó? Vos habeis cuidado de hacerme eterno; me habeis formado de la na-

nada; me habeis dado hasta vuestra vida para rescatarme, ¿y aun diariamente me llenais de una infinidad de favores? ¿Qué haré yo, Señor, en reconocimiento de tantos y tan particulares beneficios? Unios conmigo, Espíritus celestiales, unios conmigo, para alabar al Dios de las misericordias, y suplicarle, que no dexe de favorecer á la mas ingrata é indigna de sus criaturas.

Yo, Señor, estoy lleno de confusion, y penetrado del mas vivo dolor á vista de mis faltas. Ya habeis visto como acabo de exâminarlas y detestarlas en vuestra divina presencia, (*esto recae sobre el exâmen que todas las noches debe hacerse ántes de acostarse*) con un verdadero dolor de haberos ofendido. Si, Señor, vos habeis der-

derramado hasta vuestra preciosa sangre por mi amor; con que no será mucho que yo aparte de mí la malicia y la ingratitud: os pido humildemente el perdon de mis pecados; y os suplico por vuestra infinita bondad me concedais la gracia que necesito, para que haga una verdadera penitencia.

Reitera el propósito de nunca mas pecar. Ninguna cosa, ó Dios mio, podria yo desear mas bien, que no haberos ofendido! Mas ya que he sido tan malo para desagradaros, voy á manifestaros el dolor que tengo de no haberos servido, y á daros una prueba poco equívoca de mi arrepentimiento, mediante una conducta y proceder enteramente opuesto al que hasta aquí he tenido. Desde ahora, renun-

nuncio, Señor, al pecado, y desde este mismo instante prometo el mas exâcto cumplimiento de vuestra Divina Ley, y que nada será capaz de estorbarme quando se trate de serviros.

Dígase el Padre nuestro, Ave María, Credo, y la Confesion; y al entrar en la cama esta Oración.

Bendecid, ó Dios y Señor mio, el reposo y descanso que voy á tomar, para reparar mis fuerzas, á fin de que mejor os pueda servir: Vírgen Santísima, madre de mi Dios, y única esperanza mià, unid vuestros ruegos á los del Santo Angel de mi guarda, y Santo de mi nombre: interceded todos juntos por mí; y amparadme con vuestra proteccion, así en esta noche, como en las restantes de mi vida. Amen.

CA-

CAPITULO II.°

MEDITACIONES PARA LOS siete dias de la semana.

DOMINGO.

MEDITACION I.ª

El fruto del pecado es un deleyte brevísimo, vil, lleno de amargura, y que despoja al hombre de la gracia y amistad de Dios.

Ten presente, hijo mio, aquella excelente sentencia dictada por una lengua de oro: *Solo dura un momento lo que deleyta, y lo que atormenta es eterno.* El primero tan breve y mo-

momentáneo, que su principio y su fin parecen ser una misma cosa. Tal es el placer de esta vida, que ántes que se reciba, se pierde. Es como el rayo, que apénas aparece para enamorar en el Oriente, quando desaparece para lastimar en el Ocaso. Muere, pero no envejece. Mas no así la pena que pertenece al segundo extremo: no así, porque no tiene término ni fin. La inmensa eternidad de Dios será la medida de su duracion. ¡Oh momento, oh eternidad, oh ciega eleccion de los mortales! ¿Cómo anteponeis el mal al bien? ¿Ignorais que el placer terreno, es un placer indigno? ¿Ignorais, que debe ser aborrecido, no tan solo por breve, sino por vil, feo y soez á toda alma noble y generosa? Yo no puedo persua-

dirmelo, porque nada de esto se esconde á los sentimientos de vuestro corazon. Justo es, que os compadezcais de aquel, que por tan vil gusto dexa de ser hombre, soltando el freno de la razon, y yendo perdido como una bestia tras el apetito carnal y furioso. ¿Pero qué digo? Va transformándose de hombre en bruto. Aun es mas infeliz en esto, que los mismos brutos, porque tiene el freno del entendimiento, de que aquellos carecen. A estos les arrebata el ímpetu indomable á que les sujetó la naturaleza: el hombre, haciendo mal uso del alvedrío, abraza lo que le infama. ¡Oh vergonzosas acciones, que aunque cometidas á espaldas de los hombres, no se repara en que á los *ojos* de Dios es imposible ocultarlas! ¡Oh

fe-

felicidad horrible, comparada con el precio de una desdicha eterna! ¿Cómo podrémos decir, á vista de estas inconsideraciones, que exíste en esta vida aquel momentáneo gusto, que suponiamos al principio? Reflexînémoslo despacio. Reflexîonémoslo, y verémos, como no exíste por causa del pecado. Hallarémos, que tiene mas de hiel, que de miel. Que como deleyte vedado, no ménos atormenta al alma quando viene, que quando se va. Y que mientras sucede lo primero, no puede ménos de sentir los latidos de la conciencia que le grita: *¡Oh miserable! ¿Dónde precipitado te arrojas? Dime infeliz, ¿qué has hecho del empacho natural? ¿Dónde has dexado á tu Dios? Mira que le tienes cerca: que está viendo quanto haces, y preparando*

do venganzas y castigos, que si los descarga, no podrás de ningun modo escaparte. ¿Pero qué sucede, desvanecido apénas el contento? Que los remordimientos de tu misma conciencia se reprehenden, y dicen: *En fin, ¿has querido perderte? ¿Diste el consentimiento infeliz? ¿Y qué me dices ahora de aquel tan apetecido deleyte? Ya se fué. Fuése, digo, de los ojos, pero no del corazon, en que ha de vivir para siempre. No en sí mismo, sino en un póstumo parto suyo, que es un eterno pesar.* Confesemos, pues, alma mia, que no solo el principio, sino el fin del deleyte está mezclado de hieles y amarguras, y como sitiado por ambas partes de enojos y pesados sentimientos, que le acompañan. Hasta los mismos Gentiles confesáron estos ma-

males en el vicio. Veamos lo que los Christianos y los Santos Padres nos enseñan en la fe.

Ya habeis visto, que el pecado derriba al hombre desde la nobleza de racional á la vileza de bruto. Pero ojalá fuese esto solo, y no transformase á los hijos de Adan en la horrenda condicion de hijos del Demonio. Escucha, pues, escucha una cosa que ha de causar espanto en tu corazon, y lágrimas en tus ojos. Voy á mostrarte lo que no has visto jamas, aunque está dentro de tí. Oye; atiende de quan alta grandeza ha caido tu espíritu, y qué mudado se halla de aquel soberano, puro é inocente estado, en que aun entre los Angeles podia blasonar de hermoso. ¿Quieres que te lo manifieste? Pues sábete, que toda es-

 ta

ta grandeza la ha dado tu corazon por un vil gusto. Te ha convertido en enemigo de todo bien, y contrario de Jesus; y aquella alma, que le salió á Dios de su boca en un aliento de su amor, llora hoy encerrada en tu cuerpo, disforme y denegrida, y sellada con el sello infame de la gran bestia infernal. Este retrato es la viva imágen de tu alma; y esto es lo que yo decia te habia de asombrar. Pero ay de nosotros, que de nada nos sirve llevar muy galan el cadáver de nuestro cuerpo, si está fea y muerta nuestra alma, que es el principio de la vida.

LUNES.

MEDITACION II.

El pecado hace al hombre esclavo del demonio. Remordimientos de la conciencia despues de haberle cometido. Bienes que por él se pierden; y ceguedad que causa.

El pecado hace al hombre esclavo del demonio. Este es un gran mal, en que incurre el alma por medio de la culpa. De una vez se aparta del suave yugo de Jesu-Christo, y se hace esclava del demonio, poniéndose baxo de su imperio, mando y tiranía. El Angel, señalado del Cielo para su guarda, la abandona por ingrata y desleal; entregándola en manos del príncipe del abismo. ¡Oh qué guarda!

 ¡Guar-

¡Guarda que de dia y de noche se desvela en procurar su ruina eterna! Y estando metidos en semejantes peligros, tan cercanos á la muerte, al enemigo, al infierno y á la pérdida de la gloria, ¿cómo tenemos labios para reirnos, y corazon para solazarnos? ¿cómo no corremos á buscar con cuidado el remedio de nuestros males en los santos Sacramentos? ¡Oh locura! ¡Oh insensibilidad! ¿Qué hace el hombre en un desamparo tan grande? ¿Qué hace, digo, condenado á no tratar sino con el enemigo infernal? ¡Quan espantosas imágenes no le sobresaltan el corazon cada hora! ¡Qué sombras tan horrorosas no se le presentan entre las tinieblas de la noche! ¡Qué voces no da la conciencia tan mal herida; y qué clamores el

co-

corazon! Este es aquel gusano, que siempre roe; aquel buitre, que sin consumirlas, se está siempre cebando en las entrañas; y esta pena es la que aflige y atormenta mas que todas las furias juntas, y suficiente á formar por sí *sola* en el pecho humano, un infierno peor que el infierno mismo; un horror inquieto, que penetra todo el ánimo. Tiembla el corazon á qualquiera movimiento; y cada sombra le pone en fuga, como que sabe, que merecido tiene qualquier castigo. Nó halla consuelo en sí mismo, ni en Dios, ni en cosa criada. Opuestos entre sí los afectos y pasiones del alma, tiran cada una encontradas, formando una guerra intestina, una horrible batalla, y una ciega tempestad. El primero que experimentó este dolor,

lor, fué Cain; á quien despues han imitado siempre en probar los mismos tormentos, aquellos que en la maldad le siguiéron.

No solo se lamenta y se duele la conciencia, sino que tambien se quexa de nosotros á grandes voces la salud y la vida; porque el desenfrenado apetito de los gustos del cuerpo la ocasiona graves males. De aquí han tomado principio tantos géneros de enfermedades indignas: de aquí el qué tantos en la mas bella flor de su edad se miren envejecidos y aniquilados. Parecen cadáveres vivos, que solamente respiran asquerosidades y hediondeces. ¡Oh funesto espectáculo, pero oh justo castigo de tanto exceso!

Adelantemos aun mas nuestro propósito. *¿Qué bienes no se pierden por la*

la culpa? Ademas de los daños del cuerpo y alma, podemos considerar otros muchos de la vida civil. Nadie juzga digno de honra, ni tiene verdadero amor á un malvado, despues que le reconoce por tal. Pero aun es mucho mas, si atendemos á que ántes estaba aquel hombre en buena amistad con su Criador, contándose entre los hijos de Dios, y siendo partícipe de quanto bien obraban los justos: y si reparamos á que ningun voto, oracion ni penitencia se hacia en los templos y claustros de la Iglesia Católica, que no le tocára su parte; al contrario, poseido de la culpa, echado como varidido de la presencia de Dios, y contado como miembro podrido del cuerpo de los fieles, ni recibe bien alguno de sus obras, ni de las

de

de los otros, miéntras permanece en el profundo abismo de su pecado. ¡Oh infeliz condicion y estado miserable, en que ni sana ni alivia la medicina! Finalmente, para colmo de todos estos males, nace de aquel abandono de Dios (esto si que es lo sumo) una pertinacia tan arriesgada de voluntad, y un lazo tan duro, que amarran el alma á la culpa; de manera, que ni todas las penas del infierno, ni todas las amenazas del cielo son bastantes para soltarla. Una infernal obscuridad se apodera de todo el ánimo, sucediéndole luego una cierta insensibilidad, que adormece el espíritu, y le empedernece y obstina, hasta hacerle impenetrable, no solo al amor, sino al temor de Dios. La memoria de las cosas sagradas mueve á estos infe-

felices á risa ; y haciendo callos en sus culpas, quanto les va soltando la proteccion divina, otro tanto mas se fixan en su corazon las iniquidades, los malos hábitos y las sugestiones del enemigo. ¡Oh lastimoso estado, en que casi se puede dar por desesperado el remedio!

MARTES.

MEDITACION III.

Indignidad del pecado, por ser ofensa de Dios: Su descaro, por ser cometido delante de él; y su impiedad é ingratitud, por ser contra un Señor sumamente bienhechor.

Considera, alma christiana, quan grande es en sí la Magestad de Dios; quan inmensa; quan sin límites ni fin

por

por todas partes; qual es el poder de este gran Señor; quantas sus fuerzas, y quanta su sabiduría y virtud. Discurre subsiguientemente lo que tú eres, con arreglo á los mismos puntos. Ello es cierto, que por la dignidad de la persona ofendida, crece la malicia de la injuria; de forma, que quanto mayor es aquella, otro tanto peor es ésta. Ménos agravio es ofender á un hombre vulgar, que á un noble; y ménos á un noble, que á un Príncipe. Luego la injuria hecha á un Rey grande, ninguna pena la puede suficientemente satisfacer. ¿Y qué dirémos de aquella con que se ultraja al Rey de los Reyes, y al Dios sumo, máxîme siendo una vilísima criatura quien la comete? ¿Quánta distancia hay entre el mortal y el inmortal; entre

tre Dios y el hombre? ¿Quién podrá comprehenderla ; ni qué cosa puede haber mas indigna en la criatura, que atreverse á injuriar á Dios , á quien no debieramos ofender, aunque por medio de esta ofensa viesemos que se estorbaba la aniquilacion de toda la especie humana , y de los Angeles, tierra y cielo , que de lo contrario iba á suceder? ¿Qué se dirá de una malicia tan enorme, al ver que nosotros la cometemos cada dia con tanta facilidad, y por un no nada? ¡Es posible que tan exêcrable furor quepa en el entendimiento de un hombre christiano!

Pero aun pasemos mas adelante. No solo ofende el mortal al inmortal Dios, sino que á su misma cara se le hacen como por befa las inju-

rias.

rias. Todos sabemos, que en Dios vivimos, nos movemos, y somos. Sabemos, que su perspicacísima vista todo lo penetra, y que nunca aparta los ojos de ninguno de nosotros; pero sin embargo tenemos desahogo para ofenderle. Parece que insultando á su divina paciencia, le decimos: *Aunque estés presente á mis acciones, y aunque notes y adviertas mis hechos y pensamientos, he de cumplir mi gusto á tu despecho. Poco me importa que quedes enojado y ofendido.* ¡Oh atrevimiento insufrible de una alma descarada é insolente! ¿Así te portas con un Dios que te comunica el aliento que respiras; te da el pan que comes; el agua que bebes, y lo que es mas, el entendimiento para que te gobiernes segun su santa Ley? ¡Oh hombre

oh polvo, oh gusano mas vil que la misma nada! ¿Qué es lo que das á tu Dios en retribucion de tantos benefi-cios? ¿Te parece poca maldad el haberle ofendido en su cara, que aun andas tramando un nuevo exceso de injuria, procurándole en quanto está de tu parte el parricidio, y como otro Herodes muerte al inmortal? Ya veo que no querrás mirar con buenos ojos el cetro puesto en la mano de quien ha de vengar tus detestables acciones, y por eso haces lo posible para precipitarlo del trono: Mas, no pudiendo, aunque perverso, executar este incomparable delito, te enfureces, y aborreces con rabia aquel poder, que no puedes destruir; procurando echar de tu pensamiento la memoria de Dios. Aquí llega la fla-

 que-

queza de tus fuerzas, extinguiendo en tí mismo la caridad y la gracia divina, y empleando con esta imágen de Dios toda aquella rabia y furor, que contra la misma esencia y persona te es imposible.

¿Y qué dirémos del pecado, si atendemos á su ingratitud, por ser contra un Dios sumamente bienhechor? El ofenderle por las razones insinuádas, es cosa enorme: pero crece mucho su horror, si se considera la infinita caridad y amor que nos tiene. Y si no dime, ¿quién es á quien ofendes? ¿No es tu amantísimo Padre, que con tanta liberalidad te ha dado hasta ahora de comer, de vestir, y todo quanto eres? Mírate bien desde abaxo á arriba, y ve si tienes cosa que no sea dádiva de ese amorosísimo

Se-

Señor. Quantos cabellos cubren tu cabeza, otros tantos cuidados aviva en su corazon este buen Dios, y otros tantos beneficios salen de su mano para favorecerte. Con ella formó tu cuerpo, y tantas veces te ha dado el ser, quantas te le ha conservado. En esta misma hora en que estás leyendo estas líneas, y aun (¡qué prodigio!) quando estás ofendiendo á su Magestad Divina, te está sustentando este piadoso Señor con sus manos. Si por decirlo así una cariñosísima ama, atendiendo mas á tus deméritos, que á la dulzura innata de su caridad, te dexará caer de sus amorosos brazos, ¿dónde fueras á parar? ¡Qué dolor el suyo, si miéntras te regala con la leche de tantos favores, te atreves, en recompensa,

á morderla y despedazarla los pechos, como puedes; y que á este modo, no solo hieres á Dios con los dientes, sino tambien con las manos y los pies, armando contra él todos aquellos dones, que de su misma mano recibes? Tú procuras en cierto modo, que Dios con sus dádivas pelee contra sí mismo, y que él se fabrique las armas con que le combatas, ya que nadie puede competir con su omnipotencia. ¿Pues qué es esto? ¿Diré que eres enemigo de tu Dios? Ciertamente no me atrevo, porque escucho, que él te llama hijo querido. ¿Te llamaré bruto, ingrato, que estás coceando á tu dueño? Mucho ménos, porque te veo adornado de la figura de hombre y á semejanza de Dios. ¿Te juraré loco, frenético, furio-

rioso? De ningun modo, porque te veo, que en otras cosas muestras muy bien sano el discurso. ¿Pues qué epiteto te daré? Fuerza es, pues, el exclamar. ¡Oh hijo enemigo y traydor! ¡Oh hombre mas bruto que los brutos! ¡Oh cabeza otro tanto mas vana, quanto mas capaz de buen discurso!

MIERCOLES.

MEDITACION IV.

El pecado es un abuso de la misericordia de Dios: Hace que no sea eficaz la pasion de Jesus: Le renueva los tormentos; y es una nueva traycion contra él.

Hasta ahora, Christiano, me he quexado de que abuses tanto de la misericordia de Dios, y de sus dones;

 sien-

siendo tú parte de ellos. Pero âun es mucho peor el abuso que haces del mismo dador. La indulgencia concedida por tan buen Padre, te hace atrevido y desenfrenado. Si él te castigára: si luego que pecas, viniera con los rayos en la mano á pedirte cuenta de aquella vida, que tú tanto malogras: si te arrojára, como puede, á los eternos incendios del infierno, sin darte algun tiempo para la penitencia, ¿le ofenderias con tanto atrevimiento? Claro está que no. ¿Pues porqué quieres tú ser con él impio, siendo contigo piadoso? ¿Porqué te encrueleces con él, siendo contigo benigno? ¿Le dices tú mil blasfemias, porque él no te echa mil rayos? ¿No confiesas, que si Dios te castigára, le tendrias respeto, y no le ofenderias?

¿Pues

¿Pues cómo ahora le desprecias, porque sufrido te perdona? Me parece, que éste es aquel terrible pecado contra el Espíritu Santo, que, segun la eterna verdad, ni en ésta ni en la otra vida se perdona; porque la penitencia ofendida, y el amor despreciado, no suele mudarse en una indignacion ordinaria, sino en un implacable furor.

Parece que con esto no habia ya mas que decir. Mas oigo una sangre, que á grandes voces grita, y segun entiendo, no es de Abel, sino de Dios y del Cordero. ¡Ay, Jesus mio, qué es lo que veo! ¿Un Dios muerto? ¿Por quién ha padecido así? Por tí ingrato; por tí, que con el pecado haces que no sea eficaz la Pasion de Jesus. ¿Y cómo le recompensas tantos

sudores, tantas espinas, y tantos azotes? No me atrevo á responder; pero desde luego se puede asegurar, que por medio de nuestras culpas, parece que queremos hayan sido vanas las esperanzas de Christo; vanas tantas fatigas; y en valde el que se dexase clavar en la cruz. De este modo hacemos volver á nuestro buen Redentor sin gloria y escarnecido, no solo de nosotros, por quien escogió una muerte tan penosa, sino tambien de los demonios, contra los que emprehendió batalla tan sangrienta. Ellos se vanaglorian, segun San Cipriano, en oprobrio de Jesu-Christo. Yo (dice el Príncipe del abismo) por estos que tan fielmente me sirven, no he sido abofeteado, coronado de espinas, azotado, ni crucificado cómo Christo; ni gas-

gastó premios ni mercedes para ganarlos: solo con falsas promesas les burlo y les engaño, al paso que ellos con gran prontitud y alegría, sacrifican á mi gusto todos sus haberes, y aun su ser; y no reparan en hacerse esclavos hasta de mis mismos esclavos. Díganle á Christo, que me muestre algunos de sus siervos, que con tan poco interes, y tan á poca costa observen sus preceptos, y obedezcan sus consejos. San Cipriano concluye despues de esto: ¿Qué me decis ahora, Christianos? ¿Qué decis? ¡Ah! Mirad, que es impiedad detestable escarnecer así á vuestro Jesus, y exponerlo á las befas de los malvados espíritus del infierno.

Acabamos de suponer en el párrafo antecedente, que con el pecado se der-

derriba la cruz de Christo, y se hace ineficaz su muerte. Pero yo discurro, que mas bien se vuelve á plantar, y á renovar la muerte de nuestro Criador. Él es de nuevo crucificado, vendido, maltratado, negado, azotado, coronado de espinas, pospuesto á Barrabas, y escarnecido. ¿Es posible (como dice San Bernardo) que queramos añadir afliccion al afligido? Mirad, que mucho mas le atormentan á Jesus las llagas de nuestras culpas, que las de su santísimo Cuerpo. Oid la razon, si quereis saberla. La cruz solo hacia su suerte en la humanidad de Christo; pero el pecado aun contra toda la Divinidad se atreve.

El pecado es, pues, una traycion á Jesus: y si no, si yo te dixese, que eras un hombre indigno, un Judas, un

Pi-

Pilatos, un Cayfas, ¿no me citarias delante del Juez, como que te habia dicho una grande injuria? Seguramente que sí. Pero el caso está en que no queriendo de ellos el nombre, quieres imitar sus acciones. ¿Quántas veces has entregado á Jesus por ménos de treinta dineros? Aquellos no conocian que Christo era Dios, como tú lo confiesas. Y he aquí, que donde es mayor la gracia, es mucho peor la malicia. San Agustin dice: *Que los Judíos que le crucificáron peregrino en la tierra, pecáron ménos, que los que reynando ya en el cielo, le ofenden.* En fin, yo te llamaré como quieras; pero atiende, que dice San Anselmo, que si tú y yo pecamos, somos mucho peores que el demonio. Este persiste en su malicia, viendo que Dios le reprueba:

ba: yo, viendo que me llama á penitencia. El azotado se irrita; yo acariciado, me resisto. Uno y otro obramos contra Dios: él contra un Señor, que jamas le mirará con buenos ojos; yo contra un Dios, que llega á morir por mi amor. Pues si esto haces, ¿cómo te alborotas al ver la horrorosa imágen del demonio, quando tu ser aun es mucho peor que el de este enemigo infernal? Contempla, pues, estos puntos. Contémplalos bien, y verás quan obligado estás á despreciar al demonio, y amar á Dios y servirle.



JUE-

JUEVES.

MEDITACION V.

El pecado castigado en el Angel, en Adan, en el infierno, y con la pérdida del cielo.

Considera en el principio del mundo aquel Angel, que entre todos lleva la ventaja en la gracia, belleza, poder, entendimiento, ciencia, y en una palabra, en toda perfeccion. Figúrate haberle visto pomposo y de gala, y mírale ya miserable, caido y aun precipitado. Viénele un ligero pensamiento de soberbia; le escucha; le admite, y le consiente. Desaparece como relámpago esta grande estrella del cielo; y desde aquella altura se precipita, no á la tierra ni á la mar, si-

sino á los sempiternos incendios del infierno. De *Angel* se ha pasado á *demonio*. Antes era el mas dichoso, ahora el más desdichado. ¡Oh catástrofe de la tragedia mas horrorosa! ¡Oh mudanza la mas tremenda! ¿Pero de dónde se originó tal ruina? ¿De dónde? De un pensamiento. ¿Pero qué pensamiento? Un pensamiento que en un momento se pasa. Piensa, pues, Christiano á menudo en esta caida, y será de salud para tí lo que fué de condenacion para el Angel.

Pero mudemos de teatro, y baxemos desde el cielo al parayso, para contemplar en él. Quiero, pues representárosle como un jardin delicioso, todo rosas, todo amenidad y todo belleza. En él nunca se marchitan las flores: todo tiempo es primavera: no co-

conoce la esterilidad; ni aun tiene que envidiar á los cielos. Este es el teatro en sí mismo tan gracioso, quanto funesto en el fin de un desdichado bocado. Gústase de una manzana; y luego (¡qué males!) la cabeza del linage humano *Adan*, aquel Príncipe del mundo, de la tierra, de los elementos, de los tiempos, de los animales, de los peces, de las aves, de las fieras, y lo que es mas, aquel Rey de sí mismo, sabio, bienaventurado y gracioso, ¿en quántá servidumbre, en quántas miserias cayó por un triste bocado? Por este ligero gusto ha venido á parar en entretenimiento de todas las penas, juguete de la fortuna, y á ser (que es lo peor) esclavo de sí mismo. De sus males brotáron, como de una pestilente raiz, todos los
nues-

nuestros. Cuenta, pues, por causa de ellos todas las plagas, guerras y contiendas de la tierra: Cuenta todas las injurias del mar y del cielo; granizos, tempestades, hielos, esterilidades, carestías, incendios, diluvios y desolaciones: cuenta las rebeliones del peor de los esclavos, el cuerpo; las enfermedades, dolores y las infinitas muertes: cuenta, como pestes del ánimo, las rabias, envidias, pesares, rencores, homicidios, parricidios, pleytos y qüestiones. Y...., ¿pero qué digo? Cuenta qualquier género de penalidades, que tantas veces ocasionan la muerte? ¿Pues qué dirémos del infierno y sus eternas llamas? ¿Y qué de otros tantos millares de desgracias? ¡Oh dolor, oh mal grande, que tanta sangre has costado al género humano!

Aña-

Añade, pues, á esta consideracion la de que aquel Dios, que con tanta severidad castigó un pensamiento en el Angel, y una golosina en Adan, no lo pasará lisongeramente contigo que tan repetidas veces y con tantos excesos le ofendes. ¿No sabes que es rectísimo Juez, y que no mira á la persona sino á la culpa? Vente conmigo si no lo crees, desde el Parayso á la cárcel del infierno. Allí verás (y quiera Dios, que no en tí mismo) tu pecado castigado con mil géneros de tormentos atrocísimos: allí verás como se trata á la blasfemia, al odio, á la luxuria y qualquiera otro vicio; quiero decir, que en el infierno tu pecado y el mio se castigan con pena de fuego eterno. Contempla, que cosa es *fuego*, y qué cosa es *eterno*; y des-

pues une ambas cosas en tu consideracion. *Fuego*, que es lo que mas atormenta: *Eterno*, que no hay cosa que mas dure: *Fuego*, que abrasa el alma, el cuerpo, las entrañas, los huesos, el corazon, y á todo el hombre: *Eterno*, que tendrá por medida la duracion de Dios infinito, y del hombre atormentado. Dime ahora, christiano, ¿qué te parecen estas cosas? ¿Son fábulas ó verdades? Pues si son verdades, y las crees como de fé, ¿cómo es posible que peques?

Premedita bien todo esto, y repara en lo que te voy á decir, para que te asegures, que aun hay otra cosa peor que el fuego eterno. Ya te veo impaciente con el deseo de saberlo. Considéralo bien; y considera, que es la pérdida de Dios, el gozo del cielo,

lo, la compañía de los Angeles, y en fin la bienaventuranza que tú tenias en tu mano, y la gozarias para siempre, si no pecaras ni prefirieras á ella un mundano deleyte, un gusto momentáneo. ¡Oh qué llanto será el nuestro quando vivamente aprendamos esta verdad! Yo, dirá entónces cada uno, fuí el que negocié tan neciamente; el que apreció mas lo poco que lo inmenso, lo caduco que lo eterno. ¡Es posible que haya tenido yo tan poco juicio, que me halle ahora privado de la vista de Dios, mi bien sumo! ¡qué haya dado motivo para que mi Salvador Jesus me haya echado de su presencia, y lo mismo su Santísima Madre María, para nunca mirarme con ojos piadosos, ni tener compasion de mí! ¿Es posible, que no haya de ver

ya jamas aquellos gozos, que Dios habia aparejado para sus amigos; y que si los veo, ha de ser para mayor tormento mio, y para que sepa, quan grandes son los bienes á que yo he vuelto la espalda por volver la cara á un instante de vergonzoso placer! Esta consideracion dice el Chrysóstomo, atormenta mas á los condenados en el infierno, que el mismo infierno.



VIERNES.

MEDITACION VI.

El pecado nunca está bastantemente castigado: Castigo de él en la persona de Jesus; en esta vida, y odio inmenso que Dios le tiene.

Haz, católico, un recto concepto de quanto voy á decirte; y hallarás, que no debes horrorizarte tanto del suplicio, como de la ocasion del suplicio mismo. Así, pues, te será fácil comprehender, á poco que reflexíones, que el pecado nunca está bastantemente castigado. En el infierno no se castiga con rigor, sino con mucha clemencia. Mas ligera es aquella pena que nuestra culpa. Y toda aquella eternidad de tormento no llega á cas-

castigar adequadamente el solo momento de nuestro pecado. Esto es evidente; y cree, que el estar siempre sepultado en el infierno, y desterrado del cielo, es un ligero castigo, si se compara con la gravedad del pecado mortal. Si esto te espanta á tí, mas me admira á mí el que extrañes una verdad tan cierta. Pero oye lo que aun te causará mas horror. Si todo el océano fuese lágrimas, gemidos el cielo, y quanto hay criado suspiros, nada bastaria para apagar una centella de este incendio. Aun mas: Si hubiera tantos mundos, como estrellas hay en el firmamento, gotas en el mar, y arenas en las playas, y todos estos mundos se cubriesen de ceniza y cilicios, para dar á Dios satisfaccion del mas ligero peca-

do

do mortal, no bastaria. Aun despues de una eternidad, si ésta pudiera tener *despues*, se quedaria el pecado tan entero como al principio. Comprehende, si puedes christiano, esta verdad pura. Y si este pensamiento te perturba el sentido, concluye, que es el pecado un mal tan grande, que con la inmensidad de su malicia sobrepuja toda humana capacidad y conocimiento criado.

Pero solo Dios podia satisfacer por nuestras culpas, como que era á quien tocaba recibir satisfaccion, y no darla. He aquí un nuevo teatro, donde no hay mas que ver, que á la persona que representa. He ahí un Dios paciente, un Dios clavado en el leño de la cruz. ¡Oh qué tragedia tan lamentable! Cuenta las salivas,

bofetadas, azotes, espinas, clavos y cruz. Piensa despues muy bien, qué quiere decir este padecer de *Dios*: Considera quan grande es el valor de la sangre que en aquel monte se esparce; y luego que conozcas esto perfectamente, entenderás la gravedad del pecado. Aquel es el precio cabal de nuestras culpas: aquel el medio de nuestra redencion. El pecado, pues, mas que las llamas, es el que hace tremendo el infierno. Si pudiera entrar en el cielo una sola culpa mortal, inmediatamente lo transformaria en infierno. Ten cuidado, hermano mio, con que no la haya en tí; porque si la hay, ella hallará traza de abrasar al alma espiritual, y aun al Angel. Pero si por fortuna no la hubiese, no tienes que temer, porque en los mis-

mos

mos senos de la mas ardiente hoguera, no faltará una lluvia que te recree.

Ya has visto castigado el pecado en el cielo, en el infierno, y hasta en la misma persona de Dios. Míralo ahora sobre la tierra. Acuérdate del adulterio de David; del latrocinio de Acab; de las blasfemias de Rabsaces: Revuelve los anales, y considera quántas veces, por culpa de uno solo, han parado en la última ruina los reynos enteros. Ya hallarás muchos millares de pueblos en el universal Diluvio sumergidos; ya en una tempestad de llamas muchas ciudades anegadas: verás quántas veces fuéron castigados los hijos por las culpas de sus padres; y quántas los padres por las de los hijos: y en fin verás, que por causa de un

un malvado, acabó Dios con toda una familia; dexando solo su desventura, como en herencia á sus descendientes; queriendo que quedaran en sus casas las tristes señales de su ira. Mas si Dios en está vida (en la qual se porta con tanta blandura, que á algun zeloso le pareció ser casi sobrada) ha hecho tales demostraciones de su enojo, y ha usado de tal rigor contra el pecado, ¿qué hará de tí en la otra, quando sea la hora de la venganza?

Finalmente, para comprehender *el odio inmenso de Dios contra el pecado*, me parece no hay cosa mas eficaz que aquellas palabras pronunciadas por boca del Espíritu Santo en la Escritura: dice pues. *Que en Dios* (el pecado) *es furor*, *desabrimiento*, *indignacion*, *dolor*, *arrepentimiento*, *y fi-*

nal-

nalmente odio. ¡Ay triste de mí, qué espanto! ¡Qué terror! Si la ira de los Reyes es siempre formidable, ¿qué será la de un Dios? ¡Cosa terrible! Sabemos que Dios nada de quanto ha criado aborrece: quita el pecado, y todo lo que habia hecho, le parece muy bueno. Pero métase en medio la culpa, y verás como ya ni el hombre, ni el Angel, ni su Madre, ni aun su mismo Hijo le podrian agradar. Así como el Elefante se enfurece á toda rabia, si le muestras algo de sangre, así tambien, si ve Dios al pecado, todo lo destruye: amigos y enemigos; esclavos é hijos, y aun á su mismo Hijo Christo Jesus no le perdona; siéndole sobre todo amable. Un solo pecado mortal da mas disgusto á Dios, que le dan de gusto todos los santos pensa-

samientos, palabras, acciones y penitencias pasadas, presentes y futuras de todos los Santos juntos; de manera, que si pusieramos en una balanza á Abrahan, Isac, Jacob, David y los Profetas; y á los Angeles, Mártyres y Vírgenes con las demas personas santas; y en la otra metieramos una sola culpa grave, seguramente que contrapesaria ésta á todos aquellos justos, é inclinaria la balanza ácia su parte. ¡Oh peso inmenso! ¡Oh pecador mas robusto que el Atlante, pues con tanta alegría sustentas sobre tus espaldas, no ya el cielo, sino el infierno; y por decirlo así, lo que pesa mas que uno y otro! Y á vista de estas poderosas razones, y que en ellas se contemple, ¿quién será de los mortales, si no ha jurado de tronco insen-

sensible, el que no despierte, no tiemble, y no escoja ántes mil muertes, que un solo pecado?

SÁBADO.

MEDITACION VII.

Reconvenciones de un alma christiana: Recapitulacion de lo prevenido en las Meditaciones anteriores; y máxîmas que se deben tener presentes para vivir santamente.

Venid, hombres, venid al tribunal de vuestro juicio, y juzgaos á vosotros mismos. ¿Habeis considerado y exâminado atentamente quanto dexamos dicho en las seis Meditaciones pasadas? Si en efecto lo habeis hecho así, ¿quál es vuestro pensamiento? ¿Qué os parece? Yo no creo que un hom-

hombre de sano juicio , y que un christiano con toda su libertad se precipite en tan horrendo abismo de males. Ya habeis visto , que el pecado debilita las fuerzas del cuerpo , y disminuye el curso de los años de esta vida , aunque no los de aquella penosísima enfermedad. Habeis visto, que el pecado con su deformidad vuelve á los hombres iguales á los brutos; los despoja de todas las virtudes , y priva de los socorros del cielo ; de los sufragios de la Iglesia ; de la comunion de los Santos , y de la proteccion de Dios y de sus Angeles , haciéndolos esclavos del demonio , traydores á Christo , parricidas de la caridad , impios , ingratos , rebeldes, pertinaces y verdugos de sí mismos. Y en fin , para que no penseis , que todas es-

estas cosas recibian su peso y gravedad de algun artificio retórico, se os ha hecho ver, por la acerbidad de la pena, lo horrible de la culpa. Bien se os manifiesta en aquellas lastimosas tragedias del Angel, de Adan, y de vosotros mismos; y en aquel teatro del Infierno, comun á todos los malos, donde visteis arder vuestro mismo pecado, aunque en el cuerpo y en el alma de otros; pero para vuestro escarmiento. Esta pena infinita os dice, que aun es muy ligera, si se coteja con la malignidad de la culpa; y que para satisfaccion de un solo pecado, fué necesario, que el mismo Dios permitiese que le enclavaran en el leño de la cruz. En fin, ya habeis visto quantas veces ha castigado Dios las culpas aun en esta vida, y el entraña-

ñable odio y aborrecimiento que reyna en su corazon contra ellas.

Me parece que con el conocimienso de todo lo que va expuesto, no quedará ningun genero de duda en quanto á la horribilidad del pecado. Y si en efecto es así, ¿cómo es posible, christiano, que te quede gota de sangre en el corazon, ó movimiento alguno en las venas, que de puro estúpor y miedo no se hiele? ¿Cómo no quedamos yertos al ver en los hombres tanta miseria? Lejos, lejos de un peligro tan grande y tan vecino.

Por último, alma christiana, yo quisiera, para bien tuyo, que en medio de tus ocupaciones fueras siempre rumiando alguna de estas reglas y máxîmas que te propongo.

Iª De nada le sirve al hombre hacer-

cerse señor de mil mundos, si pierde para siempre su alma.

IIª Despues de la muerte temporal sucederá á los pecadores otra eterna, al paso que los justos, despues de esta momentánea vida, gozan otra inmortal.

IIIª El alma, el cielo y la bienaventuranza, una vez perdida, no hay medio para volverla á recobrar.

IVª Es preciso que qualquiera que sepa valerse de su juicio, estime su salvacion ántes que todo lo demas de este mundo.

Vª Es imposible ser Cesar aquí y allá: forzoso es padecer en este momento de vida, si queremos gozar en la eternidad de la que viene.

VIª No te estes divirtiendo y solazando sobre la tierra, como si fue-

ses inmortal; porque si te coge la muerte en este estado, te hallarás quando ménos te pienses, en un *hediondo* sepulcro, con el cuerpo *roido* de gusanos, y el alma abrasada de eternas llamas en el mas profundo seno del infierno.

Lleva, pues, siempre impresas en tu corazon estas máximas de la eterna verdad, si quieres asegurarte en cierto modo de no caer en pecado mortal, y de alcanzar los bienes eternos de la gloria, y librarte de aquellas penas infernales, que no tienen fin.



CA-

CAPITULO III.°

ORACIONES PARA LA MISA.

AL PRINCIPIAR.

Sea en vuestro nombre, adorable Trinidad, mi asistencia á este santo y augusto Sacrificio, y sea tambien para rendiros el honor y respeto que se os debe. Permitidme, divino Salvador, que una mi intencion á la del Ministro de vuestros Altares, para ofrecer la preciosa víctima de mi salvacion; y dadme los sentimientos que hubiera debido tener en el Calvario, si hubiese asistido al sangriento sacrificio de vuestra Pasion.

Al Confiteor.

Repasa en la amargura de tu corazon los pecados que has cometido: Trae á la memoria los que mas bien son motivo de tu humillacion: Manifiesta á Dios tu flaqueza: Suplícale, que te perdone tus culpas; y que el abismo de tus miserias atraiga sobre tí en el santo Sacrificio el de sus misericordias.

Acúsome, Dios y Señor mio, de quantos pecados he cometido: Hágolo en vuestra presencia y en la de María Santísima como la mas pura de todas las Vírgenes, de todos los Santos y de todos los fieles. Admitid, Señor, esta confesion sincera de mis malos pensamientos, palabras y obras, pues me pesa de todo corazon de haberos ofen-

ofendido. Admitid mi súplica, sino atendiendo á mis cortos méritos á lo ménos á la intercesion de la Santísima Vírgen y de todos los Santos, á quienes suplico os pidan por mí: Y escuchad benignamente mi oracion, concediéndome la indulgencia, absolucion y remision de todos mis pecados.

AL KYRIE ELEYSON.

Consúelate con un dulce sentimiento de confianza en la misericordia de Dios, pues permitiéndote emplear un medio tan eficaz como éste, para pedirle tu reconciliacion, te da al mismo tiempo una segura prenda, que fácilmente puedes conseguir.

Divino Criador de nuestras almas, tened piedad de la obra de vuestras manos: Padre misericordioso, habed mi-

misericordia de vuestros hijos: Autor de nuestra salvacion, inmolado por nosotros, aplicadnos los méritos de vuestra preciosa muerte y pasion. Amable Salvador de mi alma y dulce Jesus mio, tened compasion de nosotros miserables, y perdonadnos nuestras culpas.

Al Gloria in excelsis.

Concibe un gran deseo de dar á Dios toda la gloria que te sea posible, y hacer al próximo el bien que puedas. Alégrate con los Angeles por la parte que te ha cabido en el conocimiento de los divinos mysterios; y llénate de magníficas y altas ideas acerca de la Magestad de Dios y de Jesu-Christo su Hijo.

Gloria á Dios en las alturas, y paz á los hombres en la tierra de buena vo-

voluntad. Alabámoste, Señor: Bendecímoste: Glorificámoste: Gracias te damos por tu grande gloria. Señor, Dios, Rey del cielo, Dios Padre omnipotente: Señor, Hijo unigénito de Dios, Jesu-Christo: Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre, tú, que borras los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros: Tú que borras los pecados del mundo, admite nuestros ruegos: Tú que estás sentado á la diestra de Dios Padre, ten misericordia de nosotros, porque tú solo eres Santo; tú solo Señor; tú solo Altísimo, Jesu-Christo, con el Espíritu Santo, en la gloria de Dios Padre.

Oracion.

Concededme, Señor, por la intercesion de María Santísima y de los

Santos; á quienes honramos en este dia, quantas gracias os pide para sí y para nosotros vuestro Ministro, á quien uniéndome yo, os hago la misma súplica por aquellos que estoy obligado; pidiéndoos asímismo, Señor, tanto para ellos, como para mí, quantos socorros conozcais nos son necesarios para conseguir la vida eterna, en el nombre de Jesu-Christo, tu único Hijo, y Señor nuestro.

Á la Epístola.

Premedita espiritualmente lo que sucedia en la antigua Ley con los Patriarcas y Profetas, pues no anhelaban por otra cosa, que por el santo Sacrificio de la Misa: Imita su eficaçia: forma iguales deseos que ellos; y ten los mismos sentimientos que tuviéron.

Tú

Tú esperas al mismo Salvador, y (aun mas feliz que ellos) sabes que ya ha llegado, y que bien presto será presentado á tu vista sobre este Altar.

Acepto, Señor, de todo mi corazon el distinguido favor, que me habeis hecho en darme á conocer vuestra santísima Ley, con preferencia á los habitadores de tantos pueblos como permanecen en la ignorancia de vuestros mysterios. Acéptole, Dios mio, y escucho con sumo gusto y respeto los sagrados Arcanos, que por boca de vuestros Profetas me habeis manifestado: les reverencio con aquella sumision que se debe á la palabra de un Dios; y con indecible alegría de mi alma observo y deseo su cumplimiento. ¡Qué dicha la mia, si tuviera yo para con Vos, oh Dios mio, un

un corazon semejante al que tuviéron los Santos de vuestro antiguo Testamento! ¡Qué consuelo, si pudiera yo desearos con el ardor de los Patriarcas: conoceros y reverenciaros como los Profetas, y amaros y estrecharme únicamente con Vos, como los Apóstoles!

AL EVANGELIO.

Mira el Evangelio que vas á oir, como la regla de tu fe y de tus costumbres, regla que el mismo Jesu-Christo te ha manifestado, y que tú has prometido seguir en el Bautismo; y regla en fin, que has observado muy mal, sin embargo de que por ella serás juzgado con rigor, y sin apelacion.

Ya no son los Profetas ni los Apóstoles, oh amantísimo Dios, quienes vie-

vienen á instruirme en los deberes de la Religion. Es vuestro único Hijo, y ya sé que es suya la palabra que voy á escuchar. ¡Pero ah! ¿De qué me servirá, Jesus mio, que ésta sea vuestra palabra, si mis obras no confrontan con mi creencia? ¿De qué me servirá, quando comparezca delante de Vos, haber tenido la fe, si me hallo sin el mérito de la caridad y de las demas obras de misericordia? Ya veo, Señor, que de este modo creo, y vivo como si no creyera, ó como si creyera un Evangelio contrario al vuestro. Pero no me juzgueis, Dios mio, según la oposicion que se advierte entre vuestras máximas y mi conducta. Yo las creo; mas de vuestra parte está el darme ánimo y fuerzas suficientes para practicarlas: Concededme, Se-

Señor, este favor, que en vuestro honor redundará toda la gloria.

Al Credo.

Reitera aquí tu fe: Todo quanto la Iglesia te manda creer, está fundado sobre la palabra de Dios, anunciada por los Profetas; revelada en las Escrituras; declarada por los milagros, verificada en el establecimiento de la fe; confirmada por los Mártyres, y hecha perceptible por la santidad de nuestra Religion, y por la sólida complacencia; que interiormente sienten los que la profesan con fidelidad.

Creo en un solo Dios todo poderoso, Criador del cielo y de la tierra, y de todas las cosas visibles é invisibles: Y en un solo Señor Jesu-Christo, Hijo unigénito de Dios, y naci-

cido del Padre ántes de todos los siglos: Dios de Dios; luz de luz; verdadero Dios de Dios verdadero: engendrado, no hecho: consubstancial al Padre, por quien han sido hechas todas las cosas; el qual, por nosotros los hombres, y por nuestra salvacion, baxó de los cielos, y encarnó por obra del Espíritu Santo, de María Vírgen, y se hizo hombre: Fué tambien crucificado por nosotros baxo del poder de Poncio Pilato: Padeció y fué sepultado: Y resucitó al tercero dia, segun las Escrituras: Y subió á los cielos, donde está sentado á la diestra de Dios Padre: Y ha de venir segunda vez lleno de gloria á juzgar á los vivos y á los muertos; cuyo reyno no tendrá fin: Creo en el Espíritu Santo, Señor que da vida; el qual procede del

del Padre y del Hijo; y con el Padre y el Hijo es juntamente adorado y glorificado; que habló por boca de los Profetas: Creo una Iglesia santa, católica y apostólica: Confieso un solo Bautismo para el perdon de los pecados: Y espero la resurreccion de los muertos, y la vida del siglo futuro. Amen.

Al Ofertorio.

Considera la dicha incomprehensible que puedes encontrar en este sacrificio: honra en él á Dios perfectamente: dale gracias de un modo correspondiente á sus beneficios; y aparta de tí la culpa, para que de este modo obtengas tanto para tí, como para los demas, quantas gracias necesites.

Padre eterno, infinitamente Santo y

y Poderoso, aunque yo nô soy digno de parecer delante de Vos, me atrevo á presentaros esta Hostia por mano de vuestro Sacerdote; porque mi intencion es la que tuvo mi Salvador Jesu-Christo, quando instituyó este santo sacrificio, y la que tiene en este mismo instante, que le renueva y por mí se inmola. Ofrézcoosla, Señor, en reconocimiento de vuestro soberano dominio sobre mí, y sobre todas las demas criaturas. Os la ofrezco igualmente, por la remision de mis pecados, y en accion de gracias por quantos beneficios me habeis hecho, sin ser yo á ellos acreedor. En fin, Dios mio, os ofrezco este augusto Sacrificio, para obtener de vuestra infinita bondad, así para mí, como para mis parientes, bienhechores, amigos y

ene-

enemigos, las preciosísimas gracias de la salvacion eterna; las quales no pueden sernos concedidas, sino en vista de los méritos de aquel que es justo por excelencia, y que se hace víctima de propiciacion por todos. Recomiendoos, oh Dios mio, á toda la Iglesia católica, á nuestro *Santísimo* Padre el Papa, á nuestro Obispo ó Arzobispo, y á los demas Pastores de nuestras almas; á nuestro católico Monarca y demas Real Familia; á los Príncipes christianos, y á todos los pueblos que creen en vos. Acordaos tambien, Señor, de los Fieles difuntos; y en consideracion á los méritos de vuestro Hijo, dadles un lugar de refrigerio, de luz y de paz. No os olvideis, Dios mio, de vuestros enemigos, y de los mios: tened de ellos piedad;

dad; de los infieles, de los hereges, y de todos los demas pecadores: Colmad de bendicion á los que me persiguen; y perdonadme mis pecados, así como les perdono quanto mal me hayan hecho, y quieran hacerme.

Al Prefacio.

Eleva tu consideracion al cielo; y llega espíritualmente hasta el trono de la Divinidad: Entra, y penétrala con una santa y respetuosa creencia á vista de su resplandeciente Magestad: Ríndela tus homenages, y mecla tus alabanzas con los celestiales cánticos de los Angeles y de los Chêrubines que la rodean.

Este es el feliz momento en que el Rey de los Angeles, y de los hombres

 se

se va á manifestar á los ojos de nuestra alma. Llenadme, Señor, de vuestro espíritu, y haced que mi corazon desprendido de las cosas caducas de la tierra, no piense mas que en Vos. ¡Qué obligacion no tengo de bendeciros y de alabaros en todo tiempo y lugar, oh Dios del cielo y de la tierra, Señor infinitamente grande, Padre todo poderoso y eterno! Nada hay mas justo, nada mas ventajoso, que unirnos á Jesu-Christo, para adoraros continuamente. De él es de quien se valen todos los espíritus bienaventurados, para presentar á vuestra Magestad sus homenages; y por él es por quien todas las virtudes del cielo, ocupadas de un respetuoso temor, se unen para glorificaros. Permitid, Señor, que unamos nuestras débiles alabanzas á

las

las de aquellos celestiales Espíritus, y que uniformemente con ellos, digamos, transportados de alegría y de admiracion:

SANCTUS.

Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los Exércitos: Todo el universo está lleno de su gloria; y los Bienaventurados le bendicen en el cielo. Bendito sea el que viene sobre la tierra, Dios y Señor, como quien le envia.

AL CÁNON.

Figúrate aquí el Altar, en el que va Jesu-Christo á entregarse como sobre el trono de su misericordia, donde tienes derecho de presentarte, para exponer tus necesidades, para pedir, y para obtener: Y que si Dios nos dá bas-

hasta su propio hijo para nuestro consuelo y remedio, ¿cómo nos rehusará qualquiera otra cosa que le pidamos?

Suplicámoste, oh Padre misericordioso, en nombre de Jesu-Christo vuestro Hijo, y Señor nuestro, tengais á bien recibir y bendecir la ofrenda que os presentamos, á fin de que os agrade y de que conserveis, defendais y goberneis á vuestra santa Iglesia católica, con todos los Prelados y demas individuos que la componen; é igualmente á todos aquellos que profesan vuestra santa fe. Os encomendamos, Señor, en particular aquellos por quien la justicia, el reconocimiento y la caridad nos obligan; á todos los que estan presentes á este adorable Sacrificio, y señaladamente á N. y N. Y para que nuestros ruegos os

sean

sean mas agradables, oh gran Dios, los unimos á los de María Santísima, Madre de nuestro Dios y Señor Jesu-Christo; á los de vuestros Apóstoles; á los de los Bienaventurados Mártyres, y á los de todos los Santos y Santas de la Corte celestial. ¡Pero oh Padre mio! ¡Qué dicha para mí si me hallase inflamado en este mismo instante de los deseos con que los Santos Patriarcas deseaban la Venida del Mesías! ¡Qué fortuna si tuviera yo su fe y su amor! venid Jesus; venid, amable Redentor del mundo; venid á perfeccionar un mysterio, que es el compendio de todas vuestras maravillas. Mas ya viene el cordero de Dios: anonádate al contemplar tus miserias; y admira el incomprehensible favor del Señor, y la adorable víctima, por

quien todos los pecados del mundo son perdonados.

Á la Elevacion.

Ve ahí á tu Dios, á tu Salvador y á tu Juez: Permanece algun tiempo en el silencio, como lleno de admiracion á vista de lo que sobre el Altar pasa: Reflexiona tu dicha, y entrégate á todos los sentimientos, que el respeto, la confianza y el temor te pueden inspirar.

Verbo encarnado, divino Jesus, verdadero Dios, y verdadero Hombre: yo creo, que Vos estais real y verdaderamente en esa sagrada Hostia; os adoro con humildad; os amo de todo mi corazon; y así como habeis baxado á ella por mi amor, así tambien me consagro enteramente á Vos.

Ado-

Adoro, Señor, esta preciosa Sangre, que habeis derramado por la redencion del linage humano; y me prometo, oh Dios mio, que no la habréis vertido inútilmente por mí: hacedme el favor de aplicarme los méritos de ella, pues yo os ofrezco la mia muy de veras, amable Jesus, en reconocimiento de la infinita caridad que conmigo habeis usado, derramando la vuestra por mi amor.

Al seguir el Canon.

Contempla afectuosamente á tu Salvador sobre el Altar: Medita los Mysterios que en él renueva: Une el sacrificio de tu corazon al de su cuerpo: Ofrécele á Dios su Padre: suplícale, que acepte las oraciones que su querido Hijo le hace por tu beneficio, y ruéga-

gale al mismo tiempo por todos los demas.

¿Qual, pues, seria mi malicia y mi ingratitud, ó Dios mio, si despues de haber visto lo que aun estoy viendo, intentase el ofenderos? No, Dios mio, no olvidaré yo jamas lo que me representais por medio de esta augusta ceremonia: Ya conozco que por ella se me da á entender el sufrimiento de vuestra Pasion, y la gloria de vuestra Resurreccion; veo que vuestro cuerpo se nos manifiesta descarnado, y vuestra sangre derramada por nosotros, y expuesta realmente á nuestra vista sobre ese Altar. Sí, gran Dios, de este modo os ofrecemos la víctima pura, santa, y sin mancha que os habeis servido de darnos, y de la qual todas las demas no son mas que la figura.

Ha-

Haced, Señor, que todos quantos participen de tan sagrada víctima (solamente digna de vuestros Altares) sean llenos de su bendicion; y que ésta se extienda igualmente sobre las almas de los fieles, que han muerto en el seno de la Iglesia, y con especialidad, sobre la de N. y N. Concededles, oh Dios mio, en vista de este Sacrificio, el completo alivio de sus penas, y haced que nosotros entremos en sociedad con los Santos de la Corte celestial, para que con ellos podamos amaros, y glorificaros eternamente. Amen.

AL PATER NOSTER.

Ya, por decirlo así, nos vemos aquí con Jesu-Christo, como sobre un nuevo calvario. Permanece al pie de su cruz co-

como la Magdalena con una tierna compasion; con un fiel amor, como San Juan y los demas Discípulos, con la esperanza de verle algun dia en su gloria. Mirémosle alguna vez desde lejos, y lloremos nuestros pecados como S. Pedro.

¡Oh Dios y Padre mio! ¡Qué felicidad tengo en contarme por uno de vuestros hijos! ¡Qué alegría siento en mí al contemplar, que el cielo donde estais, debe ser algun dia mi morada! Sea, pues, vuestro santo nombre glorificado por toda la tierra: Reynad sobre todos los corazones, y sobre todas las voluntades: Conceded á vuestros hijos el alimento espiritual y corporal: Tened piedad de nosotros: Perdonadnos nuestras culpas, y hacednos fuertes á las tentaciones y á los males de esta vida miserable. Amen.

AL

Al Agnus Dei.

Considera al Dios omnipotente, que aunque tan glorioso en el Cielo; tan poderoso en la tierra, y tan terrible en el infierno, no es aquí mas que un Cordero lleno de dulzura y de bondad, que viene á borrar los pecados del mundo, y en particular los tuyos.

Cordero de Dios, inmolado por mí, tened misericordia de este miserable pecador: Víctima adorable de mi salvacion, sálvame: Divino Salvador mio, consigue el que yo agrade á vuestro Padre omnipotente, y dadme vuestra paz.

Á la Comunion.

Para comulgar espiritualmente, renovarás por un acto de fe la sensacion

que

que hace en tí la presencia de Jesu-Christo: Dí un acto de contricion: Excita en tu corazon un ardiente deseo de recibir con el Sacerdote á tan Divino Señor, y suplícale, que admita este deseo, y que se una contigo, para comunicarte su gracia.

¡Qué cosa para mí mas dulce, oh amable Salvador mio, que ser del número de aquellos dichosos Christianos, á quien la pureza de la conciencia y su tierna piedad permiten, que todos los dias se acerquen á vuestra santa Mesa! ¡Qué ventajas no se me seguirian si en este mismo instante pudiera teneros en mi corazon; rendiros en él mis homenages; exponeros mis necesidades, y participar de los beneficios que haceis á los que realmente os reciben! Mas ya que soy tan in-

indigno para obtener estas gracias, suplid, Dios mio, la indisposicion de mi alma. Perdonadme todos mis pecados, pues de todo corazon los detesto, solo por que os desagradáron. Recibid el deseo tan sincero que tengo de reunirme á Vos: Purificadme con una sola mirada de vuestros divinos ojos; y haced, que quanto ántes os reciba dignamente.

Suplícoos, Señor, que en consideracion á dia tan feliz, me hagais participante de los frutos que la comunion del Sacerdote debe producir en todo el Pueblo fiel, que está presente: Aumentad mi fe por medio de ese divino Sacramento; fortificad mi esperanza; purificad mi caridad, y llenad mi corazon de vuestro amor para que no respire sino por Vos, ni viva mas que por Vos.

Á

Á LAS ÚLTIMAS ORACIONES.

Ofrece al Salvador todas tus penas y sacrificios, haciéndote la víctima de su amor, é inmolándole en prueba de ello todas las atenciones de los respetos humanos; los esfuerzos de tu amor propio, y la resistencia que encuentres en el cumplimiento de tus obligaciones.

Sí, Dios mio, ya que acabais de inmolaros por mi salvacion, tambien yo voy á sacrificarme por vuestra gloria. Vuestra víctima me confieso, con que no me excuseis esta dicha. En prueba de ello desde luego acepto de todo mi corazon quantos trabajos querais enviarme, y los junto á los de vuestra sagrada Pasion. Admitidlos, Señor misericordiosísimo, como os lo suplíco; pues yo en consideracion á

que

que he asistido á vuestro Divino Sacrificio, y á que habeis querido colmarme de vuestros favores en él, ofrezco huir con horror hasta de los menores motivos de pecar, y sobre todo, de aquellos á que mi inclinacion me arrastra con violencia: Seré fiel á vuestra Ley, y ántes que violentarla, sufriré y perderé todo lo de esta vida.

Á la Bendicion.

Bendecid, Dios mio, estas santas resoluciones: Bendecidnos á todos por la mano de vuestro Ministro; y haced que los efectos de vuestra bendicion permanezcan eternamente sobre nosotros. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

Al

AL ÚLTIMO EVANGELIO.

Verbo Divino, Hijo único del *Eterno* Padre, luz del mundo venida del cielo para mostrarnos su camino, no permitais que yo imite á aquel pueblo infiel, que no quiso reconoceros por el Mesías; ni tampoco que cayga en la ceguedad de aquellos infelices, que quisiéron mas bien ser esclavos de Satanás, que tener parte, por medio de Vos, en la gloriosa adopcion de hijos de Dios. Os adoro, Señor, con el mas profundo respeto: en Vos únicamente pongo toda mi confianza, esperando con seguridad, que pues sois mi Dios (y un Dios que se hizo Hombre por salvar al género humano) me concedereis las gracias necesarias para santificarme, y poseeros eternamente en el cielo. Amen.

ORA-

Oracion para despues de la Misa.

No salgas de la Iglesia sin haber testificado tu reconocimiento por quantas gracias te ha dispensado su Divina Magestad en el santo Sacrificio. Conserva en tu alma un fruto tan precioso: Haz que vea el Señor permaneces en ella; y que convencido de tus yerros, te has aprovechado de la Muerte y de la Pasion del Salvador.

Gracias os doy, Dios y Señor mio, por la que me habeis hecho en permitirme, que asista hoy al santo Sacrificio de la Misa, prefiriéndome en esta dicha á otros muchos: Os pido perdon de quantas faltas he cometido por la flaqueza con que me he dexado arrastrar ácia ellas en vuestra presencia; y haced, Señor, que este

Sacrificio sirva para purificarme de lo pasado, y fortificarme en lo venidero. Ahora voy con una suma confianza á cumplir con las obligaciones, que vuestra Divina Magestad se ha servido imponerme, en las que me acordaré del favor que acabais de hacerme; y procuraré no hablar una sola palabra, ni formar un solo designio ni pensamiento, que me haga perder el fruto de la Misa que acabo de oir. Así lo propongo con el socorro de vuestra Divina gracia. Y así espero me lo concedais por vuestra bondad infinita. Amen.



CAPÍTULO IV.º

ORACIONES

Para ántes y despues de la Confesion y sagrada Comunion.

Ninguna cosa hay mas importante al Christiano despues del pecado, que recibir el Sacramento de la Penitencia con las disposiciones necesarias. Con una vez sola que se acerque á recibirle con fervor, es muy bastante para conseguir la bienaventuranza celestial; pero en muchas confesiones se acusan los penitentes de aquellas mismas faltas que ántes habian llevado en las anteriores; y en este caso, ¿de dónde podrémos discurrir que procede semejante de-

fecto? Yo presumo no dimana de otra cosa, que de nuestra negligencia en el disponernos bien para la confesion, y de que no siempre llevamos á este Sacramento todas aquellas condiciones y requisitos que nos impone. Confiésate no obstante muchas veces, y procura siempre, que en cada una de ellas sea como si fuese la última que lo hicieses. Acércate al confesonario, pero temblando á vista de tan sagrado tribunal: Escucha á Dios en las palabras de su Ministro, y recibe con el reconocimiento mas propio la aplicacion que te haga de los méritos, y sangre de Jesu-Christo.

PA-

PARA ANTES DE LA CONFESION.

PIDE Á DIOS TE CONCEDA LLEGAR AL SACRAMENTO CON LAS DISPOSICIONES NECESARIAS.

Santísimo Dios, que siempre estais favorablemente dispuesto para recibir al pecador, y perdonarle; echad vuestra vista sobre un alma, que de todo corazon se vuelve á Vos, y quiere lavar sus manchas en las saludables aguas de la penitencia: Haced, oh Dios mio, que yo me acerque al Sacramento de la Penitencia con las disposiciones necesarias: Entrad en mi espíritu, á fin de que conozca todos mis pecados: entrad en mi corazon, para que los deteste y aborrezca; y entrad en fin en mi boca, para que los con-

 fie-

fiese, y obtenga el perdon y remision de todos ellos.

INVOCA EL SOCORRO DEL ESPÍRITU SANTO PARA CONOCER TUS FALTAS.

Espíritu Santo, y fuente de luz verdadera, dignaos enviar á mi corazon uno de vuestros rayos, y ayudadme á conocer mis defectos: Mostradmelos con tanta claridad, que no me quede ninguno por confesar; y que en reconocimiento de tan buena obra logre el consuelo, de que al salir de esta vida, no tema parecer delante de Vos para ser juzgado en la eterna. Hacedme conocer, oh Dios Santísimo, el mal que he hecho, y el bien que he dexado de hacer: Permitid, que yo vea el número y la grandeza de mis fal-

faltas en vuestro servicio: Concededme el que yo sepa con individualidad quántas veces, y hasta qué punto he ofendido á mi próximo; el perjuicio que de ello se me ha seguido á mí mismo, y los defectos en que he incurrido contra las obligaciones de mi estado y de mi empleo.

EXAMINATE SOBRE LOS PECADOS que se pueden cometer.

CONTRA DIOS.

Sobre la Fe. Por dudas voluntarias, vanas curiosidades, supersticiones, sueños y hechicerías, lectura de libros prohibidos, y negligencia en instruirse en su santa Religion.

Sobre la Esperanza. Por desconfiar en la misericordia de Dios; du-

dar de su bondad, ú de nuestras propias fuerzas, y faltar á la sumision.

Sobre la Caridad. Por murmurar contra la divina Providencia; por la resistencia voluntaria á las inspiraciones; por la floxedad en impedir el mal quando se debe y puede; por pecar en atencion á los respetos humanos; por dividir su amor entre Dios y alguna otra cosa, no digna de ser amada sino por Dios; y por no haber amado al próximo por el amor de este Divino Señor.

Sobre la Religion. Omitiendo las obras piadosas, las oraciones, la Misa y la penitencia; procurándose ó acarreándose algun mal; cometiendo irreverencias en la Iglesia, posturas inmodestas, discursos y distracciones voluntarias; quebrantando las fiestas

con

con el trabajo; ocupándose en diversiones lascivas, y juntándose con malas compañías; jurando en falso, y mintiendo ó tomando el nombre de Dios en vano; usando de la simonía; y no alabando á Dios por floxedad, ni dándole gracias por sus beneficios, sometiéndose en todo á su santa voluntad.

CONTRA EL PRÓXIMO.

En pensamientos. Por juicios temerarios de su persona ó de sus acciones, y por envidia, aborrecimiento, aversion, ó deseos de venganza; cuyos sentimientos y deseos es menester declarar el tiempo que han durado; si han sido voluntarios ó involuntarios; y si se cometiéron contra los superiores.

En palabras. Por calumnias y mur-

mu-

te los honores; teniendo de sí una vana complacencia, y menospreciando á los demas; y engañando al mundo con hipocresías, y con una modestia afectada.

Por la avaricia. No haciendo limosnas á proporcion de sus haberes; estrechándose, y teniendo demasiado apego á los bienes del mundo; afanándose por ellos con exceso, y reusándose á sí y á otros lo necesario.

Por la luxuria. En pensamientos impuros y voluntarios, ó en complacencias lascivas, que hayan causado algunos movimientos torpes y desarreglados; en oir ó pronunciar con deleyte palabras deshonestas y canciones disolutas; en mirar y contemplar por curiosidad sensual algunos malos objetos, como son pinturas y libros las-

lascivos; prestándolos á otros para que los vean; ó llevando vestidos inmodestos; teniendo consigo ó con otros tocamientos torpes; y en fin, exponiéndose, ó exponiendo á otros á la ocasion de pecar. Todo lo qual es necesario declarar con la modestia posible, señalando las circunstancias que aumentan ó disminuyen el pecado; el sexô y estado de las personas con quienes se haya cometido (aunque sin nombrarlas jamas); y el tiempo que haya permanecido en aquella ó la otra culpa.

Por la ira. Despechándose y enfadándose sin detencion alguna, y pronunciando maldiciones y palabras injuriosas; querellándose del próximo; maltratándole, y reusándole el perdon de las ofensas que contra él haya

co-

cometido. Los hijos de familia y los domésticos deben acusarse de los motivos de impaciencia que hayan dado á sus padres ó á sus amos.

Por la gula. Comiendo ó bebiendo con exceso, ó incitando á otros para que lo hagan, en vez de encaminarlos á las cosas sagradas, y al trabajo y cumplimiento de sus respectivos ministerios; quebrantando el ayuno por satisfacer el apetito; y comiendo manjares prohibidos en dias de viernes ó abstinencia; y no ayunando, pudiendo, los dias de obligacion.

Por la envidia. Menospreciando y desacreditando á los demas; alegrándose de su mal, afligiéndose del bien que les suceda, y deseando con ansia lo que ellos tienen.

Por

Por la pereza. Demorando la freqüencia de los santos Sacramentos; no haciendo oracion, ni oyendo por medio de las pláticas ó sermones la palabra divina; no mortificando sus pasiones; obviando los medios de corregirse; no estudiando en el adelantamiento del cumplimiento de sus obligaciones; no apartándose de las ocasiones de pecar; y olvidándose de su eternidad.

Ahora, pues, has de testificar tu dolor por medio de un Acto de Contricion.

¡Qué motivo de confusion para mí, oh Dios mio, el caer siempre (y con tanta facilidad) en las mismas faltas, aun despues de haberos ofrecido tantas veces no volverlas á cometer! ¿Cómo

mo es que me he atrevido á pecar en vuestra presencia por cosas tan inútiles y momentáneas, conociendo quanto os desagrada el pecado, y abusando de vuestros beneficios por medio de la ofensa? ¡Oh Dios mio, oh Padre el mejor y mas sufrido de todos los padres! Aplacad vuestra ira; perdonadme y no me castigueis segun el rigor de vuestra justicia. Moveos, Señor, á vista de los sentimientos de un corazon verdaderamente contrito; el qual se ha arrepentido de sus faltas, mas bien por el disgusto que os han causado, que por la pena que han merecido. Bien veis, que sinceramente se halla afligido por haberos desagradado: Tened, Señor, de él misericordia, Vos que sois infinitamente bueno y digno de ser amado.

FOR-

Forma un buen propósito de la enmienda.

Bien conozco, Señor, que debia haber ántes perdido la vida que ofenderos; mas ya que por fortuna no reside en mí la perversidad de lo pasado, y que por un efecto de vuestra suma bondad me habeis dado tiempo para enmendarme en lo futuro, voy á emprender una nueva vida; la qual, con vuestro divino auxîlio, espero sea totalmente conforme á vuestros preceptos. Para esto, Señor, ofrezco gustoso poner en execucion los medios y reglas que me proponga vuestro Ministro; cuyas palabras escucharé como si fuesen de vuestra boca, convencido de que os valeis de este instrumento para comunicarme avisos im-

portantes para mi salvacion; y convencido tambien de que sois Vos á quien respondo, con quien hablo; y á quien prometo lo prometido.

Espera en la misericordia de Dios.

No se me oculta, Dios mio, hasta donde os he ofendido, y lo que yo debiera esperar de vuestra indignacion, si vuestra infinita misericordia y los méritos de Jesu-Christo, mi Salvador, no templasen vuestra justicia, ni solicitasen vuestra gracia para conmigo: No, amado dueño de mi salvacion y de mi alma, no creo que desecharéis la oracion que ese inocente y amable Hijo vuestro os hace por este pecador, que verdaderamente arrepentido va á confesar sus culpas al

Mi-

Ministro ; cuya facultad de perdonarmelas le habeis concedido. Con esta esperanza me presento á este sagrado Tribunal de la Penitencia ; en el qual creo desde luego, que acusándome enteramente, y con buen propósito de quanto mal haya hecho y pensado, ratificaréis en el cielo la sentencia de absolucion, que será pronunciada en mi favor sobre la tierra.

PARA DESPUES DE LA CONFESION,

FORMA UN ACTO DE FÉ SOBRE LOS BUENOS EFECTOS DEL SACRAMENTO.

¡Cómo podré dudar, oh Dios mio, del prodigio tan grande que habeis usado conmigo, quando viéndome afeado con la malignidad de la culpa,

portantes para mi s[illegible] e reconozco
vencido tambien [illegible] ente labado
quien respondo [illegible] cia del Sa-
á quien prom[illegible] ndad, y
[illegible] a sen[illegible]

ESPERA E[illegible]

No[illegible] me vu[illegible]. Haced que no de-
dor[illegible]ella, mediante el ardiente d[illegible] que me asiste de agradaros, y las disposiciones tan cumplidas, con que creo haber hecho esta confesion. Este es el efecto de la preciosa Sangre que por mí habeis derramado, amable Redentor de los hombres. La virtud de vuestras sagradas heridas es quien ha curado las mias; y á ellas es á quien debo mi reconciliacion y mi salvacion.

DA

DA Á D[illegible] eterlo. Yo os suplico,
[illegible] mi alma, aumen-
[illegible]racias a [illegible] tengo de em-
y re[illegible] [illegible]. Fortificad,
[illegible]rdi [illegible]ia, la reso-
[illegible]r [illegible]ca mas
[illegible]cion [illegible]ósito,

[illegible]e los espantosos su[illegible] de [illegible]stabas justamente condenada po[illegible] delitos. Todos te los perdona, y todas las injurias olvida por sola esta sincéra confesion que has hecho. Dale, pues, las gracias, y dile con suma ternura: Dios mio, menester es ser como Vos sois, un Dios lleno de dulzura y de misericordia, para obrar de este modo con tan miserable criatura. Buena prueba me habeis dado en este dia de vuestra bondad: mas á vista de esto, ¿cómo podré yo testificaros mi re-

no hace un momento, me reconozco ya justificado, y enteramente labado de mis manchas por la gracia del Sacramento! Sí, Dios de bondad, yo acabo de ser absuelto; y esta sentencia de misericordia me perdona enteramente mis culpas, y me vuelve á vuestra gracia. Haced que no decayga de ella, mediante el ardiente deseo que me asiste de agradaros, y las disposiciones tan cumplidas, con que creo haber hecho esta confesion. Este es el efecto de la preciosa Sangre que por mí habeis derramado, amable Redentor de los hombres. La virtud de vuestras sagradas heridas es quien ha curado las mias; y á ellas es á quien debo mi reconciliacion y mi salvacion.

Da á Dios las gracias.

Da gracias al Señor tu Dios, oh alma mia, y reconoce los prodigios de su misericordia para contigo: Repara como no quiere exîgir de tí ni aun una ligera satisfaccion por tus culpas, en lugar de los espantosos suplicios á que estabas justamente condenada por tus delitos. Todos te los perdona, y todas las injurias olvida por sola esta sincéra confesion que has hecho. Dale, pues, las gracias, y dile con suma ternura: Dios mio, menester es ser como Vos sois, un Dios lleno de dulzura y de misericordia, para obrar de este modo con tan miserable criatura. Buena prueba me habeis dado en este dia de vuestra bondad: mas á vista de esto, ¿cómo podré yo testificaros mi re-

reconocimiento? Lo ménos dificil, oh divino Redentor de mi alma, es ofreceros hoy, y todos los demas dias de mi vida un sacrificio de alabanzas, con el qual bendiga y ensalce sin cesar vuestra infinita bondad. Desde ahora, Señor, lo executo muy de veras, y os lo ofrezco continuar hasta la muerte. Siempre me deleytaré en glorificar á un Dios tan bueno, á un Señor que es el mejor de todos los Señores y á un Padre que es él mas dulce y mas amable de todos los Padres.

Reitera el propósito que hiciste anteriormente.

Lo que acabais de hacer en mi favor, oh Dios mio, no solo me inspira un aborrecimiento mortal al pecado, sino que de nuevo me hace resolver á nun-

nunca jamas cometerlo. Yo os suplico, pues, Redentor de mi alma, aumenteis en mí el deseo que tengo de emprender una nueva vida. Fortificad, por medio de vuestra gracia, la resolucion que he formado de nunca mas pecar; y haced eficaz mi propósito, para evitar todas las ocasiones de ofenderos. A executarlo voy, amantísimo Padre mio, y á haceros ver desde este mismo instante, que he tenido la dicha de reconciliarme con Vos. Mis buenas obras y pensamientos serán irrefragables testimonios de lo que os prometo. Para conseguirlo, pondré quantos medios me sean posibles: Me violentaré, y me humillaré sin cesar. Seguro estoy, Señor, de vuestro socorro, y de la victoria; pero aun lo estoy mucho mas de que te-

teniendo el espíritu suficiente para triunfar de mí mismo sobre la tierra, lograré la felicidad de reynar eternamente con Vos en el cielo.

PARA ANTES DE LA COMUNION.

ACTO DE FÉ.

¡Qué haya yo de tener el consuelo de recibiros y aposentaros dentro de mí mismo, oh Dios del cielo y de la tierra! ¿Quién pudiera creer semejante prodigio, si Vos mismo no lo hubierais dicho? Sí, Salvador mio, yo creo que sois Vos, aquel á quien voy á recibir en este Sacramento; y aquel que habiendo nacido en un pesebre, quiso morir por mí sobre la cruz. Lo creo, Señor, y estoy seguro de ello, como si por mis propios ojos lo hubie-

biera visto. Lo creo, porque Vos lo habeis dicho, y porque adoro vuestra santísima palabra. Renuncio, Señor, todo quanto me puede sugerir mi razon y mis sentidos, para que de este modo esté siempre baxo de la obediencia de la fe. Así lo protesto, Señor; y si fuera necesario sufrir mil muertes por la confesion de esta verdad, las sufriria gustoso ántes que desmentir mi creencia y mi Religion.

De humildad.

¿Quién soy yo, Dios de gloria y de magestad? ¿Quién soy yo, para que os digneis extender vuestra vista sobre mí? ¿De dónde podria yo esperar las felicidades, que mi Señor y mi Dios se digna concederme? Yo, que soy tan pecador; yo, que soy un ga-

gusano de la tierra, y aun mas despreciable que la misma nada, ¿acercarme á un Dios tan santo, tan bueno y tan misericordioso? ¿Yo, comer el Pan de los Angeles? ¿Yo, alimentarme de una carne Divina...? ¡Ah, Señor, que yo no lo merezco, ni seré digno de ello jamas! Rey del cielo, Autor y Conservador del mundo, Monarca universal, yo me anonado delante de Vos, y quisiera poderme humillar tan profundamente por vuestra gloria, como Vos os humillais en este Sacramento por mi amor. Reconozco vuestra soberana grandeza y mi baxeza. Y de tal modo me confundo á vista de uno y otro, que no me puedo explicar; solamente diré con sinceridad, que no soy digno del favor que os dignais hacerme en este dia.

De contricion.

Ya que venis á mí, oh Dios de bondad y de misericordia, quando con justa razon deberian alejaros mis pecados, los detexto en vuestra presencia. Sensible al disgusto que os han causado, estoy resuelto á nunca jamas ofenderos, pidiéndoos de todo mi corazon perdon de todos ellos: Perdonádmelos, amado Padre mio, ya que vuestro amor llega á tanto para conmigo, que aun permitis me acerque en este dia á recibiros. Lavado estoy ya por el Sacramento de la Penitencia; pero lavadme aun mas por el de la Eucaristía. Purificadme hasta de las faltas mas leves: Criad en mí un corazon nuevo; y renovad hasta en lo interior de mis entrañas este espíritu de

de inocencia, que me pone en estado de recibiros dignamente.

De esperanza.

Si os dignais habitar en mí, Divino Salvador de las almas, ¿qué felicidades no podré yo esperar de esta dicha? ¿Qué felicidades de aquel que se entrega enteramente á mí? Preséntome, pues, á Vos, con toda la confianza que me inspira vuestro inmenso poder, y vuestra infinita bondad: Vos conoceis todas mis necesidades, Señor; podeis remediarlas; quereis; me convidais á vuestra mesa, y me prometeis el socorro: con que, Dios mio, aquí me teneis; seguro vengo sobre vuestra palabra; á Vos me presento, con mi flaqueza, con mi ceguedad y con mis miserias: Seguro estoy, que

me

me fortificaréis ; me iluminaréis , y me salvaréis. Así lo espero, Señor, sin recelo de que será equívoca mi esperanza; porque si Vos sois el Dios y el Dueño de mi corazon , ¿quándo podré yo esperar mejor esta gracia, que quando estais dentro de él?

De deseo.

¿Es posible, Dios mio, que vengais á mí, y que sea con un deseo infinito de unirme á Vos? ¡Pero oh! ¿qué es lo que digo? Venid, amado de mi corazon; venid, Cordero de Dios, Carne adorable, Sangre preciosa de mi Salvador, venid y servid de alimento á mi alma: Haced, dulce Jesus, que yo os reciba dignamente, porque Vos solo sois quien causais mis delicias, mi amor y mi todo. ¿Quién tuviera alas pa-

para volar hasta el cielo, y lograr la dicha de veros? Mi alma os desea con ardor, y sin Vos se conceptúa débil y extenuada: Concededla la dicha de que os tenga siempre consigo, porque Vos sois su único bien, su consuelo, su felicidad y su vida. Venid, pues, amable Jesus, y aunque indigno de recibiros, decid solo una palabra, y quedaré purificado. Mi corazon está pronto, y aun quando no lo estuviese, un pequeño auxîlio de vuestra gracia seria bastante para prepararle é inflamarle. Venid, Señor, que yo os recibo.

PARA DESPUES DE LA COMUNION.

Luego que la plenitud de la Divinidad habite corporalmente en tu corazon, te pondrás á meditar profunda-

damente sobre las maravillas que obra en el alma: Considérate como el Tabernáculo donde reside el Espíritu Santo: Deten, por medio de esta consideracion, las distracciones de tu espíritu; y permanece en un perfecto recogimiento. Luego harás un

Acto de Adoracion.

¡Adorable magestad de mi Dios, delante de la qual todo quanto hay de mas grande en la tierra y en el cielo, se reconoce indigno é inferior! ¿Qué puedo yo hacer en vuestra presencia, sino confundirme y honraros con la mas profunda humillacion de mi alma? Adoro, Señor, y rindo mis homenages á esa suprema grandeza, delante de la qual todo abatimiento y poder es débil; toda prosperidad mi-

se-

seria, y la mas resplandeciente luz tinieblas. Á Vos únicamente, oh gran Dios, pertenece todo honor y toda gloria. Glorioso, honrado y bendito sea aquel, que viene en el nombre del Señor. Bendito sea el Hijo del Eterno Padre, que tan íntimamente se digna unirse á mí, eligiéndome para su morada.

De Amor.

En fin, Dios amoroso, ¿yo he tenido la felicidad de poseeros? ¡Qué bondad la vuestra, Señor! ¡Qué no pueda yo corresponder justamente á ella! ¡Qué no sea yo todo corazon, para amaros, y para amaros únicamente á Vos quanto sois de amable! Abrasad, Señor, mi corazon en vuestro amor. Angeles del cielo, Madre de

de mi Dios, Santos del cielo y de la tierra, prestadme vuestros corazones: dadme vuestro amor para amar á mi adorable Jesus. Sí, Dios de mi corazon, yo os amo con toda mi alma; os amo soberanamente; os amo por vuestro amor, y os amo con una firme resolucion de no amar jamas otra cosa que á Vos. Pero ya que así lo ofrezco cumplir, asegurad Vos, oh Dios mio, estas santas resoluciones en mi corazon.

De Gracias.

¿Qué gracias os daré yo, Dios mio, que puedan igualar al favor que me habeis hecho en este dia? No contento con haberme amado hasta el extremo de morir por mí, os dignais aun venir en persona á honrarme con vues-

tra vista, entregándoos todo á mí. Alma mia, ¿qué haces que no te alientas con tan poderoso socorro? Glorifica al Señor tu Dios; reconoce su bondad; ensalza su magnificencia, y publica eternamente su misericordia. Sea, pues, con un corazon tierno y lleno de reconocimiento, oh dulce Salvador mio, del modo que yo os dé gracias por el beneficio que os dignais hacerme. Confieso que he sido infiel, débil y prevaricador; pero no quiero ser ingrato: quiero sí acordarme eternamente, de que hoy os habeis entregado á mí; y manifestar en lo restante de mi vida, por medio del cumplimiento de vuestra divina Ley, la obligacion que tengo de hacerlo.

Pe-

Peticion.

Ya, Señor, que Vos residis dentro de mí; ya que sois la fuente inagotable de todos los bienes; ya que sois tan tierno, y ya que teneis las manos llenas de gracias y de bienes, para derramarlos con prontitud y franqueza sobre mi corazon: esparcidlas con profusion, bien veis mi necesidad y vuestro poder; haced en mí todo aquello para que vinisteis, y apartad de mi corazon todo quanto tenga para Vos de desagradable: introducid en él lo que pueda ser grato á vuestros ojos: purificad mi cuerpo: santificad mi alma: aplicadme los méritos de vuestra Vida y de vuestra Muerte: uníos á mí; y haced que yo me una con Vos. Obrad, Señor, todo aquello

para que sois venido. Concededme los auxilios y gracias que Vos sabeis necesito, y concededlas á todos aquellos por quien estoy obligado á supli-cároslo. Así espero, Señor, me lo otorgueis, como que yo no creo que despues del singular favor que me habeis hecho en este dia, me rehusaréis cosa alguna de quantas os pida.

Ofrecimiento.

Ya que Vos me colmais de vuestros dones, oh Dios de misericordia, razon será que en agradecimiento, no viva yo mas que para Vos. Este es justamente el mayor de todos mis deseos. Sí, Señor, yo quiero que quanto piense y haga, sea enteramente conforme á los Preceptos de vuestra Divina Ley. Quiero igualmente, que to-

todo lo que dependa de mí, esto es, la salud, las fuerzas, el espíritu, los talentos, el crédito, los bienes y la reputacion, no sea empleado mas que para los intereses de vuestra gloria. Sujetad, pues, oh Rey de mi corazon, todo el poder y las fuerzas de mi alma; y reynad absolutamente sobre mi voluntad, pues así conseguiré el que todo quanto haga sea conforme á vuestros designios.

OFRECE POR TERCERA VEZ EL PROPÓSITO DE LA ENMIENDA.

¡Oh el mas sufrido y mas generoso de todos los amigos! ¿Qué cosa habrá que me separe de Vos? ¿Qué cosa que me distraiga y aparte de vuestro servicio? Ninguna ciertamente, Señor:

ñor : Ninguna , porque renuncio de todo mi corazon á quanto hasta aquí me lo ha impedido : Ninguna, porque propongo con el auxîlio de vuestra gracia no volver á incurrir en los desaciertos de la vida pasada. Así, pues, Señor, ya no se advertirán en mí los mas leves pensamientos, deseos, palabras y acciones que sean contrarios al pudor ó á la caridad: ya no se verán las impaciencias, altanerías, juramentos, mentiras, querellas y maldiciones: no la omision en el cumplimiento de mis deberes y vuestro servicio: no las amistades perjudiciales: no la delicadeza y el melindre en mis comodidades: no el menosprecio de mis próximos. Antes morir, ántes espirar aquí mismo delante de Vos, que jamas ofenderos. En medio de mi corazon es-

estais, Divino Jesus, con que bien veis que concibo estas resoluciones, para que Vos las confirmeis, y que el adorable Sacramento vuestro, que acabo de recibir, sea como el sello que me impida el que jamas las quebrante. Confirmad, pues, oh Dios de mi corazon, el deseo que tengo de ser únicamente para Vos, y de no vivir mas que para honraros y glorificaros.



CAPITULO V.º

ORACIONES

para visitar y adorar el Santísimo Sacramento, segun las dispuso el P. Croiset.

Jesu-Christo escogió, por decirlo así, nuestras Iglesias para hacer su mansion en ellas. El extremo amor que tiene á sus hijos, no le permite separarse de nosotros. En los Altares le tenemos puesto real y verdaderamente para recibir nuestros sacrificios y deprecaciones: pronto á socorrer nuestras necesidades, y á satisfacer por nosotros á su Padre. A ninguno se le cierra la entrada. Siempre da audiencia al que se la pide, y todos son bien recibidos.

Im-

Imponte la obligacion de no dexar pasar jamas el dia sin haber visitado á Jesu-Christo en el Sacramento. Y penetrado de una fe viva, y lleno de una santa confianza, descúbrele tus necesidades y flaquezas, y ensancha tu corazon en su presencia, diciéndole como las hermanas de Lázaro:

Señor, enfermo está aquel á quien amais; aquel por quien os hicisteis hombre; aquel por quien habeis derramado vuestra Sangre; aquel por quien continuamente permaneceis en este Altar; aquel á quien Vos os entregais todos los dias por alimento en la adorable Eucaristía.

Algunas veces has de figurarte que estás á los pies de Jesu-Christo, como la Magdalena; y si no te hallas con bastante devocion para verter tantas lá-

lágrimas como ella, imítala á lo ménos en el silencio y contemplacion. Empero si hablas con Jesu-Christo, que sea como Santo Tomas, para excitar los sentimientos de admiracion, respeto y amor, de que debemos estar penetrados, diciéndole con una fe viva:

Vos sois mi Señor y mi Dios, ¿qué habrá para mí que desear en el cielo, ni qué podré amar sobre la tierra, mas bien que teneros siempre conmigo? ¿Acaso no encontraré sobre este Altar todo lo que forma la felicidad de los Santos en el cielo, y de las almas justas en la tierra? Vos, Señor, sois únicamente mi refugio: Vos mi consuelo, y el tesoro donde yo quiero poner mi corazon. Deseo con ansia, que todas mis ventajas y fortuna consistan en mi union con Vos; en te-

ner

ner en Vos mi esperanza, y en tributaros á Vos todo mi obsequio y atencion. Sí, Salvador mio, yo creo esta gran maravilla; pero haced que mi fe se aumente, y que mis acciones, amor y respeto manifiesten en vuestra presencia, que así lo creo.

Tambien se puede, á exemplo de la muger Chananea, pedir á este amable Salvador con una importunidad santa quantos socorros y gracias se hayan de menester. Persuadido á que Jesu-Christo nos ama con ternura, y á que no está sobre este Altar sino para derramar beneficios sobre nosotros, dile con confianza.

Jesus, hijo de David, tened misericordia de mí; compadeceos de mi miseria; admitid favorablemente mis votos; y asistidme con vuestra divina gra-

gracia. Es cierto, Señor, que no es justo tomar el pan de los hijos, para arrojárselo á los perros; pero siendo estos pequeños, comen á lo ménos las migas que caen de la mesa de su Señor; tratadme á mí aunque no sea mas que de este modo. Si así me lo concedeis, Dios amoroso, ¿cómo dexaré yo de atender y cuidar de las cosas que tocan á vuestra grandeza?

Aun se puede acompañar esta perseverancia en nuestras peticiones y súplicas, diciéndole con una nueva y respetuosa confianza.

Vos, Señor, estais perfectamente empeñado en concederme todo quanto pida en vuestro nombre á vuestro Padre: Pues en vuestro nombre es en el que le pido la gracia de que me corrija de esta imperfeccion que me de-

tie-

tiene en el camino de la piedad; de que me corrija esta pasion dominante, que es la fuente de tantos desaciertos, y de que me conceda la gracia de adquirir esta virtud tan necesaria para mi salvacion. En vuestro nombre le pido la conversion de mis próximos, y en especial la de mis parientes y amigos, si ha de ser para nuestra salvacion y vuestra gloria; el desempeño de mi empleo, de mis estudios y de mi trabajo. Bien sabeis, dulce Jesus mio, que tengo muchos defectos, y que carezco de la virtud: Os consta, que necesito ser mas sufrido y animoso en las adversidades; que debo ser mas moderado en la alegría; mas fuerte en diversas ocasiones; y en fin, Señor, que necesito de vuestros auxílios para todo. Sabeis tambien, que no ten-

tengo bastante fe; que mi confianza vacila algunas veces, y que os amo con suma floxedad y tibieza. Últimamente, Señor, os consta, que estoy rodeado de enemigos; que en el mundo todo es tentacion, y que todo está lleno de estratagemas y de malicia. Asistidme, pues, en medio de tantos peligros con vuestro poderoso socorro, y concededme mayores gracias, para que os ame y os sirva con mas fidelidad que hasta aquí. Puede ser, Señor, que yo no sepa lo que me hago en pediros este suceso, este socorro temporal, esta santidad; pero si así fuese, espero que como tan sabio y poderoso, endereceis, y rectifiqueis mis deseos y mis juicios. Seguro estoy, á lo ménos, de que lo que os pido os es agradable, porque os pido vuestro

amor.

amor. Concededme, Señor, que sea perfecto, y estoy contento.

Algunas veces es sumamente útil pensar sobre los motivos que hemos dado á Dios para irritarse contra nosotros, y castigar severamente nuestros delitos. Así, pues, considerando al Padre Eterno irritado, y como pronto á hacernos sentir los efectos de su justicia, ofrezcámosle á Jesu-Christo sobre nuestros Altares, como que es la víctima únicamente digna de tan gran Padre; y digámosle con el Profeta:

Es verdad, Dios mio, que merezco ser tratado como un criado rebelde; pero atended, Señor, á vuestro querido Hijo perfectamente obediente, á quien os ofrezco en este mismo instante sobre este Altar; y reparad el profundo abatimiento y humillacion

en

en que está por el perdon de mi infidelidad y desobediencia. Por qualquier parage que vuestra justicia me sitie, la presentaré desde luego á vuestro querido Hijo para desamarla y libertarme. Yo no merezco nada, es verdad; pero os ofrezco una víctima que lo merece todo. Consiento, Señor, en que me rehuseis el perdon de mis pecados, y las nuevas gracias que os pido, si lo que os ofrezco no os ha satisfecho enteramente: pero discurro no me negaréis lo que os pido en virtud de los méritos de Jesu-Christo vuestro querido Hijo; los quales nos pertenecen por la cesion que nos ha hecho de ellos. Tambien es cierto que os pido demasiado, Padre Eterno; pero os ofrezco el Cuerpo, la Sangre, la Vida, y la Muerte de vuestro amantísi-

simo Hijo, inmolado sobre este Altar, como en pago de quanto yo quiero me concedais. ¿Qué cosa habrá tan grande, que no sea pequeña en comparacion de la que os presento? Mirad á ese querido Hijo; reparad en el objeto de vuestras complacencias, y luego me diréis, por medio de vuestras inspiraciones, si en recompensa de una víctima tan preciosa, me podréis reusar nada de lo que os pido.

Tambien se reflexîonará sobre los pocos Christianos que vienen al templo á hacer la corte á Jesu-Christo, al paso que concurren en tropas á las asambleas y diversiones profanas. Imagínate, que viendo el Salvador tan poca gente á sus pies, se encamina ácia tí, y te dice, como decia á sus Discípulos: Y tú, hijo mio, ¿quieres tambien aban-

donarme? *A este tiempo, penetrado de los mas tiernos sentimientos de amor, dolor y reconocimiento, harás una nueva protextacion de fidelidad, de fe y de exâctitud en el cumplimiento de su servicio, respondiéndole como San Pedro.*

¿Qué es esto, Dios mio? ¿Qué seria de mí si os abandonase por el servicio de vuestros enemigos? ¿Qué, si yo os olvidase por un vil interes temporal, por mi diversion, y por el amor de los hombres? Y si yo os desamparase, ¿quién podria indemnizarme de pérdida tan grande? ¿Qué etiquetas, qué intereses del mundo podrán impedirme, el que os venga á honrar? Vos teneis palabras de vida; sois mi Rey, mi Salvador, mi Dios, mi soberano Maestro; con que á Vos solamente

te he de servir con fidelidad, y con amor lo restante de mi vida.

En fin, imagínate algunas veces, que eres aquel Publicano de quien habla el Evangelio; cuyo corazon, contrito y humillado al acordarse de sus faltas, se conceptuaba como debaxo del templo, no atreviéndose siquiera á levantar los ojos de la tierra: hiere tu pecho como él lo hacia, y dí:

Dios mio, tened misericordia de un pecador tan grande como yo: Aquí teneis, Padre mio, al mas ingrato é indigno de vuestros hijos: yo he pecado, es verdad; pero en esta confesion que hago, busco mi salvacion: no necesito que os constituyais por mi acusador. Ya veo, Señor, que no me zaheris por los desórdenes de mi vida. Ya veo, que sin embargo de haber si-

do tan gran pecador, no habeis dexado de hacerme bien, ni tampoco de ser mi Padre, aunque mis culpas me esforzaban á no ser vuestro hijo. Aquí me teneis, Señor, postrado á vuestros pies, para implorar aun vuestra misericordia: aquí es donde señaladamente reyna, y en este sagrado sitio es donde no podréis desechar á un corazon que contrito y humillado os busca.

FIN.





